“Vivencias, Historias y Costumbres”

VOLUMEN 2

Comarcas zamoranas de Campos, Pan y Norte del Duero

Fotografías, Poemas y Relatos

Título: "Vivencias, Historias y Costumbres" Volumen 2

Coordinación: *Antonio Casas Muga* - Ex-Presidente de la Federación Espigas.
Esteban Sánchez Asensio - Secretario de la Federación Espigas.

Composición e impresión: Sfera Gráficas S.L.

Depósito Legal: ZA-60-212

“Vivencias, Historias y Costumbres”

VOLUMEN 2

Comarcas zamoranas de Campos, Pan y Norte del Duero

Fotografías, Poemas y Relatos

Índice

Prólogo *7*

Concurso Literario "Espigas" 2012 - POEMAS

1º "DE PAJA Y BARRO" *12*

2º "EL ACARREO" *15*

3º "VIVENCIAS EN EL CAMPO" *17*

Concurso Literario "Espigas" 2012 - RELATOS

1º "SUPER EBRO 55" *21*

2º "LA POETISA DE LAS COLINAS" *29*

3º "RECUERDOS DE LA INFANCIA" *39*

- "EL ÁMBAR ESPESO DE SUS OJOS" *45*

Concurso Literario "Espigas" 2015 - POEMAS

1º "EL ABUELO" *53*

2º "MARUXIÑA QUE PEINABA A UN GATO" *57*

3º "BALADA TRISTE DE LOS TRILLOS" *59*

Accésit "TIERRA MÍA" *61*

- "NOCHE Y DÍA" *63*

- "LABORES DEL CAMPO" *65*

Concurso Literario "Espigas" 2015 - RELATOS

1º "EN AQUEL TIEMPO" *69*

2º "¿Y SI NO VUELVEN?" *77*

3º "RECUERDOS DE AGUA" *87*
Accésit "VIDA NUEVA" *91*

Concurso Literario "Espigas" 2017 - RELATOS
1º "LA DURA VIDA DE UN LABRADOR DE CUÑO" *105*
2º "LAS PALABRAS PERDIDAS DE ALEJO MORENO" *113*
3º "LA FUNCIÓN" *119*
- "ESPÍRITU QUIJOTESCO" *127*
- "LA OLLA" *132*

Concurso Literario "Espigas" 2019 - RELATOS
1º "LA NOCHE Y SU PENUMBRA" *141*
2º "EL MEJOR VERANO DE MI VIDA" *149*
3º "EL ÚLTIMO HERRERO" *157*
Accésit "BOLLAS DE PAN" *165*
- "EL ESPÍRITU DE LOS COLORES" *171*
- "MI PUEBLO, EVOCACIÓN Y QUERENCIA" *177*

Indice de fotografías *182*

Entrega de Premios "Espigas" *184*

ESPIGAS
FEDERACIÓN DE ASOCIACIONES
DE CAMPOS, PAN Y NORTE-DUERO

Prólogo

Con la publicación de este segundo volumen de "Vivencias, historias y costumbres" la Federación de Asociaciones Campos, Pan y Norte del Duero "ESPIGAS" pretende los mismos objetivos que con la edición precedente: recoger y difundir algunos recursos culturales de contenido literario relacionados con la vida, pensamiento y tradiciones de nuestras comarcas, despertar la creatividad artística de sus cada vez más escasos habitantes y poner en primer plano tradiciones, usos y costumbres que nos hacen ser cómo y quiénes somos.

Ofrecemos un elenco de documentos narrativos y poéticos que, potenciando las formas lingüísticas propias, las estructuras comunicativas peculiares y el decir genuino pasado y presente, ayudan a valorar nuestro lenguaje y a preservar ciertos contenidos léxicos de su prematura extinción. Al mismo tiempo, proporcionamos una motivación suplementaria a los autores que tienen de alguna manera sus raíces en estas tierras de pan llevar y un placer indeleble en los posibles lectores presentes en nuestro espacio territorial o ausentes de él si la vida los ha llevado por otros caminos, vicisitudes y derroteros. Estamos seguros de que estos textos les colmarán de recuerdos y añoranzas, emociones y anhelos; que evocarán vivencias personales impregnadas de sabores añejos, al tiempo que abiertas a nuevos senderos y horizontes.

Por otra parte, a través de las fotografías que ilustran los textos, muchas premiadas en los concursos que convoca la Federación "ESPIGAS", se muestra una variada panorámica de la riqueza artística de nuestro ámbito geográfico y cultural y de las bellezas naturales únicas que aquí se pueden disfrutar, contemplar y sentir.

La lectura sosegada de los poemas y relatos publicados nos transporta a situaciones y momentos de tiempos pretéritos y a la vez nos instala en la realidad cotidiana del presente de este nuestro mundo rural que se va diluyendo en la globalidad impersonal y difusa del anárquico y desequilibrante desarrollo tecnológico que hoy impera. La carga emotiva que se desprende, embriagadora y envolvente, en el discurrir de los textos, debe contribuir a marcar la senda por la que transitar para sentirnos orgullosos de lo que hemos sido y de lo que somos y para compartir este sentimiento íntimo e intransferible con el reconocimiento y el respeto de otras culturas, entidades y patrimonios.

Hemos de agradecer a los autores y autoras de los poemas, relatos y fotografías el regalo cultural y artístico que comportan sus trabajos. Ampliamos el ámbito del agradecimiento a todas las instancias, entidades y particulares que se involucran activamente en el enriquecimiento, desarrollo y conservación cultural de nuestros pueblos, contribuyen de una manera eficaz a la superación de la nostalgia, el desgarro y el dolor que ha supuesto el convertirnos en lo que se conoce como "La España vacía".

Disfrutad, pues, de esta recopilación. Seguro que durante su lectura, con la emoción muchas veces contenida, desde lo más recóndito de vuestro ser brota una fuerza ancestral que contribuirá a mantenernos unidos, expectantes y preparados para el futuro, rechazando los sombríos augurios que para nuestra tierra se vaticinan.

¡Ánimo y a por ello!

Antonio Casas Muga
para la Federación Espigas y su Junta Directiva.

La Presidenta,
Flor Guerrero Robleda

ESPIGAS
FEDERACIÓN DE ASOCIACIONES DE CAMPOS, PAN Y NORTE-DUERO

Mapa de las Comarcas de Campos, Pan y Norte del Duero.

"Hilos y telares" Alejandro Pérez Casado
Primer Premio Concurso Fotografía "Espigas" 2014

CONCURSO LITERARIO
“ESPIGAS 2012”

Poemas

En este poema, mediante el contraste entre las características de la piedra y el adobe como elementos de construcción, con adecuado simbolismo retórico, se ponen de manifiesto las diferencias entre ricos y pobres, amos y criados, propietarios y jornaleros en el ámbito social, económico y vital y ubicados en el mundo rural.

Se estructura mediante una versificación sencilla, perfectamente compatible con la métrica y la cadencia del romance. Con un amplio vocabulario y una rica, profusa y precisa adjetivación deja traslucir, de manera diáfana, el sentimiento profundo y la inquietud social del poeta.

DE PAJA Y BARRO

Marcelino Díez Arteaga

Primer Premio poemas - Concurso Literario "Espigas 2012"

De la piedra, el señorío,
del adobe, la pobreza;
del adobe la ignorancia
y la ciencia más añeja.
Bajo la paja y el barro
la humildad y la nobleza
con la casta y abolengo
que otorga el hambre, y la tierra.
Al cobijo de la piedra
el poder y la riqueza,
el camino hacia el saber
y el dominio de la tierra.

Bajo el adobe, mugrientos
sombreros de paja seca
calcinados por el sol
mientras dura la cosecha.
Sobre las trébedes viejas
cuece el puchero morceñas
al rescoldo de la paja
y un puñado de lentejas.

Sombreros de rico fieltro,
bajo la arcada de piedra,
relucientes ornamentan
las repeinadas cabezas
dispuestas para el yantar
sobre aderezadas mesas.

En el horno cuece el pan
que amasado fue en la artesa,
esponja la tierna masa
entre el calor de la leña:
harina blanca del trigo
que las manos jornaleras
aventaron tras la trilla
acabada ya la siega;
blanco el pan bajo la piedra,
caliente llega a su mesa.
Pan moreno de salvados

y la harina que saliera
de espigar en las orillas
mandiladas de pobreza;
pan moreno bajo el barro
y dentro de la talega,
que "pa" ganarse el jornal
no basta con agua fresca.

Del adobe es el jergón
bien relleno de asperezas,
que si es grande la fatiga
y la madrugada cierta
¡qué sabe el cuerpo de penas,
qué sabe donde se acuesta!;
El colchón, bajo la piedra,
mullida lana de oveja

diestramente vareada
y bien limpia de simplezas:
tálamos engalanados
con suavidades de seda
que insinuantes invitan
al regocijo y la siesta.

Bajo la paja y el barro
trabajan la rica piedra
las manos que bajo el sol
la arrancaron de la tierra:
bajo la paja y el barro
las cinceladas serenas
descubren, tras las esquirlas,
la hermosura más severa.

Segadores y muleros,
jornaleros de la tierra,
pastores y pellejeros,
labriegos de suerte ajena
comparten bajo el adobe
el hambre, la misma pena
y el sueño de que sus hijos
dueños sean de su tierra.

Al cobijo de la piedra
los amos de su pobreza.

"Entre líneas"

Ejemplo de cómo en un simple pero perfecto soneto se puede condensar el contenido total de una faena como el acarreo, que queda descrita con precisión y exactitud.

Leyéndolo, se sabe en qué consiste acarrear; desde la madrugada y el camino con las yuntas hacia la tierra donde está segada la mies, hasta la descarga del bálago en el "ciscal" de la era.

Se trasluce el paisaje coronado por un cielo estrellado y se adivina el amanecer con los colores y sonidos que acompañan la aurora.

EL ACARREO

Luis Miguel García Fernández

Segundo Premio poemas - Concurso Literario "Espigas 2012"

Rompe el despertador profundo sueño,
anuncia otra jornada larga y dura,
ni el alba se adivina, es noche oscura.
Del labrador Morfeo es el dueño.

Acarrear la mies es el empeño.
Regalan las estrellas su luz pura,
¡ya quisiera un museo tal pintura!,
cree el audaz arriero y frunce el ceño.

Marañas se vislumbran en la tierra,
pronto preñará el bálago las redes,
se oye un alcaraván gritando guerra.

La era le dice al trigo que se quede,
que el trillo trillará con suave sierra
y que tres carros traigan si se puede.

Comienza con versificación clásica perfectamente definida, mediante endecasílabos estructurados en cuartetos que, con perfecto ritmo, articulan la narración poética en lo que podíamos determinar como primera parte y va dejando paso al arte menor en el resto del poema, siempre manteniendo un cierto lirismo bucólico con adornos metafóricos muy logrados.

Trasmite lo que se adivina el deseo de un alma soñadora anhelante de la vida rural, impregnada del amor por la tierra y embriagada por los recuerdos de una feliz infancia en el campo y en contacto con la naturaleza.

VIVENCIAS EN EL CAMPO

Umelia Sanz Vaca

Tercer Premio poemas - Concurso Literario"Espigas 2012"

Hija soy de esta tierra que amo tanto
y fui arrullada por el río Duero;
me brindó el mirlo, -pájaro triguero-,
la dulce nana de su tierno canto

y envuelta en el hechizo de este manto
mi tallo se mecía placentero
en el céfiro suave, y un lucero
alumbraba mí vida mientras tanto.

Modelaron mi infancia: la belleza,
la soledad, la paz de estos parajes,
y labráronme un alma soñadora.

Respiraba del aura su pureza
contemplando extasiada estos paisajes,
y con cuánta nostalgia evoco ahora.

Que he corrido en el valle y la pradera,
bogado en una barca por el río...,
un árbol he plantado, -que era "mío"-,
y he subido en los trillos de la era.

Y flores he cogido en primavera
y he pisado rastrojos en estío,
las hojas en otoño y el baldío,
y en invierno he prendido alguna hoguera.

Vi polluelos romper el cascarón
y dibujarse el sol en la alborada...,
nacer el fruto, tras morir la flor,

el rocío sutil de madrugada
y aquel mágico sueño evocador
donde surgió la aparición de un hada
que me dijo, con voz suave,
estas sencillas palabras:
-"Levántate, niña mía,
leonesa-castellana,
despierta..., que llega el día
y la alondra mañanera ya te llama.

Suéltate las trenzas rubias
y ponte túnica blanca,
adórnate con espigas
de los trigales que granan,
que a concederte un deseo
he venido de mis bosques con el alba...

Como tienes ese anhelo
en el fondo de tu alma,
he salido a toda prisa
en corcel de ágiles alas
por contemplar, la sonrisa campesina
en tu carita tostada.

DESDE HOY SERÁS POETÍSA
niña mía, enamorada,
y cantarás a la brisa,
al sol, a las tierras pardas...

Cantarás al río Duero,
pues sus aguas cantarinas también cantan
y el ruiseñor, y el jilguero...,
¡dale vuelo a tus palabras!"

Aturdida desperté.
Sola..., me quedé callada...,
y mandé a Castilla un beso...,
desde el fondo emocionado de mi alma...

"Vuelo estival" Casto Lozano Nogales
Segundo Premio Concurso Fotografía Espigas 2014

CONCURSO LITERARIO
"ESPIGAS 2012"

Relatos

"Puesta de sol en Tierra de Campos"

El relato nos remonta a los años iniciales de la mecanización del campo en nuestra tierra desde la descripción precisa y realista de la vida familiar en un pueblo cualquiera de nuestras comarcas. La penuria económica sobrellevada con amor e ilusión y el deseo de ofrecer un futuro mejor a los hijos, plantea, desde la inseguridad del momento, el dilema de quedarse en el campo o emigrar.

A través de la organizada trama, la emoción y ternura de las relaciones familiares y con un lenguaje sencillo, preciso y natural, rico en términos y dichos propios de las faenas del campo, los aperos de labranza y el medio rural, nos acerca a un momento crucial y relevante de la génesis de lo que se ha venido a llamar en estos últimos años "la España vacía".

SUPER EBRO 55

José Antonio Muñoz Matilla

Primer Premio relatos - Concurso Literario "Espigas 2012"

El otoño aquel fue distinto de los demás. No sabría decir si fue el último o el primero, pero desde luego fue, el que sin saberlo, nos marcó a todos y cambió el futuro.

Mi vida, hasta entonces, transcurría entre los juegos infantiles, las pequeñas obligaciones familiares y la escuela del pueblo. Un pueblo con río pobre, pocos niños y muchos viejos, calles con barro y casas de adobe; mucho sudor en verano y sabañones en invierno; perros en las esquinas y mujeres en la solana. Los domingos los hombres iban al bar. Algunos jugaban la partida al tute o se arriesgaban a perder unas perras al julepe. Otros, como mi padre, se entretenían al dominó. Allí se congregaban también los que no jugaban para discutir o celebrar los tantos. Hasta los que no habían ido a la escuela sabían cuántos faltaban por salir de los 168 totales, que el cierre se ganaba si era a blancas o se perdía si era a seises. Incluso adivinaban quién tenía la séptima y por qué no tendría que haberse doblado a pitos.

Los niños mirábamos y aprendíamos mientras comíamos nuestra peseta de pipas. Cuando nos cansábamos íbamos a jugar a la plaza o a ver Bonanza.

La cosecha, aquel año, como venía siendo habitual, había sido escasa. Siempre era escasa. Es verdad que habíamos cogido algarrobas y que la cebada caballar había salido bien, pero el trigo no acabó de rematar. Le faltó el agua por la bendita cruz. Así era siempre. Otra vez habría que pedir el dinero del pósito para poder hacer la matanza o comprar ropa para la fiesta. Pero ahora, el horizonte se tornaba más negro. Y la razón, no la supe entonces, porque los niños sabíamos pocas cosas; la razón éramos mi hermano y yo.

Santi tenía cinco años y yo nueve. La escuela se me daba bien, o al menos eso decía Don Ángel, el señor maestro. Y había que tomar una decisión.

Mi padre callaba, aunque sabía que se acercaba el día. Mi madre, en cambio, no dejaba de darle vueltas y vueltas. A menudo decía:

-A este niño hay que mandarlo a estudiar. Y más tarde al otro.

A veces mi padre respondía.

-¿Pero de dónde vamos sacar para los gastos? Las tierras no dan más.

Al momento mi madre se echaba a llorar o salía de la cocina malhumorada maldiciendo su mala suerte.

Un día, por fin, mi padre tomó la decisión. Era domingo. Al salir del bar, después de la partida, su amigo Orencio le había dicho que se marchaba, que no podía seguir aquí. Un hermano, en Alemania, le había conseguido trabajo en una fábrica.

Al llegar a casa, casi de noche, mientras mi madre preparaba unas sopas de ajo nos dijo:

-O nos vamos a Barcelona o compramos un tractor.

Mi madre lo miró y se le llenaron los ojos de lágrimas. Mi hermano y yo, sentados en el escaño, dejamos de jugar con los dos únicos indios que nos quedaban de los cinco que habíamos tenido y miramos a mi padre. Estaba serio y parecía triste.

En aquel momento Barcelona para mí no era nada. Era un punto negro más grande que los demás en el hule de la mesa de la cocina situado del lado donde se sentaba mi madre. Era un lugar del que llegaban por Navidad felicitaciones de mis tíos y mis primas. Pero no era algo real y concreto. Me habían dicho que tenía mar. Pero el mar sólo me sonaba por las aventuras que leía en los libros de Julio Verne y las batallas de los piratas de Emilio Salgari.

Sabía que las personas vivían en bloques de pisos como en Zamora, pero me preguntaba cómo subirían las morceñas por la chimenea, por dónde bajarían los Reyes Magos y dónde pondrían los huevos las gallinas. Sabía que trabajaban en fábricas de coches o de papel, pero me preguntaba quién amasaba el pan, quién segaba el forraje y quién tiraba las bombas para espantar las tormentas en verano.

Pensar en aquel lugar lejano me daba miedo. En él no cabía todo lo que ahora tenía. Además, ¿vendrían mis abuelos? ¿Qué iba a ser de las mulas? ¿Quién iba a comprarle el tabaco al señor Enrique, si él apenas veía? ¿Quién iba a dar vueltas al polvo para hacer la leche en la escuela?

Aquello sí existía y no sabía si era bueno o malo, pero era seguro. Por eso me atreví a decirle a mi padre:

-Papá, compra un tractor.

Hubo un momento de silencio. Parecía que el mundo se había parado y nosotros nos hubiésemos convertido en estatuas. Mi hermano rompió el hechizo.

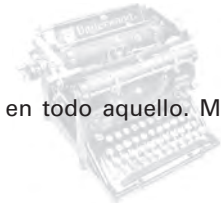
-Yo quiero otro tractor.

Nos echamos a reír.

Hasta que mi madre, con un hilo de voz, pregunta:

-¿Cómo lo vas a pagar?

Aquello se podía interpretar de dos maneras. Por una parte ya no había duda, no nos iríamos a Barcelona. Por otra, resuelto un problema, aparecía otro.



-¿Podremos pagarlo?

Así que alguien tenía que poner un poco de esperanza en todo aquello. Mi padre se levantó de la silla y respondió:

-¡Ya veremos!

De la cornisa de la cocina cogió una libreta de tapas negras en la que anotaba las ventas de cereales, las rentas que tenía que pagar, el mineral que necesitaba y las lunas de cada mes. Después de pasar varias hojas me dijo:

-Repasa esas cuentas.

-Están bien. -le dije al momento.

-Pues si las cosechas vienen un poco regulares lo podremos pagar en cinco años. Tendremos que pedir un préstamo, arrendar más tierras y vender las mulas.

-¡Vender las mulas! No, no quiero que las vendas. ¡Eso no!

-Hijo, no podemos quedárnoslas. -me dijo mi padre acariciándome la cabeza- ¿Para qué las queremos? Con el tractor no nos van a hacer falta. Y, además, si nos tuviéramos que ir a Barcelona no nos las podríamos llevar.

No podía responder, no había ningún razonamiento. Me eché a llorar. Todos lloramos. Porque ahora sí entendía los silencios de mi padre y los sollozos de mi madre. Ahora empezaba a entender que nada era inocente ni sencillo. Nuestras mulas eran mansas y fuertes. Sabían el camino de vuelta a casa desde cualquier lugar del término. Cuando Santi y yo nos subíamos en ellas nos llevaban con cuidado. Las acariciábamos cuando las conducíamos al pilón a beber agua. Y ahora, toda esa ternura ¿dónde iba a ir a parar? No quería ni pensarlo.

Nunca he olvidado esa escena y siento un regusto amargo cuando la recuerdo. Siento lo mismo que Pinín y Rosa al despedir a la Cordera en el cuento de Clarín.

Por la mañana mi abuelo pasó por nuestra casa como hacía siempre. Hablaba con mi padre de lo que cada uno tenía que hacer. Esta vez la conversación cambió de tema.

-Padre, tengo que comprar un tractor. Con las mulas no puedo producir más.

Mi abuelo sacó el pañuelo y se sonó la nariz. Era una forma de ganar tiempo.

-¿Lo has pensado bien? El dinero y eso.

-Sí, bueno, un poco. No tengo otra salida. Es también por los chicos. O eso o nos vamos del pueblo.

-Ya. Otros lo están haciendo. No sé si podré ayudarte. Ahí tienes las tierras. Cógelas sin renta. Me das lo que puedas.

-Mañana iré a Zamora.

-Ten cuidado, no te dejes engañar. No firmes nada hasta que no estés seguro.

-No se preocupe. A lo mejor me tiene usted que fiar. Y también mi suegro.

-¡Coño de vida esta! ¡Cómo han cambiado los tiempos! Yo viví lo mismo que mi padre y mi padre igual que mi abuelo. Pero ahora parece que ya no vale nada.

Se caló la gorra y salió de casa. Desde la puerta se volvió y dijo:

-Tú haz lo que tengas que hacer. Si tenemos salud todo se arreglará.

Santi y yo estábamos desayunando. Como cada mañana escuchábamos la canción del Cola Cao y los anuncios de los almacenes de la calle Preciados de Madrid. Poco antes de las diez mi madre nos atusó el pelo y nos acompañó a la escuela.

Aquel día Don Ángel nos enseñó la regla de interés. Nos dijo que servía para saber el dinero que hay que devolver cuando otro te lo presta en un tiempo estipulado. Pero siempre con un beneficio para el prestamista.

Aquello, que entonces no lo entendía, en pocos días sería parte de la conversación familiar.

La fórmula es fácil de recordar, nos decía. CaReTe dividido por 100. Eso es el interés que hay que devolver junto al capital prestado.

"El camino"

Lo que no nos dijo es el dolor que causaban aquellas letras y el sudor necesario para devolver el dinero. En el papel todo parecía fácil.

Al final de la mañana, en la clase de Gramática, leímos una poesía de Gabriel y Galán que trataba sobre el embargo. Eso también nos lo enseño Don Ángel.

Al día siguiente mi padre subió al coche de línea que iba a Zamora. Por la radio habían dado la noticia de la llegada de una nave a Venus. Aquello también me parecía complicado. Algún atardecer mi abuelo me había enseñado donde estaba Venus. Era muy brillante. Decían también que no había agua. Se lo conté al señor Enrique al salir de la escuela. Me contestó que si al menos hubiese vino se podría vivir allí una temporada. Creo que quería gastarme una broma.

Por la noche, en la cena, mi padre nos contó que había visto tres tractores. Le había gustado uno especialmente. Era un Ebro SUPER 55. Aquello sí que me llamó la atención. Un SUPER 55. Tenía no sé cuántos caballos y bomba hidráulica para subir y bajar los arados y cinco marchas. A mi madre todos esos datos le daban lo mismo. Cuando terminó de hablar le preguntó:

-¿Cuánto cuesta?

Mi padre sacó del bolsillo un montón de papeles y leyó uno de ellos.

-Ciento ochenta mil pesetas. Pero podemos pagarlo en cinco años, si nos dan el crédito agrícola a un interés del tres por ciento.

-¡Jesús! ¡Ciento ochenta mil pesetas! Pero ¿cómo vamos a juntar tanto dinero?

-Ya he hecho las cuentas. Ahora las miras, me dijo. Si trillamos la cebada y un poco de trigo, con la paja que vendamos podemos pagar las letras y con lo demás podemos vivir. Un poco apretados, pero sólo son cinco años.

A mi padre se le veía animado. Además, añadió, así éstos podrán ir a estudiar si les dan una beca.

Mi madre no lo veía tan claro.

-¿Se lo has dicho a tu padre? Preguntó.

-Todavía no. Nos tiene que firmar como avalista. Y tu padre también. Tenemos que comprar el remolque y los aperos.

-¿Todavía más dinero? A ver si nos metemos y luego no podemos salir.

Parecía asustada.

Los días siguientes fueron ajetreados. Mi padre volvió dos o tres veces más a Zamora. Mientras tanto, entre los dos levantamos una pared en un antiguo pajar. Sería el garaje para el tractor. Fuimos a hacer adobes y cuando se secaron le ayudé a edificarla. Unos días antes de la llegada del tractor estaba terminado.

Por fin el martes, día 28 de noviembre, a la salida de la escuela mi madre nos dijo:

-Id que están descargando el tractor. ¡Cuida de tu hermano!

Casi no la oí. Corrimos. Aunque tenía prisa por llegar, no me quedaba más remedio que llevar a Santi de la mano. Por fin apareció. Era de color azul. El aire estaba lleno del olor a pintura nueva y a gasoil. Las letras plateadas brillaban en el frente, sobre el radiador. Las ruedas eran grandes, lo mismo que el volante. Mi padre estaba subido en él junto con el conductor del camión que lo había traído hasta el pueblo. Le estaba enseñando lo más básico.

-Mira, le decía, este es el embrague para cambiar las velocidades y ese es el freno. Aquí tienes la palanca de la bomba para subir y bajar los arados.

Ayudados por mi padre nos subimos. Era la primera vez que veíamos un tractor por dentro y tan cerca. Me parecía que estaba en el interior del Nautilus, el submarino del capitán Nemo.

Pasados los primeros momentos de emoción nos condujo hasta la puerta de casa. Toda la gente del pueblo salió a la calle para vernos pasar. Allí estábamos nosotros como los artistas o los futbolistas recibiendo el aplauso del público. Fue un momento especial. Al llegar a casa nos esperaba mi abuelo. Se le notaba nervioso y, seguramente, contento. ¿Podría ser aquel tractor un signo del triunfo de su hijo y, por tanto, de la familia? ¿Serviría para que sus nietos pudiesen ir a estudiar y tener un futuro más seguro? No sé si se hacía todas esas preguntas. Lo que sí estoy seguro es de que se alegraba porque ahora trabajar en el campo no iba a ser tan duro y mi padre no tendría que andar agachado todo el día.

Nos ayudó a bajar del tractor pero no quiso subirse.

-A mí me da un poco de miedo no siendo que le toque a algún chisme y lo vaya a estropear.

Entramos en casa. Mi madre ya tenía preparada la cena.

-Mañana tenéis escuela así que a cenar y a la cama.

No se permitía muchas contemplaciones. No quería hacerse ilusiones. Estaba más segura aferrándose a lo cotidiano. Mi padre también lo entendió así y nos acostamos pronto aunque tardamos en dormirnos. Santi también estaba nervioso.

El domingo, mi padre me fue a esperar a la salida de la sacristía. Estaba con don Luis, el cura. Era monaguillo.

-¿Quieres venir conmigo a Manganeses? Me han dicho que venden un remolque.

-¿Viene Santi?

-No. Se queda jugando y, además hace mucho frío. Hasta que no le pongamos la cabina es mejor que no se suba.

Tenía razón. El aire frío parecía aún más con la velocidad. Estuvimos viendo un remolque de segunda mano que a mi padre le gustó. El precio le pareció bien porque no podía comprarlo nuevo. Quedamos en volver al domingo siguiente.

De regreso a casa iba sentado a su lado tapado con una manta. De pronto mi padre aminoró la velocidad, se levantó del asiento y me dijo:

-Siéntate y conduce.

Aquello me pareció un milagro. ¡Sólo tenía nueve años y ya conducía un tractor!

Iba en cuarta, la velocidad no era excesiva. El volante me quedaba grande, no lo rodeaba con mis brazos. Casi no llegaba al embrague ni a los frenos. Pero sabía que mi padre estaba allí y que solucionaría cualquier contratiempo. Al momento me tranquilicé. Tenia que ser fuerte para ayudarle. Otros niños de mi edad también ordeñaban las ovejas o a partían leña. Las niñas sabían lavar la ropa, poner lumbre y freír un huevo.

-No mires para el volante, tú siempre mirando para delante. Eso es. Poco a poco...

Y poco a poco, llegamos a casa. Al entrar en el pueblo mi padre se sentó de nuevo en el asiento del conductor. Nos estaba esperando mi abuelo. Al bajar le dije orgulloso:

-He traído el tractor.

Nos miró primero a mi padre y después a mí. Movió la cabeza con un gesto de disgusto. Puso su mano en mi hombro y me dijo:

-Creo que acabas de perder algo.

No le oí nada más. Santi llegaba corriendo y gritando a abrazarme. Del bolso de su abrigo asomaban los dos indios de su colección.

Es una exaltación del deseo y la lucha de la mujer rural por salir del ostracismo, la monotonía y la sumisión a que la llevaba la aceptación incondicional del rol de ama de casa, madre y esposa complaciente en aras de un bienestar material no siempre claramente definido.

Plantea un fuerte conflicto en que la protagonista ha de priorizar entre el amor maternofilial o el compromiso íntimo vital, la estabilidad económica o el vuelo del espíritu, la anulación de la propia personalidad o la independencia de criterio e ideal de vida. Con ayuda de la amistad, se va decantando por lo segundo.

A través de una narración fluida y un relato muy bien estructurado, nos va acercando a un final feliz.

"Bajo la Vía Láctea"

LA POETISA DE LAS COLINAS

María Martín Gómez

Segundo Premio relatos - Concurso Literario "Espigas 2012"

Cuando yo nací, Belver, Belver de los Montes, tendría unas setenta familias. Es cierto que en lo que siempre hemos llamado La Colina se habían construido nuevos hogares, pero todavía no vivía nadie. Mi casa es la amarilla de la plaza. La construyó mi tatarabuelo hace ya algunos años. Mi abuela, al ser hija única, pudo heredarla sin problemas. Cuando se murió mi abuelo, y mi abuela se quedó viuda, mis padres se casaron y se fueron a vivir con ella para cuidarla. Siempre he creído que, de no haberse muerto mi abuelo, mis padres habrían tardado más tiempo en casarse. Pero alguien debía traer el sustento a la casa. Hoy, la historia se repite. Seguimos viviendo en la casa amarilla de la plaza mi madre, viuda, y yo. Todavía conservamos en el jardín los viejos olmos de mi tatarabuelo y las lilas de mi abuela. De mi padre no hay nada representativo en el jardín.

Mi padre fue un prestigioso abogado, de ideas liberales, en una época en la que los republicanos comenzaban a adquirir cierta popularidad. Siempre sentí por él un respeto que en ocasiones rozaba el miedo. Lo recuerdo con su pipa, en su mesa de estudio, tomando licor dulce con los señoritos de la comarca... Nunca en el jardín. Mi madre, al contrario, pasaba horas lentas en el jardín de la casa. Supongo que le recordaba a su familia.

Mi padre murió de tuberculosis hace ya cinco años. Una epidemia en la zona se llevó por delante a varios aldeanos; y entre ellos, también, a Lolo, nuestro vecino. Recuerdo que mi madre nos envió a mi hermano Vicente y a mí a casa de la tía Elena. Cuando regresamos, mi padre ya estaba enterrado y mi madre se puso muy enferma. Al poco tiempo, mi hermano se casó y fue a probar fortuna a Madrid. Las cosas le van muy bien y con el dinero que nos manda, mi madre y yo, podemos hacer frente a los gastos de la casa. Pero no es suficiente. Las medicinas para la enfermedad de mamá son muy caras y con el sueldo que me da el señor cura, por enseñar a leer a los niños de la parroquia, no tenemos para mucho.

Desde entonces, mi madre siempre me insta a que encuentre marido. "Todo iría mejor si te casaras". Claro que iría mejor: tendríamos un sustento, tendríamos un hombre en casa, unos brazos que cortaran la leña... Pero yo nunca he anhelado ese tipo de vida. Todavía más desde que conocí a Marguerite y a sus amigas del seminario.

Marguerite es una mujer francesa, de unos cuarenta años, que vino a vivir a Belver hace algún tiempo. Las malas lenguas dicen que en París regentaba un lugar de señoritas, pero yo nunca le he preguntado por su pasado. Es cierto que posee

cientos de vestidos, que a veces los complementa con guantes y sombrillas, y sabe demasiadas cosas sobre el miembro viril, pero sí fue madame o no, es un detalle que siempre pasé por alto.

Me hice amiga de Marguerite por azar. Como os dije, doy clases en la parroquia a los niños del pueblo. Mi padre me enseñó algunas letras y eso me convirtió en una mujer adelantada para su tiempo. Mi padre también lo intentó con mi madre, pero ella decía que eran cosas inútiles. Con todo, nunca se negó a que yo aprendiera... El caso es que una tarde, en la parroquia, apareció Marguerite. Quería hablar con el cura y presentarse ante la comunidad. Eso dice mucho de ella. Aunque nunca más volvió a pisar la Iglesia, al menos mostró sus respetos. Yo lo considero un gesto de distinción, para dejar las posturas claras, como si Marguerite hubiera querido decirle: "nunca vendré a su parroquia, pero tampoco haré nada en contra". Al salir de su charla, se me acercó y me dijo sorprendida: "¿Una mujer maestra? Si no lo veo no lo creo". Y me invitó a tomar una taza de té esa misma tarde. Todavía hoy me pregunto cómo pude ir. Deduzco que la curiosidad pudo a cualquier tipo de decoro.

Marguerite vivía sola, en una casa amplia y luminosa, con un jardín inmenso. En el salón lucía una estantería de ébano repleta de libros. Mi padre me había enseñado a leer con la Biblia y con algunos panfletos que publicaban los republicanos, pero gracias a Marguerite mi abanico literario se extendió. Pude leer a los románticos, a los poetas griegos, y lo que es mejor, a las mujeres de mi época. Marguerite era miembro del seminario femenino iberoamericano desde hacía tiempo. Yo nunca había oído nada semejante. Se trata de un círculo de mujeres que reivindican algunos derechos para la liberación de la mujer. Naturalmente, sobre el seminario hablamos en nuestra sexta o séptima reunión. En la primera simplemente fue correcta.

Mi madre se enfureció al oír hablar de mi nueva amiga. En cierto modo, yo la comprendía. Ella representaba lo opuesto a los valores que mi madre siempre había defendido: no era piadosa, era independiente y no mostraba el más mínimo respeto hacia la autoridad. En este sentido, dentro de mi círculo familiar, fue mi tía Elena quien más supo entenderme. En cada carta, entre las detalladas explicaciones de la enfermedad de mamá, le contaba algo nuevo sobre mi nueva amiga. Mi tía siempre me contestaba puntualmente. Primero me hablaba de las primas, luego me recomendaba curas para la enfermedad de mamá y, al final, a modo de posdata, me hacía un breve comentario sobre mis inquietudes. Algunas veces, yo comenzaba sus cartas por el final.

La tía Elena siempre fue una mujer contenida. Menos conservadora que mamá. Adelantada, por cuanto también sabía escribir y leer, pero pudorosa a la hora de hacer gala de ello. Recuerdo que, en una ocasión, estando en su casa, ella leía

tranquilamente en el salón y, al llamar a la puerta, enseguida guardó el libro. "Cuanta menos envidia suscites, mejor" -me dijo antes de abrir la puerta. Ella entendía bien mis impulsos juveniles, mi admiración ante las mujeres que escribían libros, pero me hacía recordar mis raíces y la grave enfermedad de mi madre. Me decía que no era tiempo de ser egoísta, que pensara en mamá y el bien que nos haría un hombre en la casa.

Por mi parte, había tardes en las que me sentía culpable. Desde que mi madre empeorara, había abusado de su estado. Me reunía cada vez que podía con Marguerite, dejé de atender puntualmente las necesidades de la parroquia y, lo que era peor, había dejado de buscar marido. Esos sentimientos de culpabilidad me machacaban día tras día.

Una vez más, Marguerite me entendió como nadie. Paseábamos cerca del árbol hueco cuando me sugirió que era mejor que estuviéramos un tiempo sin tomar el té juntas. Y me soltó una frase que permanecerá siempre en mi recuerdo: "Porque al final, las decisiones ha de tomarlas cada cual en solitario". Luego continuamos charlando sobre mis tormentos, sobre los suplicios con mi madre y sobre lo culpable que me sentía. Marguerite finalizó la charla con un consejo: "escríbelos".

No volví a visitar su casa en unas semanas. No sé si tuvo algo que ver, pero mi madre pareció mejorar. Tenía tardes lúcidas en las que me hablaba de mi padre. Entendí que mi madre había cambiado de estrategia: ahora mostraba las grandezas del matrimonio. Yo, poco a poco, me fui haciendo más hogareña. Apenas salía de casa. Cuidaba de mi madre, iba a la parroquia y cultivaba nuestro pequeño jardín. Un día, estando en el jardín, me senté en el banco de piedra de mi abuelo, cogí un pliego, una pluma de la mesa de mi padre y describí la flor más roja del jardín. Cuando terminé de escribir, releí lo escrito y me eché a reír. Era francamente malo. No había métrica, ni sentido, ni orden. Por esta razón, tras hacerlo añicos, continué impasible con mis labores.

A la semana siguiente recibimos carta de mi hermano Vicente. Virginia, su mujer, estaba embarazada. No leí más. Fui corriendo a la cama de mamá y le dije que iba a ser abuela. Nos abrazamos y lloramos juntas de alegría. Creo que nunca he estado tan íntimamente ligada a mi madre como en ese abrazo. Ella me rogó que continuara leyendo. En la carta, Vicente nos pedía que le hiciésemos patucos y gorros de punto, que mamá le diera consejos a Virginia y que en cuanto naciera el niño vendrían a visitarnos. El final no pude leérselo: "Querida hermana, lo siento de veras, pero no voy a poder mandaros más dinero." Me fui corriendo al jardín. Allí, rodeada de mis flores, lloré durante mucho tiempo. Pero ya era mayor para resolver los problemas con llantos. Esta vez no había alternativa. Sin el dinero de Vicente estábamos perdidas.

"Retorno al hogar"

-Está bien -grité- Me casaré.

Fue mucha la alegría que sintió mi madre al recibir la noticia de que había decidido casarme. Nunca me preguntó la razón y yo nunca se lo dije. Ambas lo sabíamos. Los pretendientes fueron varios: Agustín Lozano, el hijo del alemán; Tomás Díaz, labrador con tierras; Benjamín Lago, maestro en la ciudad, y Eduardo Núñez, político liberal amigo de mi padre. Yo odiaba a todos. El político era veinte años mayor que yo, Benjamín un retórico aburguesado, Tomás ni siquiera sabía leer y Agustín era bajito y regordete. A mi madre, sin duda, le gustaba el político. Eduardo Núñez era un hombre respetado en la ciudad y con una carrera política brillante que necesitaba una mujer para mejorar sus resultados en las próximas elecciones. Yo era la "candidata" perfecta. Mujer fina, sabía leer, hija de un abogado y sin novio conocido. Para mi madre, vivir con él, nos garantizaría riqueza y estatus social. Pero para mí, era algo repugnante tener que acostarme cada noche con él.

La tía Elena nos escribió. Redactó una carta enigmática que no pude entender. Al principio me animaba a ser fuerte, a sacrificarme por mi madre, pero según avanzaba en su lectura, también me instaba a revelarme, a buscar soluciones y a no tomar decisiones de las que pudiera arrepentirme. El hecho es que cuanto más tardaba yo en decidirme, menos dinero entraba en casa. No había solución y por eso acepté la mano de Eduardo.

Al día siguiente de que el párroco pusiese nuestro pregón en la puerta de la Iglesia

de Santa María, Marguerite vino a visitarme. Nada más abrir la puerta me eché a llorar. No sólo me sentía mal conmigo, me sentía mal por ella. Me había vendido. Pero Marguerite no dijo nada. Me abrazó fuertemente y me consoló. Lloré durante un buen tiempo empapando su vestido azul. Cuando me tranquilicé, Marguerite dejó que yo hablara. Y lo único que hice fue excusarme, pedirle perdón, mostrarle que era algo necesario, que no había salida. Marguerite se mantuvo en silencio y sólo habló cuando se lo pedí yo.

En primer lugar, no me pidas disculpas a mí. Pídetelas a ti misma -dijo-. Lo que vas a hacer sólo a ti te hará sufrir. (Luego cambió levemente de tono). Además, ninguna de nosotras te hemos dicho nunca que no te cases. Un hombre que te acompañe en la vida puede ser maravilloso. Pero debe ser un hombre al que ames y te ame. Piénsalo bien. El matrimonio es para siempre.

-¿Pero de dónde saco yo el dinero? ¿Del campo?

-Hay más soluciones -respondió Marguerite-. ¿Me has hecho caso? ¿Has escrito algo de lo que sientes?

-Síiiii, -grité yo- y fue desastroso. ¡Somos mujeres Marguerite! Entiéndelo de una vez. Valemos para coser, para planchar y para criar hijos. No hay más. No somos hombres.

-Por ahí no paso -dijo ella sin levantar la voz-. Nadie te ha dicho nunca que seas un hombre. No se trata de eso. No te pido que te pongas botas y cuides el ganado. Te invito a lo contrario. A que valores el coser y el planchar y a que escribas sobre ello. A que enseñes a los hombres que la sensibilidad , la belleza y la ternura son también prendas morales.

-Pero... yo no valgo para ser escritora.

-¿Acaso no has leído los libros de mi casa? ¿O es que crees que esas mujeres no tenían tus mismos problemas? Cásate si es lo que deseas. Pero no me digas que es tu destino de mujer. Sabes de sobra que eres capaz de triunfar. La pregunta es si eres lo suficientemente fuerte como para arriesgarte.

-Pero... ¿y qué hago con mi madre? Dime: ¿qué hago con mi madre?

-Yo puedo dejarte dinero. La Iglesia también. Tómatelo como un adelanto por tus poemas... Será como un mecenazgo.

No pude hablar más. Las lágrimas me ahogaban. Marguerite me abrazó un buen rato y se fue. No sin antes dejar una de sus sentencias: "Me recojo. Como ya te dije, cada cual ha de tomar sus propias decisiones". Y allí, sola en el comedor, decidí enfrentarme a mi destino. No al destino propio para las mujeres de mi época. El mío era un destino tan sólo para las heroínas.

Mi madre no quiso enterarse de la situación y creo que desde entonces fue empeorando. El párroco, ante el revuelo mostrado en el pueblo, me destituyó como maestra. La gente murmuraba cada día, cada hora y en cada rincón. Eduardo Núñez juró venganza por la deshonra. No fue fácil hacerme cargo de todos los problemas. La actitud de mi madre fue más dolorosa aún. Me trataba con pura indiferencia. Según ella, yo quería matarla a disgustos e iba a dejar que muriera en la miseria... Ciertamente no era cierto. El dinero que Marguerite me daba era suficiente para hacer frente a todos los gastos. Yo lo aceptaba, pues no tenía otro remedio y mientras tanto intentaba escribir sobre cualquier cosa que se me ocurriera. Pero mis poemas seguían sin ser buenos. Marguerite me dijo que sólo los leería cuando yo se lo pidiera, pero pasaba el tiempo y no le llevaba ni un solo papel escrito.

Le oculté a mamá lo de la parroquia. No me lo hubiera perdonado nunca. De este modo, cada día salía de casa en dirección a la parroquia. Pero aprovechaba esa hora para pasear. Me vino bien pasear cada día. La negativa que le había dado a Eduardo me atormentaba a menudo durante los paseos.

¿Qué pasaría si no lograba escribir un verso digno? Era en esas horas inquietas en las que la fe de mi infancia volvía. Rezaba a Dios para que me guiase. Le pedía que no se enfadara conmigo. Allí, en medio de las colinas verdes de Belver, encontraba la paz que no encontré nunca más. Fue allí donde logré escribir el primer poema que llevé a Marguerite.

Marguerite fue franca. No era un poema bueno. Al oír sus palabras pensé desvanecer. Marguerite, advirtiendo mi angustia, me animó a continuar.

"¿Quién te dijo que fuera fácil?" Luego me pidió que no tirara ninguno: "Escribe lo que sea, guarda todo y cuando tengas varios pliegos los traes. Da igual lo que tu opines..." Así lo hice. A las tres semanas le llevé doce copias de mis composiciones. Marguerite me pidió tres días para su revisión. Nunca he estado tan nerviosa en mi vida. Supongo que así se sintió mi padre cuando esperaba la decisión del juez para otorgarle o no la plaza de abogado. Siempre me contaba que fueron unos días de muchas inseguridades.

A Marguerite le gustaron. Curiosamente le parecían mejores aquellos que yo hubiera calificado de horribles. Me pidió dos copias: una para el seminario femenino y otra para mandársela a Emiliano González, el crítico literario más eminente de la capital. Aquel día fue el más importante de toda mi vida. Daba igual si el círculo o el tal señor González rechazaban mis poemas. Había alguien que creía en mí. Eso era suficiente. No desaproveché la oportunidad que me otorgó mi amiga y cada día escribía más. Escribí sobre la comarca, el campo, mis recuerdos de la infancia, lo que sucedía en mi jardín... Cualquier tema era bueno para la expresión literaria.

Fui a casa de Marguerite para llevarle los nuevos escritos. Llamé a la puerta pero no estaba. Esperé a que llegase en su poyo de piedra. Puse la cara al sol. De pronto apareció. Le pregunté de dónde venía y ella contestó: de la oficina de Correos. Aquí tienes las respuestas.

Comencé por la carta del seminario. La presidenta, una tal Andrea Zurrón, me felicitaba por la "carrera" elegida. No decía nada de mis composiciones, tan sólo restaba la importancia de tener una mujer poetisa en Castilla. Al final me daba indicaciones de posibles temas de composición: la independencia de la mujer, su fuerza interior, el abuso del hombre o la injusticia del matrimonio. Fue una auténtica decepción. Creo que hasta Marguerite pasó vergüenza. Queriendo cambiar de tema me obligó a abrir la carta del señor González. Emiliano González, el gran crítico literario del periódico, fue rápido en la contestación: no podía publicar ningún poema que hubiera sido escrito por una mujer. Puntualizaba que nadie compraría un libro escrito por una maestra de pueblo. A cambio me ofrecía dos posibilidades: o firmaba bajo un seudónimo masculino o no publicaría jamás.

Me fui a casa. Al amparo de mi hogar. Mamá estaba despierta pero sin ganas de dirigirme la palabra. Lo agradecí. Fui al comedor y me senté junto a la lumbre. Tenía gracia el asunto: para unas era poco feminista, para otros demasiado mujer. Pero es que así era mi vida últimamente: para Marguerite demasiado piadosa, para mi madre demasiado agnóstica. Me sentía sola. Muy sola. Como un enorme cabestro incapaz de aposentarse en ningún sitio.

Estuve un tiempo sin ver a Marguerite. En cierto modo, le imputaba todos mis males. Era ella la que me había metido esas ideas en la cabeza. Yo no era así. Tan sólo era una mujer aldeana, educada para formar una familia.

¡Qué sabía leer y escribir! ¿Y bueno? ¿De qué me había servido? Maldije ser mujer. Maldije ser mujer con conciencia de serlo. Maldije mi pueblo, mi época y mi vida toda. Fue en medio de esta desidia cuando recibí una carta de la tía Elena. Me había escrito a vuelta de correo. Decía que el poema que le había mandado era extraordinario. Fue mi tía, pareciendo saber lo que me pasaba, la que me dio el empujón que necesitaba.

Comencé a escribir más y más. La tinta ya no se quitaba de mis manos. Había noches en las que me dolían los dedos, pero todo daba igual. Era escritora e iba a conseguir vivir de ello. Escribí -con Marguerite- cientos de cartas: críticos, periodistas, editores, revistas, literatos, poetas... Muchos no me contestaron. Y los demás, mejor que no me hubieran contestado. Todos decían lo mismo: ¡es usted mujer!. Continué escribiendo. No sólo a personas de la comarca. Amplié mis objetivos y escribí por todo el país. Me había prometido a mí misma no flaquear y no dejarme abatir por nada ni por nadie. Pero las negativas no cesaban. Así las cosas, un buen día, sin aviso

previo, Marguerite me miró fijamente y dijo: "¿y si volvieras a ser maestra?"

El 16 de agosto mamá nos dejó. Al entierro asistió todo el pueblo. Ni siquiera puedo explicar lo terriblemente mal que me sentí aquellos días. Mi madre no había visto cumplir ninguno de sus sueños: no conoció a su nieto, no disfrutó de su marido y no pudo casar a su hija. Sentía que mi madre se había ido de este mundo avergonzada de mí. Como si ella también hubiera tirado las riendas de este caballo salvaje en el que me había convertido. Y lo que es peor, supe que me había quedado sola, realmente sola. Lloré a mi madre como pocas hijas han llorado a la suya. Probablemente por eso, el sacerdote se me acercó y me dijo: "todavía tienes una familia. Ése es el sentido de nuestra comunidad. "Y me ofreció de nuevo mi trabajo en la parroquia. El aula de la parroquia no había cambiado. Rodearme de niños me hizo olvidar algunas penas. También el viaje que realicé a Madrid para ver a mi sobrino. Sangre de mi propia sangre. Virginia estaba feliz. Era una madre maravillosa. Me habló del parto, de la sensación de tener a tu hijo en el vientre, de saber que hay una vida que depende de tí. Y me preguntó si yo no quería sentir todo eso. No pude contestarle. Tal vez ni siquiera sabía contestarle. Vicente me ofreció vivir con ellos, pero rechacé el ofrecimiento.

Cuando regresé al pueblo me quedé mirando impasible nuestra casa amarilla. Ahora pertenecía a Vicente. No me había dado cuenta. Estaba sola y sin ningún tipo de pertenencia. Vicente y yo no habíamos hablado del tema, pero supongo que si bien no corría prisa, algún día debía irme de allí. Sólo una frase se repetía en mi cabeza: ¿Pero: qué has hecho con tu vida?

Los meses como maestra en la parroquia continuaron sin pena ni gloria. Continuaba tomando té con Marguerite alguna tarde pero ya no nos atrevíamos a hablar de poesía. Nunca mencionamos mi fracaso literario. Yo se lo agradecí. Esas Navidades fueron muy tristes y solitarias. Marguerite las pasó en Madrid y aunque me invitó a ir con ella, no me apetecía. Vicente también me ofreció su casa, pero tampoco fui. Necesitaba estar sola. Tras la cena de Navidad, salí al jardín. Había nevado y estaba todo blanco. Mamá odiaba la nieve. Decía que destruía las plantas. A papá tampoco le gustaba, tardaba el doble en ir a la ciudad ya que los carros no podían avanzar. A mí me fascinaba. Eran copos blancos que bajaban del cielo. ¿A quién no le gusta ese milagro invernal? Para mí eran recuerdos de Dios. Los arrojaba para recordarnos que había alguien allá arriba. Le agradecí ese recordatorio navideño.

Tras las fiestas todo volvió a su normalidad. La escuela, las tardes en el jardín, las tareas del hogar... Una buena mañana de otoño recibí una carta de un tal Manuel Valverde. En ella, Manuel Valverde, director de la revista literaria El Esplendor, se complacía en comunicarme que los editores de su revista estaban interesados en

publicar alguno de mis poemas. Querían publicar un artículo acerca de mi obra. Por eso me pedían una cita para entrevistarme. Les contesté inmediatamente, les di mis señas y quedamos para el tiempo de dos semanas. Fui corriendo por toda la plaza y la calle mayor hasta llegar a casa de Marguerite. No podía hablar de la emoción. Le di la carta. La leyó y me abrazó fuertemente. Pude notar cómo se emocionaba. Acto seguido recuperó su compostura y me dijo que tampoco debíamos hacernos ilusiones. Sólo era un artículo y no me iban a pagar nada por ello. Daba igual. Las dos sabíamos la importancia que tenía ese artículo. Habría gente que podría leer mis poemas. Y lo que es mejor: me presentarían ante el mundo como una auténtica poetisa.

El señor Manuel Valverde llamó puntual a mi casa. Era un hombre muy atractivo. Alto, de tez morena y ojos oscuros. Tras invitarle a pasar y sentarnos en el comedor, comenzamos a hablar de las incomodidades del viaje y de la Tierra de Campos. Mientras él hablaba de la ciudad y de los adelantos técnicos, yo le escuchaba atentamente cada palabra que pronunciaba. Me di cuenta que era el hombre más culto que había conocido. Me mencionaba obras y autores que yo no había leído nunca. Y tras una charla amistosa, llegó el momento de comentar mis poemas. No me dijo nada del hecho de ser mujer. Sólo analizaba mis poemas. Se refirió a mi estilo, a mi eclecticismo en los temas, me criticó la forma deficiente, me recomendó que prescindiera de alguna rima, pero nunca dijo nada de mi sexo. Me trataba como a una igual. No había diferencias entre él y yo. Escuché todas sus indicaciones, pero también rechacé algunas. Me atreví a hacerlo. ¿Por qué no? Fue entonces cuando dijo que me consideraba una criatura enigmática. A mí me pareció el mayor cumplido que nadie pudo dirigirme hasta entonces.

Cuando llegó la hora de irse, prometió enviarme algunos ejemplares de la revista. A las tres semanas llegó por fin la revista. Llamaron a la puerta. Cuando abrí había un paquete en la entrada. Rompí el papel allí mismo, en la puerta, y busqué mi artículo. Lo firmaba Manuel. Lo tituló: La poetisa de las colinas. Atestiguaba que era una criatura excéntrica, cultivada en la ternura, demasiado misteriosa como para describir en un solo artículo. Y a continuación publicaba cuatro poemas míos como, según podía leer, "la mejor presentación posible de lo que es ella". Creo que nunca fui tan feliz. Las lágrimas se me salían sin permiso de los ojos. El sol de abril entraba cálidamente por la puerta de mi casa. Por fin, la luz iluminaba mi hogar.

"Andy Warhol Palomar"

Parte de una precisa puesta en escena en la que se constatan, quizá implícitamente, las vivencias de la infancia en el mundo rural en la segunda mitad del siglo pasado, un poco en contraposición con las inquietudes, también infantiles, de los primeros visitantes urbanitas.

Aporta un orgulloso magisterio sobre la naturaleza, con la enumeración de diferentes elementos de la fauna característica de nuestras comarcas utilizadas como señuelo para obtener un reconocimiento y admiración, preludio, posiblemente, de un incipiente infantil enamoramiento con una profunda nostalgia de tiempos pretéritos en la natural libertad del campo y el pueblo.

RECUERDOS DE LA INFANCIA

Pascual Burón Fernández

Tercer Premio relatos - Concurso Literario "Espigas 2012"

Cuando eres un chavalín y oyes conversaciones de mayores en las que hablan del "tío Citano", del "tío Mengano", de cómo eran las cosas antes, siempre las cosas de antes, tú piensas ¿qué cosas de antes?

Ahora, cuando ya puedes hablar de lo que pasó hace 20 años como si hubiera pasado el año anterior, cuando recuerdas aquello piensas en aquellas conversaciones y en aquellas personas que ya no están.

La vida de nuestros pueblos ha cambiado tanto, y así como hay mucha gente que ya no está, así se han perdido labores, costumbres, tradiciones, qué pena al recordar...

Yo soy, como dirían muchos, de las nuevas generaciones, pero de estas generaciones que siendo hijos de agricultores y teniendo estudios porque así lo quisieron nuestros padres, nunca nos hemos apartado del todo del campo, del oficio de casa.

Entonces, en la niñez, allá por los años 80, los veranos eran más largos, quizás porque las labores del campo duraban más, entonces ya había maquinaria, por supuesto, pero no tan grande, no tan sofisticada.

Mañanas fresquitas en las que desde primera hora se salía a jugar a la calle, aquellas si que eran largas, eran interminables juegos hasta la hora de comer. Salíamos a la calle mientras la actividad en el pueblo estaba en todas las calles, tractores y remolques iban y volvían de la cosechadora, de empacar, de la recogida de la paja para los animales para todo el año.

También otros volvían de regar las huertas, las alfalfas, de los melonares... Mientras los más mayores, nuestros abuelos se sentaban a las sombras para echar "un parlao" de sus cosas y de cómo, en sus tiempos el verano era mucho más largo.

Hablaban de las enormes madrugadas para acarrear, de la descarga en las eras, de los días y noches enteras que se pasaban en ellas trillando y limpiando el grano, y de como ahora, sus hijos, nuestros padres, lo hacían todo "en un momento".

Entonces nadie teníamos piscina, como mucho una "buchina" desde la que se regaban los huertos y a la que no nos dejaban acercar porque nadie, o casi nadie sabía nadar.

Las tardes los jóvenes las pasábamos con la bici por los caminos cercanos y por

las calles del pueblo, porque eso sí, como a penas había peligros, nos recorríamos el pueblo entero desde muy pequeños. Y también en el frontón donde con las raquetas echábamos partidillos entre nosotros, chicos y chicas para ver quien era el mejor.

Por cada rincón, por cada esquina, siempre había grupos de personas tomando el fresquito de la tarde, que a veces era más el calor que otra cosa, pero se salía a los sitios de costumbre.

Por eso todas las puertas de las casas estaban abiertas y nunca pasaba nada. Mucho antes puertas de postigos donde el de arriba no se cerraba nunca antes de la hora de dormir, y después puertas de una hoja que también estaban abiertas. Y las puertas del corral por las que cada vecino sabía que se podía entrar hasta la cocina llamando a voces por la dueña o el dueño de la casa.

Las madres y abuelas aprovechaban las tardes saliendo a coser, a zurcir aquellos calcetines para aprovecharlos un poco más porque la cosa no estaba para tirar, o a poner aquellas rodilleras a los pantalones que destrozábamos por jugar siempre en la calle, de rodillas, en aquellas calles de tierra porque todavía había "cantos" por las calles para poder jugar.

A media tarde el bocadillo para reponer fuerzas, aquellos bocadillos de nocilla, tulipán, tulicrem o chocolate y de chorizo o jamón de las matanzas, por supuesto, qué recuerdos...

Por la noche ya no te dejaban bajar al frontón porque bajaban sólo los mayores pero salíamos "al fresco", eso era todo un ritual, salir para la calle después de que los mayores de cada casa cenaran.

Era cuando nuestros padres descansaban de la jornada y comentaban para quién estaba la cosechadora, cómo estaba saliendo este año, los precios del cereal, etc.

A ti te sacaban un tazón de leche con galletas y te lo dejaban tomar en la calle, viendo las estrellas y alguien siempre contaba alguna historia, algún cuento y son esos que aunque haya pasado el tiempo no has olvidado.

No faltaban las historias de los abuelos de lo que les pasó aquel día que fueron a "apañar" garrobas y de cuando iban a servir para otros del pueblo, las historias de las eras, de los carros, de las mulas... y de cómo ahora todo había cambiado.

Cuando el de la cosechadora pasaba aviso de que era el turno de tus tierras esperabas a que tu padre te dejara ir con él. Ibas con él en el tractor, te dejaban subir a la cosechadora y te parecía que estabas ayudando tanto...

El verano era muy largo y ya en septiembre tenías ganas de que empezara el

colegio, en el pueblo, claro.

Era tiempo de tonos marrones en el campo, de arado y preparado del terreno para una nueva sementera, siempre mirando al cielo y sin pausa por si a las lluvias este año les da por adelantarse y no da tiempo a sembrar todo lo preparado.

Era cuando el maestro y la maestra volvían, porque ellos vivían en Zamora y tú estrenabas tus libros nuevos, como olvidar el olor entre aquellas páginas aún sin abrir. Te pasaban de fila porque empezabas un curso más pero en la misma aula, porque sólo había dos: la de los pequeños y la de los mayores.

Hasta los 6 años en la escuela de arriba, con una bendición de la maestra, de las que ya no quedan (con perdón para las que ejercen ahora). De las que te limpiaban los mocos, te abrochaban los pantalones y la cazadora y por supuesto todos salíamos sabiendo leer y escribir perfectamente.

Después para la escuela de abajo, la de los mayores, con el maestro, exigente como nadie, pero lo que nos enseñó sigue sin olvidarse.

Mi generación vio el gran arreglo del colegio y fuimos los primeros en disfrutar de la calefacción.

Entonces una media de 30 niños en la escuela de abajo y unos 20 en la de arriba daban vida al pueblo, que no era nada comparándolo con lo que contaban nuestros padres de como era en su época.

Entonces los dividían en escuela de niños y escuela de niñas y sus cuadernos eran una pizarra y un pizarrín y su libro de texto una enciclopedia que en mi casa aún se conservan.

En esto como en todo, creo que su generación ha sido la que ha visto un mayor cambio. Pasaron de conocer parte de las vivencias de nuestros abuelos a las de sus hijos, nosotros, las nuevas generaciones de estudios universitarios y de la era informática.

Ahora, tantos años después el colegio se ha cerrado y los que vivimos aquí sabemos que no hay vuelta atrás. Este es el peor síntoma para un pueblo, que no haya niños.

El curso escolar avanzaba y con él las estaciones.

En pleno otoño se realizaba la vendimia y todos ayudábamos a cortar las uvas. Después la mayor parte de la gente guardaba su turno para hacer el vino en un lagar del pueblo. Lo mas divertido era pisar la uva y nunca te librabas de que te dieran "lagarejo" bien cuando vendimiabas o cuando pisabas las uvas. Se trataba de que alguien te frotaba la cara con un racimo de uvas y ya se preparaba una pequeña guerra.

A finales del otoño y principios del invierno en la mayoría de las casas llegaba la matanza.

Se mataban en las casas los cebones que se habían estado cuidando casi desde el año anterior.

Para el primer día se juntaba la familia o incluso los vecinos para poder echar el cerdo al tajo y se recogía la sangre que se cocía para luego disfrutarla como aperitivo.

A los niños nos utilizaban para repartir, como se decía "una poca de chanfaina" entre los vecinos y con la vejiga del cerdo nos hacían zambombas o balones para jugar.

El segundo día, mientras se deshacía el cerdo era tradición mandar al pequeño de la casa a casa de un vecino a por un cesto, cuanto más grande mejor, para los sesos del cerdo, y claro tú, que no sabías ni lo que era, allá que ibas todo dispuesto. El vecino, que ya se conocía la broma te daba el más grande que tenía y para casa que te lo llevabas como podías para luego ser el centro de las risas de los demás. Claro que para el año siguiente ya habías aprendido.

Luego se hacían los chorizos y te dejaban ayudar bien picándolos para que saliera el aire o dando a la máquina para que saliera la carne ya embuchada.

Además ayudabas a colgarlos en los varales y los contabas, muy importante, por si luego faltaba alguno.

Se echaban en sal los tocinos, los huesos, se hacía el adobo y se hacía la manteca que luego se utilizaba para cocinar y de donde se sacaban los "cascarones" o "chicharrones" y con los que en cada casa se hacía el "bollo de coscarón o de chicharrón" que muchas tardes nos servía de merienda.

Como en la mayoría de nuestros pueblo estas tareas casi se han perdido porque en la mayoría de las casas del pueblo ya no se hace la matanza.

Otro acontecimiento era la llegada de la Navidad, durante algunos años los jóvenes del pueblo prepararon un belén viviente con los niños que íbamos al colegio. Se representó el día de Navidad en la iglesia y fue todo un éxito y con la llegada de la festividad de los Reyes los quintos del año cantaron "Los Reyes" puerta por puerta pidiendo el aguinaldo.

La pena es que todo ello sólo se celebró unos años y luego no se continuó.

El invierno iba pasando y en las casas donde todavía no había calefacción la vida transcurría alrededor de la lumbre o rodeados de los braseros para combatir el frío.

Para los mayores eran días en la fragua o tardes de solana al menor rayo de

sol mientras los más pequeños, bien abrigados en cuanto salíamos del colegio echábamos unas carrerillas por las calles del pueblo hasta que las pocas luces del pueblo se encendían y era el momento de volver a casa porque anochecía rápidamente.

Todos esperábamos ansiosos la llegada de la primavera donde el campo cambiaba de color y todo parecía más animado. Los días eran más largos y las tareas en el campo volvían a retomar su actividad.

El mes de más actividad era el mes de mayo con la puesta del "mayo" la noche del 30 de abril a cargo de los quintos de la localidad acompañados por todos lo mayores que quisieran. Era noche de fiesta y alegría.

El 15 de mayo festividad de San Isidro Labrador y el 22 de mayo festividad de Santa Rita patrona del pueblo, eran fechas señaladas en el calendario para todos.

Fiestas religiosas con misas y procesión de los santos y Santa Rita, por entonces, fiesta de quintos y quintas, de verbenas, de caballos adornados, de carrera de cintas...

Eran fiestas en las que no había colegio en el pueblo y todos disfrutábamos. Durante el transcurso de la primavera el pueblo se llenaba de actividad y las calles de bullicio porque ya las tardes eran más largas y las temperaturas permitían los juegos de los niños en la calle a la salida del colegio.

Cuando salíamos del colegio ya estaban por las calles "las solanas" donde las mujeres cosían y los abuelos charlaban y donde a los niños nos hacían sentarnos hasta que acabábamos la merienda.

Poco a poco nos acercábamos de nuevo al verano, a las vacaciones del curso escolar donde se despedían del colegio del pueblo los que acababan 5° de la E.G.B. de entonces para continuar estudios en Zamora.

De nuevo el ciclo estaba a punto de repetirse, mientras algunos de nuestros mayores iban desapareciendo , otros marchaban a la capital o a otras ciudades en busca de trabajo.

Todo parecía seguir su ritmo habitual, pero ahora, visto con el paso de los años era un ciclo que se repetía sin que nadie se diera cuenta de que el pueblo poco a poco se estaba quedando sin gente.

Sin casi agricultores que labren esas tierras de labor, sin solanas en el buen tiempo, sin niños correteando por las calles y sin colegio.

La vida de nuestros pueblos se está apagando lentamente y es una pena que lo que algunos hemos vivido en ellos, todos estos recuerdos, los que vienen detrás no puedan disfrutarlos.

El autor/a de “El ámbar espeso de sus ojos” se vale de una especie de metáfora sustanciada en el vuelo de una majestuosa rapaz como el águila imperial para hacer una bella descripción de nuestro ámbito geográfico y sus peculiaridades, que nos sumergen, en muchos párrafos, en la poesía.

Un planteamiento muy original con un estilo narrativo exquisito y una rica adjetivación facilitan que el relato discurra suavemente con una cadencia embriagadora que va llevando, al lector y al protagonista, a la plenitud anímica sentimental.

”A vista de pájaro”

EL ÁMBAR ESPESO DE SUS OJOS

Lema: Atahorma

Concurso Literario "Espigas 2012"

"Un concierto de espiga contra espiga
viene con el levante del sol"

Claudio Rodríguez

Alzó la mirada, muy despacio, y le pareció contemplar cómo el ámbar espeso de sus ojos se hundía en los suyos, suavemente, desde arriba, desde muy arriba, desde ese cielo manchado de almagre que precedía al atardecer. Rodrigo sonrió, levemente, desplazando la comisura de sus labios hacia la mejilla izquierda. Habían pasado muchos años, demasiados, desde la última vez que vio un ejemplar así por estas tierras. Entonces no era más que un niño, un chaval sólo empeñado en crecer deprisa, en hacerse un hombre, en terminar de cualquier modo los deberes de la escuela para ayudar a su padre en su oficio de pastor, pastor de ovejas ajenas, de esas ovejas churras de vellón abierto y corvejones finos, quizá el quehacer más desagradecido que él conociera jamás. Un oficio que consumió con codicia inexorable hasta el último resuello de la vida de su padre. Pero ahora debía terminar el trabajo. No quería perder ni un segundo más rebuscando recuerdos y penurias en las esquinas de su memoria, rescatando tantos episodios de miseria uncidos a su infancia, una infancia de privaciones que el bueno de su padre jamás imaginó que marcaría de por vida la existencia de su único hijo. La existencia y su voluntad . Ahora, después de sacrificios infinitos entreverados de tesón y de préstamos bancarios, esta finca hincada en el paraje de El Calero, entre Revellinos y Cerecinos de Campos, la misma finca donde se deslomó su padre pastoreando los hatos de ovejas churras, siempre a destajo para el amo, era suya. Ahora ya no había que preocuparse por el diseño de los tendidos eléctricos, ni por el veneno agazapado en las manchas de las lindes, ni por los traquidos oscuros de las armas de fuego merodeando por entre el relente del amanecer. Nada de eso ocurriría ya en este lugar. El hombre continuó disponiendo las piedras cuarcíticas del majano, unas piedras tapizadas de reflejos de sol que arrancó con sus propias manos de una cantera cercana .Y al colocar la última, alzó de nuevo la mirada, muy despacio, y pudo contemplar, esta vez sí, cómo el ámbar espeso de sus ojos se hundía en los suyos, y le pareció entonces vislumbrar un destello, un tímido destello de agradecimiento, de complicidad, tal vez también de atávica camaradería, como si le considerara uno más de su especie, esmaltado en las pupilas de aquel joven

"Molinos"

ejemplar de águila imperial ibérica que sobrevolaba por vez primera, desplegando orgulloso su plumaje de tierra clara restregada de cobre, el último de los majanos preparados para albergar y hacer prosperar en sus entrañas una camada de conejos, su presa más codiciada.

El hombre sonrió, levemente, desplazando la comisura de sus labios hacia la mejilla izquierda. Sabía que aquella rapaz deambulaba en busca de cazaderos vírgenes, de territorios amables en los que desplegar sus habilidades, de baldíos, eriales o altozanos generosos en conejos, lagartos ocelados o en esas palomas torcaces con el buche ahíto de bellotas; en capturas con las que ensayar sus sorpresivos picados de alas plegadas y garras infalibles. También sabía que los pinares que medran en las lindes de Valladolid con Segovia eran su lugar de nacimiento, el solar de sus aleteos primerizos.

Rodrigo tomó asiento sobre las piedras del majano, colocó el perfil de su mano en la frente para hacerse sombra y persiguió con la mirada las evoluciones del ave. Estaba seguro de que la rapaz de plumaje empañado con el mismo color del cobre, erraría durante algún tiempo por entre las lagunas invernizas del sur, sobre la Salina Blanca, en Villafáfila, sobre la Salina de Barrillos, cerca de Revellinos, sobre la Laguna de Salinas, en el camino a Villarrín de Campos, por las tierras salitrosas que las ceñían, por sobre los pináculos, patios y guardavientos de los palomares, unas construcciones de adobe o de tapial que pugnaban por elevarse sobre la arcilla madre que los sustentaba; y contemplaría desde arriba, desde muy arriba, codiciosa, hilvanando el cielo en vórtices reposados, esta estepa incinerada sólo fértil en barriales, cebadas, candeales de secano y verdores ofensivos de alfalfa. Luego, tal vez, la rapaz dirigiría el ámbar de sus ojos hacia las lomas que cierran el noroeste de Villafáfila, hacia las zarceras de las bodegas abandonadas, hacia esas matrices arcillosas que aún guardan rumores de cubas, lagares, vigas y husillos, hervores de mosto fermentado, murmullos callados de vino nuevo en los otoños de hace ya demasiados años. Quizá se recrearía más tarde con vislumbres de ánades, patos y cercetas sobre el espejo de las lagunas, se sorprendería del tamaño de esos ánsares que huyen de los fríos del norte de Europa, visitaría los nidos de cigüeña que se uncen a las espadañas de Santa María, la única iglesia que despunta del perfil de Villafáfila, bordearía más al norte las toradas de avutardas e ignoraría la mirada temerosa, amarillenta del alcaraván o el vuelo sibilante, apresurado y rastrero de los sisones.

Pero Rodrigo también sabía que aquella águila inmadura descendería hasta las ruinas amables de Otero de Sariegos para terminar persiguiendo los trajines del arroyó Salado hasta su engarce con el río Valderaduey, y que agarraría con sus

pupilas el cauce de éste para vagar por la Tierra del Pan en merodeos circulares, cercanos, embelesados. Quizá los húmedos vientos del oeste empujarían sus alas hacia los viñedos de tempranillo que sitian la ciudad de Toro y la encandilarían con la cúpula de la Colegiata de Santa María; y apoyada en las nubes densas de poniente remontaría el río Duero hasta Tordesillas , hasta la desembocadura del río Cega, y a contracorriente , rozando las riberas ahítas de álamos y fresnos, aletearía con ansia, sin descanso, en busca de los pinares que medran en los linderos de Valladolid con Segovia, al calor de su lugar de nacimiento, del solar de sus vuelos primerizos .

Rodrigo sabía que, transcurridos los rigores del verano, la rapaz se emparejaría para, comenzado el invierno y ya en compañía, regresar a esta finca hincada en el paraje de El Calero, entre Revellinos y Cerecinos de Campos, la misma finca donde se deslomó su padre pastoreando los hatos de ovejas churras, siempre a destajo para el amo, y así poder hundir otra vez el ámbar espeso de sus ojos en los suyos, suavemente , desde arriba, desde muy arriba, y advertirle, con un destello de complicidad esmaltado en sus pupilas, que debía acostumbrarse, que había venido para quedarse, para criar en un nido que pergeñaría por entre la espesa copa de una encina centenaria, en los montes de Castronuevo o en las manchas del Raso de Villalpando, tal vez sobre una encina similar a la que sombreó durante demasiados estíos los sufridos afanes de su padre con esas ovejas churras de corvejones finos y vellón abierto que jamás serían suyas.

Rodrigo sonrió de nuevo, levemente, desplazando la comisura de sus labios hacia la mejilla izquierda. No dejó de trabar su mirada al vuelo ondulante de

la rapaz hasta que ésta se confundió con el almagre de un horizonte limpio, sin más extremos que los palomares que alzaban sus secos muros de arcilla sobre la misma arcilla seca de la tierra. En ese momento, instantes antes del crepúsculo, el hombre se prometió a sí mismo que siempre la esperaría, que él siempre estaría allí, en aquella finca al norte de unas lagunas invernizas, salitrosas, muy cerca de esos barriales con lindes de correhuela, malvas, acederas y cardo corredor, de una llanura alomada de sol, nieblas, hielos y cereal. Que no tenía ninguna prisa, que jamás le importaría el tiempo. El tiempo que ella tardara en regresar.

"Cuando las lagunas duermen"

"La fortaleza en ruinas" Marisa Silva Berrocal
Tercer Premio Concurso Fotografía Espigas 2014

CONCURSO LITERARIO
“ESPIGAS 2015”

Poemas

Poema palpitante de emoción. Fiel reflejo del alma campesina del labriego. Total identificación de su personalidad con la tierra dorada por el trigo, fruto del esfuerzo.

Adjetivación precisa y pinceladas de imágenes metafóricas que contribuyen a su valoración positiva.

El lector se ve seducido por los insistentes reclamos a través de una llamada de atención anafórica hacia la figura noble y respetuosa del labrador castellano que ha entregado todo su esfuerzo a la tierra, su destino.

"Primavera en Gallegos del Pan"

EL ABUELO

José Luis Bragado García

Primer Premio poemas - Concurso Literario "Espigas 2015"

Mi abuelo, fue campesino zamorano.
Le gustaba acariciar las espigas;
su insumisa piel que borda lo sagrado,
respirar el aroma soñador del heno
donde las aves resguardan sus flaquezas,
descubrir en la atardecida el ondulante mar de trigo,
escuchar la muchedumbre estruendosa de sus olas
con eco de clamor sobre espadañas.

Soñó, como campesino, con el sudor que humedece la frente
y la caída fecunda del fruto entre sus manos.
Navegó por mares amarillos
segando a solas con los ojos, las manos y el cuerpo arrugado;
apuntalando la espalda vencida de tiempo que enciende
espuma salada en la garganta.
Fue descubridor fecundo,
héroe surcando olas de sacrificios,
navegador de esperanzas,
campesino de cuño que saciara el hambre de gentes y tierras.
Generoso labrador que regó empapado
en el silencio punzante de la ortiga.

Mi abuelo, era campesino zamorano.
Ejerció de hachero entre nieblas heladas
Acarició hasta desmenuzar a los tabones,
-retablos de montañas como inflamación de conciencia-

Entre sábanas de palomas
sobre el páramo silencioso, mimaba a las espigas.
Sus ojos alegres, siempre estaban incendiados de paisaje
cuando el día, rendido, se iba por la llanura.
En mi memoria, se reflejan en el horizonte
sus mejillas ocres salpicadas de rocío,
escucho suspiros de viento,
rostros de huellas perdidas entre la maraña,
senderos donde el amarillo sol,
es el color de los profetas que surten eneidas espigadas
con el amor campesino de quien cultiva en lontananza.
El abuelo, sembró tanto trigo en su vida,
que el grito de la urraca y el grajo eran oración festiva.
Laboraba para ver el sueño del que camina hacia el mañana.
Era el suyo sueño párvulo, en primavera de la sangre.
Ilusión de espigas con ojos de cirio y rostro de agua.
Sudor primigenio que surcaba la frente y abrasaba su garganta.
Corazón que amó con ensueño
los páramos agónicos de un dorado mar en llamas.
Ahora, contemplar este piélago desolado,
es descubrir un durísimo reproche,
por eso, porque lo amo,
lo humedezco con memorias que el tiempo no destruya.

Mi abuelo, era campesino zamorano.
Cada día, acudía al beso de la tierra con la herramienta al hombro,
pies heridos por sendas penitentes,
hacia el mar de espigas donde su espuma es vértigo.
Me abrió los ojos para ver su omnisciencia,

y sentir en el pecho su profunda caricia.
Trigales encrestados, olas verdes y doradas
entre campanarios y almenas, sillares y adoberas.
Tierras planas donde el tormento de la tormenta
siembra los surcos de lagrimones helados.
Lugar acariciado por el viento que mece y acuna la mies.
Esperanza laborada por manos de cuño,
Cultivada con inteligencia profunda como sello de identidad,
así fue, y así me lo enseñó él.

Mi abuelo, era campesino zamorano.
Sembró en la majestad del campo su mágico contorno,
voló sobre el bálago para sentir en los labios
la conciencia del viento.
Él, era venerable rostro rielando entre oleajes del silencio que habita,
voz clamorosa, honda, en océano espigado;
grito que llama desde honduras abisales.

Tú, abuelo, que sembraste amor en aguas fértiles,
ahora eres galeón hundido en mar secano.
Es en este mar zamorano, granero generoso,
es donde ahora reposa el alma de mi abuelo,
alma altiva y profunda de campesino.
¡Elevada!
como los extensos cielos de amor,
que surcan a Castilla.

Buen uso del endecasílabo clásico, escasez de verbos y abundancia de sustantivos.

El carácter descriptivo conlleva la hondura lírica que sabe el autor introducir en el poema para que, en el buen ritmo acentual y silábico, llegue intacta al lector enganchado por la musicalidad del texto.

Es un retorno al paraíso perdido de la infancia.

"Impulso natural"

MARUXIÑA QUE PEINABA A UN GATO

Máximo Pérez Gonzalo

Segundo Premio poemas - Concurso Literario "Espigas 2015"

Maruxiña tiene un gato
Todas las mañanas le peina y le lava
Y le pasa la manita
Por entre el pelito que parece lana.
(La canción de cada verano en la trilla. Años 50)

Nada tuvo que ver la Maruxiña
con la ternura abierta de los bálagos,
las calurosas horas de la siesta
en pleno mes de agosto.
El pan de trigo
con el sabor a gotas de aguardiente,
un casco de cebolla o medio puerro
de alimento casual ya por la tarde.
Con hambre y desnudez, hijos del gario,
paridos en la sed de una alquitara.
La carreta de mulas, y el camino
de las noches de Orión o los Tres Reyes.
La cachapera en el montón de tamo,
la alforja y el botijo, los gorriones
acechando el fervor de las cigarras.
Maruxiña y su gato, el Tío Pollero.
Panderetas tatuadas con la Sinda
bailándole la jota en los domingos...
Los carromatos con faroles rojos
trashumantes de Toro, recargados
con espesos racimos de uva dulce.
La exposición variada de cazuelas
y jarras de cristal, del cacharrero.
El saco de altramuces, en las presas
del arroyo con agua en los inviernos.
Las lavanderas con jabón lagarto
y baldes de latón, taja y abrigo.
El afilado dalle en las cosechas,
la excavadora en fréjoles y alubias,
las largas parameras de garbanzos,
Las cepas de viñedos, las bodegas
con carrales de roble y los almuerzos
a base de jamón, chorizo y vino.
Y en ese mar de ruido y de tormentas,
la calma en las mañanas infantiles,
la risa en el ciclón que acopla lustros,
como un grito en el aire que no olvida
la Maruxiña que peinaba a un gato.

Balada clásica que recoge el recuerdo afectuoso de los trillos dándole una consideración casi humana. Prolijidad en el vocabulario de los aperos utilizados en las labores veraniegas en las tierras castellanas.

Tiene ese tono lírico de la balada según los cánones de la retórica clásica: Composición lírica de vivos y hondos afectos de carácter popular.

Recupera un importante momento en la labor del campesino, ya perdido a causa del progreso técnico: La trilla que tanta vigencia emotiva tiene, aún hoy, en los que la hemos vivido.

"Palomar"

BALADA TRISTE DE LOS TRILLOS

Teófilo Gago Gago

Tercer Premio poemas - Concurso Literario "Espigas 2015"

A mis padres, campesinos.

A todos los labriegos de Tierra de Campos.

Han sobrevivido heroicamente a los abuelos.
En el interior de una delicada y desvencijada caseta,
han sobrevivido dignamente a los padres,
partiéndose literalmente el pecho de piedra,
sobre mieses, históricas y legendarias.

Las eras,
y la actividad veraniega del campesinado
del pueblo que me esperaba al nacer,
ya no son,
ni el sol, ni la sombra de lo que eran.

Así que,
preso de una recuperada y rabiosa rebeldía
por rememorar mi infancia,
educada, edificada y curtida de espigas,
gavillas, morenas, bálagos,
vasijas de agua fresca, siestas, parvas,
carros de mies, trillos, aparvaderos, caballerías,
madrinaderos, trigo limpio,
y majestuosas meriendas junto al muelo,
el pasado mes de julio, luciendo mis cicatrices
por las que aún sangran,
cosechas de sangre, sudor y sacrificios,
con el nombre y apellidos
de todos mis antepasados ausentes,
puse manos y cuerpo entero a la obra.

Paré mis pasos delante de la caseta
en la que un silencio sumiso
y un olvido indecente y canalla,
ahogan, asesinan y seccionan la yugular
de un estilo de vida y un arte por sobrevivir,
sencillamente únicos, ejemplares e irrepetibles.

Posé la mirada
y acaricié con las innumerables manos
de mi recuerdo,
el territorio terminal de los trillos.

Liberé a uno de ellos
del féretro de paja, teja y tierra
en el que agonizaba.

Lavé, a conciencia,
sus desdentados puñales, de grija gris,
y le tendí suavemente en el centro de la era.

Le armé
con tornaderas, bieldos, cebaderas,
rastros, horcas de madera, garios,
bozales, balancines, correajes, cadenas,
y una pequeña silla de madera, en el centro.

Y un servidor de todos ustedes, al frente,
serví y regí de caballería.

Y sobre una trilla imaginaria y fantasmal,
tendida sobre el hogar de la era,
recorrí, mañana y tarde,
arrastrando todos los aperos
como mandan los cánones de la trilla,
con la dignidad y la bravura
del Gallito y del Liberal, dos machos tordos,
orgullo de una familia labriega y tierracampina,
hasta los huevos.

Este es,
mi alegre, sentido y respetuoso homenaje
a mis gladiadores preferidos,
y a mis indomables y valerosos jornaleros
de hierro, madera y piedras.

Esta es,
la balada triste de los trillos.

En este soneto, técnicamente muy bien construido, el autor sintetiza poéticamente la vida del pastor.

Consigue, en catorce versos, el perfil de los pastores castellanos: austeros, parcos, solitarios, sobrios en comida y bebida, observadores por necesidad de la naturaleza que les rodea. Su silencio y soledad los hace reflexivos. Filósofos.

TIERRA MÍA

José Luis de Castro Díez

Accésit del jurado - Concurso Literario "Espigas 2015"

Me gusta apacentar a mi rebaño
mirando a ese horizonte azul y oro
que cuando estoy a oscuras siempre añoro
y en sueños si se fuga yo restaño.

Llevo una vida, tal cual ermitaño,
austera, solitaria y con decoro,
y es mi tierra el más preciado tesoro,
preservada por Ceres hasta hogaño.

Tierra de pan, de queso y de esperanza
que desde lontananza mira el Duero
ansiándola besar mientras avanza.

Y a las aves del cielo pedir quiero
que traigan nuevos tiempos de bonanza:
es ese mi deseo más sincero.

"Portaleza"

Se expresa el contraste entre el día y la noche que representa también el de la luz y la oscuridad, el variado colorido y el monocromatismo sombrío y, en definitiva, la vida y la muerte.

Concluye en un amanecer henchido de vida y esperanza.

"Contrastes"

NOCHE Y DÍA

Lema: Noche y día
Concurso Literario "Espigas 2015"

Mis ojos se fijaron en el alto cerro
y en el último resplandor
del astro sol, mejor amigo
del hombre, que aquella tarde,
poco a poco, en silencio terminó.
Sentado sobre una peña
de otro cerro, sentí nostalgia y dolor,
terminó la luz, la oscuridad cegó
todo el tesoro que aquel día tuvo,
todo el afán que la fatiga consiguió
en un silencio oscuro concluyó.
Se vistieron de negro los almendros,
y los chopos perdieron el color,
sus graznidos las aves de rapiña
en el aire dejaban irritadas
el sonido de su ronca canción.
Los caminos, silenciosos, sin color,
las viviendas esperan amorosas
al que llega con ganas de alimento
y con ansias de frases generosas,
y el preludio comienzo del amor.
En la densa oscuridad
pasada la medianoche
sobre un paredón de adobes,
un tétrico mochuelo, con su mio...mio...
será de la noche dueño.

El jefe de un gallinero,
desde un alto cabañal,
fanfarrón y postinero,
con aves de su corral,
nos despertará del sueño.
Se oyen cariñosas voces,
se uncirán las yuntas,
se oirán enrejar los arados,
irá clareando la mañana,
comenzará el trajín de cada día,
notaremos ya que hay vida,
saldrá el sol por donde salir solía
dando vida, trabajo, esplendor,
que se encoge de gozo el alma mía,
ante el sol que nos cuida, que nos guía.
¡Cómo admiro y respeto al creador
que nos llena el vivir de luz y de alegría!

El poema “Labores del campo” es una alabanza al sacrificio, la abnegación y la entrega de la mujer rural apegada a la familia, a la tierra, al cuidado de ganado y enseres y a las labores de la casa.

Recuerda con presentación nítida y exacta la vida de gran parte de las madres, abuelas y bisabuelas del siglo pasado en nuestras comarcas agrícolas y ganaderas.

LABORES DEL CAMPO

Lema: Tiempo atrás
Concurso Literario "Espigas 2015"

Se llamaba Jacoba
y no conoció el mar siendo muchacha
ni jugó a hacer castillos en la arena
dorada de la playa.
Sus padres la nacieron en el campo,
vivía en una dehesa que distaba
algo más de una legua
de la aldea que había más cercana.
Alumbró siete hijos,
acarreaba de la fuente el agua,
y era su lavadora el frío arroyo,
y aquellas manos nunca descansaban.
No le dolía el cuerpo,
a veces le dolía más el alma.
Atendía la huerta,
para el sustento familiar criaba
conejos, un gorrino,
unas cuantas gallinas y una cabra.
Algunas tarde iba
a por piñas, serojas, secas ramas
al pinar colindante
y luego las traía a las espaldas.
Remendaba los sacos y las ropas
a la luz de un candil o en la tenada
y ayudaba al marido
en la siembra o la escarda...
A ti, mujer rural, te felicito,
te admiro, y te regalan
mis pobres dones unas pocas letras
que afloran a mi pluma por tu causa.

"Fe" Pablo Peláez Franco - Primer Premio Concurso fotografía Espigas 2016

CONCURSO LITERARIO
“ESPIGAS 2015”

Relatos

Recuerdos de la infancia en el pueblo en los que se manifiesta plenamente la identidad infantil en aquellos ambientes rurales y se constata la nostalgia de unos tiempos idos con la llegada de la modernidad como un viento arrasador de la vida auténticamente vivida.

Excelente estilo narrativo con sintaxis bien estructurada, donde la trama dramática sencilla desemboca en una elegía: pérdida de aquellos valores familiares, desbaratados por la llegada del ¿progreso? a los pueblos.

Hay en el relato hondura lírica y sutil buceo psicológico en los personajes.

"Campos de Valdehunco"

EN AQUEL TIEMPO

Luis Auñón Muelas

Primer Premio relatos - Concurso Literario "Espigas 2015"

Quiero retroceder, regresar tras los pasos de la infancia. Conceder cuerda triste de cangrejo al relato de nuestros días y revivir otra vez los tiempos ya casi olvidados.

Retrocedo, vuelvo lentamente, me roza con dulzura la nostalgia, me acaricia levemente el primer recuerdo. De los remotos confines de la memoria surjo convertido en niño. En uno de los rincones más apartados de la evocación, aparezco sentado en al silla baja de los niños, junto al fuego de la lumbre, en la cocina de casa. A mi lado, hierve el pucherillo de barro trabado por el canto de olla. Están la tenaza en el suelo, el fuelle colgado de un clavo y el caldero que pende de la argolla donde se cuece el salvado para los cerdos bajo la humeante chimenea. Acurrucada al calorcillo de la lumbre, duerme la gata negra.

Tomo un palo encendido del fuego y me entretengo dibujando círculos luminosos en el aire.

Madre me dice:

-Deja el palo en la lumbre y ven a la mesa a almorzar.

Mi hermano Miguel, más pequeño que yo, lloriquea en la alcoba. Madre corre a su lado y mece la cuna suavemente hasta callarlo.

Los días pasan lentos, alegres. Vamos a la escuela. Y luego, correteamos por las calles entre gallinas sueltas. Jugamos en la plaza y en las eras, entre los montones de paja. Corremos por las afueras del pueblo tirando piedras, cazando lagartijas por las tapias de los corrales, persiguiendo perros y apedreando gatos. Peleamos entre carreras y caídas, brincamos y trotamos hasta caer sudorosos y exhaustos a la sombra de los olmos que crecen junto al río. Aquellos olmos que conocieron nuestros juegos y nuestros sueños de niños.

Remontamos las riberas del río tras el vuelo rítmico de raudas y multicolores mariposas y observamos embelesados el agua que se desliza por el cauce lamiendo los juncos de la orilla. Nos metemos descalzos en el remanso, con las sandalias en la mano y el agua hasta la rodilla, a pescar cangrejos y renacuajos. Y ascendemos hasta sus confines buscando setas entre los chopos deshojados, moras de zarza, endrinas amargas y guindas dulces, frescas y encarnadas. Era nuestro río. El río que arrastraba cauce abajo nuestros sueños y que tanta regañina nos valió al regresar a casa: desastrados, descalzos y mojados.

Escalamos las altas rocas de las hoces. Subimos a las nogueras a coger sus frutos dorados que vamos guardando en los bolsillos. Trepamos a los chopos a coger nidos y regresamos a casa con la ropa manchada, los pantalones rotos, escalabrados y llenos de arañazos.

Madre comienza entonces su eterna retahíla:

-Me vais a quitar la vida.

-Me estáis matando entre todos.

-Estáis cavando mi fosa.

-Me estáis enterrando en vida.

Padre grita enfurecido:

-A la cama sin cenar.

Subimos cabizbajos y en silencio hasta la alcoba. Y en el delirio de mi estómago vacío tengo un sueño macabro:

Estamos los tres hermanos en el corral de casa. La tenue luz de la luna proyecta nuestras sombras sobre la pared. Juan cava la fosa. Yo saco la tierra con una pala. Y Miguel, que es muy pequeño aún, nos anima: "Hacedla más honda que no cabe madre todavía". Madre espera a que terminemos sentada en una albarda vieja. "Daos prisa, que quiero morir cuánto antes", dice. Padre nos mira sin poder dar crédito a lo que ven sus ojos: "Malos hijos. Sois peor que Judas. Mira que matar a vuestra propia madre".

Crecemos sanos y fuertes. Pues nunca faltaron en casa las tajadas de tocino y las buenas sartenadas de gachas. Somos felices. Tú Juan eras el hermano mayor, yo el mediano y Miguel el más pequeño. Y aquellos otros amigos con los que jugábamos. Chicos, como nosotros, vestidos con raídos jerseys y pantalones cortos, cuyas siluetas se difuminan como nubes huidizas por el cielo oscuro de mi memoria.

Años después, nos marchamos. Emigramos a las grandes ciudades. Las chicas a servir. Los chicos a trabajar en las fábricas. Queríamos ser libres y disfrutar de la vida. Sucedió cuando empezó a soplar aquel viento embrujado que lo arrastró todo consigo. El viento que sopló en todas direcciones y se llevó nuestros juegos infantiles como árboles arrancados de raíz. Tú fuiste uno de los pocos que te resististe. Tú, Juan, mi Juanito, entrañable hermano, compañero inseparable de la infancia. Tú que entonces eras un niño como cualquier otro. Porque a ti el viento te arrastró hacia lugares de los que jamás se regresa. El destino te había reservado un camino diferente, un viaje sin llegada ni retorno.

Dicen que el secreto de la felicidad está en contentarse con lo que se tiene,

con su suerte y su destino. Si esto es la felicidad, éramos enormemente felices. A pesar del duro trabajo: los hombres en el campo, las mujeres en la casa, cuidando de los animales y ayudando en la época de cosechas.

-La verdad, no podemos quejarnos -dice padre-. Tenemos nuestras tierras, una partida de ovejas, el corral lleno de gallinas y conejos, y en nuestra mesa nunca falta el pan.

Padre no tiene que ir a casa del amo a dar jornales. Ni madre necesita ir a lavar, a cocinar y a limpiar a casa de los ricos, para recibir como pago a su trabajo unos chorizos y unas morcillas a modo de limosna. No. Nosotros no tenemos que mendigar en casa de los ricos ni recibir sus limosnas y humillaciones, ni ellos disfrutar sus lujos a costa de nuestros sudores.

-No nos podemos quejar -repite padre.

Y nosotros, creciendo y creciendo. Sanos, fuertes, felices.

-¡Qué más podemos pedir!

Juan, al ser mayor, sale ya con padre al campo a faenar. Yo voy a la escuela.

Y Miguel, tan chico todavía, hace la felicidad de todos.

-Los hijos son la mayor felicidad de la vida -dice madre viéndonos crecer así.

Pero, ¿adónde fue a parar todo aquello? ¿Quién podría imaginar entonces que aquel viento hechizado se lo llevaría un día? Allí, sólo dejaría aquello a lo que ya no podemos regresar. Porque lo que el viento no se llevó, quedó olvidado, ¡ay!, para siempre.

* * * * *

Nos levantamos al amanecer. En casa, como en todas las casas del pueblo, se madruga mucho. Pero cuando nos levantamos, madre ya tiene preparada sobre la ancha artesa una masa blanca, suave y esponjosa que moldea para hacer panes mullidos y redondos como ruedas de molino, y los lleva al horno a cocer.

Como cada mañana, estamos acurrucados al calorcillo de la lumbre. Padre ha aparejado el par y lo tiene atado a la reja de la ventana. Almuerza en la cocina. Se acomoda ante la sartén, corta una rebanada de pan con la navaja y moja el huevo frito. Nosotros observamos en silencio como introduce una y otra vez sus grasientos y ásperos dedos dentro de la sartén.

-Hala Antonio -me dice-, date prisa, no vayas a llegar tarde a la escuela.

Vacío el agua del cántaro sobre la palangana, la pongo encima del palanganero y me lavo la cara y las manos. Me enjabono bien, con el jabón rugoso que madre fabrica con la manteca del cerdo después de la matanza, tomo la Enciclopedia

"Belleza con espinas"

Álvarez y la meto en la cartera nueva. ¡Qué contento estaba con mi cartera! Me la compró madre cuando fuimos al médico de la capital a que me arreglaran el brazo que se me rompió cuando me caí de la Traidora.

Madre prepara en la alforja el avío del día: llena la fiambrera con una tortilla de patatas y unas tajadas de lomo recién sacadas de la orza. Luego pone unos tomates colorados, el botijo del agua y el botillo del vino.

Padre carga encima de la Traidora el costal con la simiente y otro con el pienso para el par. Desata el ramal de la reja, unce el par, coloca el arado en el centro del yugo con la reja apuntalada hacia abajo y el timón arrastrando, se monta en la Lucera, la más mansa, y parte hacia la sementera.

Madre echa la comida a los animales, va al horno a recoger el pan, lo guarda dentro de la artesa y lo tapa con un paño. Un agradable olorcillo a pan tierno invade la cocina. ¡Ah, cómo recuerdo el aroma del pan recién cocido!

Padre y tú ya estáis en el tajo. Tú dejaste pronto de ir a la escuela para salir con padre al campo a trabajar.

El sol de octubre cae a plomo. Rueda por el campo, se hunde en el barbecho. A lo lejos, se escuchan voces de labriegos, la dulce coplilla de un pastor, el relincho de una mula, el ladrido de un perro, el canto de una perdiz, el gorjeo de las abubillas... Allá en lo alto, un águila negra surca el cielo.

Eran otros tiempos. Los campos estaban llenos de mozos barbechando, trinos de pájaros, pastores apacentando los rebaños... Todo tan distinto a estos campos desiertos, sembrados vacíos, el terruño abandonado sin yuntas que lo aren, sin mozos que le canten, sin avecillas que crucen el cielo bajo pálidas nubes de algodón.

Nosotros vamos a la escuela. Pero tú dejaste pronto de ir. Empezaste a labrar con el par siendo un niño todavía.

-Pero si es un crío todavía. En la escuela es dónde debería estar -dicen unos.

-No creas, edad ya tiene. Más jóvenes éramos nosotros cuando agarramos el par -opinan otros.

-No comparéis unos tiempos con otros -dice Aurelio, un campesino que tiene fama de ser muy instruido.

Yo lo escuché más de una vez. Estos comentarios los hacen en el bar, mientras juegan la partida de mus o truque, o cuando se reúnen a beber vino los anocheceres al regresar del campo; o los sábados por la noche, en la barbería, mientras aguardan su turno. Esperan sentados en los banquillos alargados, bajo la percha repleta de gorras y chaquetas, junto a un deslucido calendario pasado de fecha desde donde surge una joven bonita con atuendo ligero y, bajo ella, escrito con letras grandes y mayúsculas: "LA CASA DE LAS SEMILLAS. SIMIENTE Y PIENSO PARA ANIMALES". Esperan sentados alrededor de la estufa, que como sapo panzudo al rojo vivo no cesa de gorgojear en medio de la barbería mientras los hombres discuten de toros con Julián, el barbero, un hombrecillo menudo y calvo.

Esto te lo cuento ahora que ya no estás. Ahora que nunca más podrá tu mano empuñar el arado en la sementera, ni quitar la grama de la reja del vernete en el tiempo de vinar las viñas, cuando uncíamos sólo a la Lucera y la Traidora quedaba comiendo hierba entre los olivares. Aprovecho que no me puedes rebatir, pues sé que me dirías como decías entonces: "Antonio, esas cosas no me interesan. Sabes que son chismes de pueblo". Pero hoy, no estoy aquí para contarte el cotilleo de entonces. Vuelvo a recordarte. A evocar contigo los días alegres de nuestra feliz infancia. A recordar contigo la tierra recién regada por la lluvia, el rocío de la hierba en la mañana y el cielo azul y ardiente con el sol ardoroso del verano. Días felices que no volverán.

Todo sucedió en aquellos días, cuando sopló de repente aquel viento encantado que irrumpió en los campos con estridentes zumbidos de motores. Máquinas y tractores invadieron las desiertas sementeras, vacías ya de relinchos de mulas, de mozos que les canten, de gorjeos de avecillas... Los campos se llenaron del silencio de los pájaros, callados en tristes cementerios. Pájaros que murieron envenenados cuando se dejaron de escardar las malas hierbas y rociaron con líquidos venenosos los campos de sembrados. Aquel viento que sopló por encima de la torre de la iglesia y orientó la veleta con forma de medio gallo hacia las ciudades. Sólo unos pocos aguantasteis la furia del vendaval. Los más viejos, resignados, con el impotente silencio de res que va al matadero. Los más jóvenes, como tú, os opusisteis con firmeza, emprendedores, con la clara determinación de quedaros en el pueblo para siempre. Pero después, tu vida corrió hacia algún remoto lugar de donde no se regresa.

Quiero recordar los desvanecidos campos, árboles y ríos de la niñez perdida. Tu desvaída silueta corriendo entre los campos amarillos de trigo bajo un cielo muy azul surcado de pájaros. Pero no puedo olvidar tu pálida figura inerme en la soledad de la campiña, aprisionada bajo el amasijo de chapas y hierros retorcidos. No puedo dejar de lamentarme. Por ti, por madre, que ya no estáis aquí. Por padre, por Miguel, por mí, por todos nosotros que, a pesar de estar todavía en el mundo de los vivos, hace tiempo que dejamos de vivir.

Comenzaban a soplar ya los vientos de los tiempos nuevos. Soplaba con fuerza inusitada el viento de la emigración. Los jóvenes se marchaban a las ciudades atraídos por la riqueza y el progreso. Aquellos tiempos inciertos y variables que surgieron con costumbres nuevas. Aquel viento huracanado, desconocido hasta entonces, que se llevó nuestras tradiciones no se sabe adónde. Se llevó a mujeres remendando peales y a hombres trenzando esparto, trasnochadas de invierno y charlas de verano murmurando chismes y evocando muertos. Echaron un velo de

silencio a sus palabras. Permanecían mudos, como embrujados, sólo tenían oídos para escuchar aquellas cajitas sonoras que los tiempo nuevos trajeron a las casas.

Aquel viento arrastró a los jóvenes a las ciudades y a los más ancianos, que no pudieron adaptarse a las veleidades de los tiempos nuevos, al cementerio. Allí duermen, eternamente, a las afueras del pueblo, con su nombre grabado en una cruz. Aquel viento embrujado llenó los campos de ruidos de motores. Y tú, te marchaste con ellos, volatilizado en la versatilidad del tiempo. Tú que no eras viejo, que estabas en tus mejores años, joven, fuerte, recio. Por esto, no puedo evitar que unas lágrimas rueden por mis mejillas al recordarlo. Tú que no estás aquí cuando regresamos en vacaciones. Tú que ya no juegas la partida de mus o truque en el bar, ni juegas a bolos junto al río a la sombra alargada de los olmos, cuando cansados de nuestro trabajo y hastiados del tráfico y la contaminación de la ciudad, volvemos en busca del antiguo hogar, del fervor que todavía conservamos al pueblo abandonado. En busca de los tiempos que no volverán. Tras los días perdidos del ayer lejano. Tras las huellas profundas e insondables que dejaron en nosotros los pasos de la añorada infancia.

"Testigo del tiempo"

El narrador nos ofrece un buen relato que retrata el ciclo vital de las personas inmersas en el mundo rural castellano, en plena comunicación con la naturaleza.

Excelente el planteamiento de dramática vital humana, en el soporte metafórico de la naturaleza: las golondrinas siempre vuelven en primavera y se van en el otoño. Hasta el último otoño en que ya no vuelven.

Con un lenguaje claro, preciso, con un fondo lírico que hace más partícipe al lector y prolijidad descriptiva nos presenta una trama argumental que engancha al lector desde el primer momento.

"La noche en Tierra de Campos"

¿Y SI NO VUELVEN?

José Antonio Muñoz Matilla

Segundo Premio relatos - Concurso Literario "Espigas 2015"

El camino siempre es largo y duro. Unas veces es el calor, otras la lluvia y el viento; a veces escasea la comida o aparece el cansancio. Pero nadie se queda atrás. Al norte en primavera. Al sur en otoño. El impulso de salir siempre es más fuerte que el riesgo.

Es lo que llevan haciendo de forma cíclica siglos y siglos sin saber de dónde son. ¿De un país de inviernos húmedos y nublados, con lluvias intensas y fuertes vientos, allá en el África pobre y enferma? ¿De esta Tierra cada vez más seca y vacía en la que ponen sus huevos y tienen sus crías? Seguramente a Ellas no les importa demasiado. Van y vienen como Sísifo atado a su piedra, sólo que en este caso no es un castigo, sino una forma de vivir. Siempre son motivo de alegría cuando llegan.

Salen en grupos un poco antes del amanecer, casi sin prisa, pero insistentemente. Con sus veinte gramos de peso han de cruzar cuatro mil kilómetros de cielo y fuego. Les espera la Tierra Amarilla y Parda, con sus cerros bajos y ondulados. Y el río. Un río que viene de un origen incierto allá en montañas lejanas. Y las ruinas del Monasterio, mitad piedra, mitad silencio. Y el puente con sus nueve arcos. Y el pueblo. Y la casa. Y Ellos.

Casi un mes de viaje. Sin darse cuenta llegan al desierto, a primera vista infinito. Es una trampa: roca, arena y polvo. Y el inmenso calor. Tienen que encontrar agua. Y si no, moscas que también tienen agua. En caso contrario, morirán. Ya más al norte el Estrecho tan temido... Resulta comprometido surcarlo. La última noche la pasan junto al pantano de Asmir, cerca de Tetuán, donde Él fue una vez a cumplir el servicio militar, porque sus padres no tenían dinero suficiente para redimirlo. Fue la única vez que abandonó su casa. Pero de eso casi no se acuerda o no quiere acordarse.

Junto al pantano, pueden alimentarse de insectos que le darán la fuerza necesaria para cruzar utilizando las mismas coordenadas que han dado resultado en viajes anteriores. Saben que es el momento más agotador y peligroso, en especial para las más jóvenes. Las corrientes marinas o una tormenta pueden hacer cambiar el rumbo. Primero buscarán la costa, y allí un punto concreto, el faro de Trafalgar o el puerto del Boyar, donde vuelven a reunirse para descansar y reiniciar la marcha. Es posible que no puedan seguir el litoral y, extenuadas por el vuelo, caigan al mar y allí se pierdan definitivamente. Como les ocurre tantas

veces a los Puntos Negros que divisan desde la altura. Son hombres, mujeres y niños indefensos: oyen sus gritos de auxilio y ven cómo levantan los brazos una, dos, tres veces, cómo se sumergen y al fin desaparecen. Son como Ellos, pero de piel más oscura, desesperados en medio de las olas, empujados como Ellas por el instinto de supervivencia que los guía y por el deseo de alcanzar una vida digna y en paz. Años atrás, también partieron de los pueblos de la Tierra Amarilla y Parda gentes movidas por creencias o por miseria, También Él y Ella tienen un nieto lejos, muy lejos, cruzando otro mar más extenso. El dolor del que se va y del que se queda es el mismo en cualquier lugar.

Pero, sin duda, lo que más les ayuda a dar el salto son las imágenes y sensaciones del punto de llegada. La memoria es paisaje. Su pequeño cerebro procesa pocos datos pero suficientes para resolver los enigmas vitales. En eso no ha habido cambios porque no han sido necesarios. Saben que llegarán al nido y que el nido las está esperando; el mismo nido que el año anterior y que el otro y que cientos de años antes. Es el que guardan en su sencilla pero útil huella sensorial. Es el nido de la especie y el nido particular, que en eso no hay diferencia. Es la casa en la que también, desde hace muchos años, viven Él y Ella; en la que nacieron sus hijos y que ahora está en silencio, como están en silencio la calleja, la plaza y el pueblo, porque casi no hay gente. En eso sí ha habido disparidad. La evolución a Ellos les ha pillado desprevenidos . Es posible que sean los últimos portadores de una cultura, porque sus huellas, en este caso, desaparecerán. ¿Quién va a recordar los nombres de oficios que ya no existen, de los aperos que se utilizaban, de las canciones, de los cuentos y de los ritos? Qué amargo esperar que algo de uno mismo no sobreviva a la muerte.

Pero sigamos su camino. Ya les falta poco. Van llegando con el ritmo acompasado y tranquilo de quien se siente cerca de casa. Han cruzado los bordes de la meseta atravesando zonas áridas. Solo algún embalse permite ver zonas verdes en las que pueden encontrar alimento. Desde el aire distinguen los cambios en el paisaje y lo desproporcionado de las obras humanas. Ellas no lo saben, pero el camino que las llevará a su destino es lo que llaman la Ruta de la Plata, tan distinto con el paso de los años. Por él han transitado a lo largo del tiempo caminantes a pie o a caballo, carros tirados por mulas y ahora estos otros vehículos inmensos y veloces que tanto miedo les causa. Si el viaje coincide en domingo pueden seguir el curso por el tañer de las campanas de las iglesias de pueblos y ciudades. Pero, sin duda, el mayor cambio ha sido la propia ruta. Con sus ojos diminutos han visto desde el sendero al camino de piedra y ahora la línea negra que cruza valles, montes y salta ríos. También lo verán a la llegada. El final del camino ha perdido los árboles

y arbustos que debían acoger nidos y frutos. Se han modificado límites naturales. Hasta la vereda que lleva al Monasterio ha cambiado. Ya no es la misma que Él y Ella hicieron a lo largo de su vida. Ahora es más costosa por los años y por el trazado.

Y por fin llegan al atardecer. Ellas los ven caminando lentamente. Se sientan en una piedra y se levantan de nuevo para continuar. Es la rutina diaria. No tienen otro fin ahora que están al final del recorrido. Pasan volando sobre sus cabezas pero están tan preocupados sorteando las dificultades que no se paran a mirar. Si lo hubiesen hecho sabrían que llegaba la primavera.

Llegan antes que Ellos a casa. Es también su casa. Bajo el alero reconocen el nido. Saben que llevará tiempo hacer algunos arreglos. Pero eso lo dejan para el amanecer. Tendrán que conseguir un poco de barro, ramas pequeñas y césped. Están cansadas y sólo desean un poco de reposo. Mañana comenzarán la tarea. Pero antes, cuando Ellos lleguen, asomarán sus diminutas cabezas por el agujero de entrada al nido y mirarán para reconocerlos. A pesar de los cambios, saben que son los mismos de siempre. Cuando aparezcan junto a la puerta Ella, más curiosa, mirará hacia arriba y las verá. Podríamos distinguir una sonrisa en su mirada pero es tarde y quizás sólo sea el reflejo del sol.

Él y Ella nacieron el mismo año, allá en 1930; años difíciles en esta tierra, como han sido siempre. Casi puerta con puerta. Los separaba la fachada de un pajar que con el tiempo se convirtió en su hogar. Años en los que eras lo que tenías y Ellos no tenían mucho. Él nació en abril por cuando la romería de San Marcos y Ella en septiembre cuando la fiesta del Cristo.

De la infancia recuerdan algunos hechos compartidos: la procesión con el Niño de la Bola camino de la ermita donde está la Virgen, la comida en la pradera, todos juntos pero no revueltos, que eran tiempos de hambre para muchos y abundancia para pocos. Eso sí, nunca faltó el arroz con leche, cada uno a su estilo. Y Ellos dos siempre cerca. No jugaban juntos pero ya desde niños se tuvieron buen apego. No podían compartir juegos porque hasta en eso había diferencias, pero sí se sabían próximos. Ella jugaba a las tabas y a la comba. Él, a la peonza, al aro y a las canicas. Eran juegos baratos y en la calle.

En el verano iban juntos a la era. Llevaban la merienda para sus respectivas familias. Por el camino, Él le hablaba de los nidos que conocía y de los pollos de perdiz que iba a traer su padre para criarlos con las gallinas. Ella le contaba lo fácil que era tejer un ovillo y meter el agua en azulete. De forma natural, Él iba haciéndose alto y fuerte, Ella iba creciendo menos. Cosas de la genética.

Juntos se entretenían mirando la hilera de hormigas que transportaba granos

de trigo hacia el agujero o perseguían saltamontes, hasta que se escondían entre las matas de abaleo. Ellas los contemplaban desde las alturas y los seguían hasta que se separaban para llevar la fiambrera y la barrila con agua fresca a los que estaban trillando o aventando el muelo. Además, alrededor de la parva, al atardecer, siempre había un ejército de mosquitos que les servían de alimento.

Pero la infancia en esos años era corta. El niño se convertía en hombre igual que la niña en mujer de forma brusca. De la escasez y la miseria surgían necesidades que aún las manos más pequeñas podían satisfacer: subirse en el trillo o ayudar a barrer la era, en los días de tormenta. Cualquier ayuda era bienvenida.

No tardaron en dejar la inocencia de los chiquillos para enfrentarse a la realidad de los adultos. Bien recuerdan Ellos la tarde del Cristo antes del baile. Hacía poco que había acabado la Guerra. Un muchacho de más edad se unió al corro en el que jugaban. Ella tenía unas trenzas con un lazo. El muchacho se acercó y se lo desató.

-¡Chapete! -la llamó con sorna.

Él, con rabia, agarró una piedra y se la lanzó. Una brecha en la frente y sangre en el suelo. Gritos, empujones, polvo, fuerza. Hasta que el maestro intervino. Los llevaron para casa. Se acabó la fiesta. Él defendía una afrenta. Ella se aguantó las ganas de llorar. Era pequeña, pero firme. Para los dos no fue un hecho simple. Fue el origen de su futuro. Ellas también lo presenciaron y lo adivinaron.

A partir de entonces los paseos juntos fueron haciéndose más espaciados. Ya no era lo mismo. Se miraban y se reconocían. Sonreían y bajaban la cabeza. Estos asuntos en aquel entonces requerían su tiempo y su protocolo. Sólo un día, al poco de la pelea, el padre de Ella lo llamó cuando estaba junto a la carretera.

-¡Rapaz, ven pacá!

Él sintió un poco de miedo, pero obedeció.

-Toma, unas truchas. Dáselas a tu madre para que te las haga.

Ya se marchaba cuando estrechándole la mano añadió:

-Es por lo del otro día.

Desde ese momento sintió como una responsabilidad hacia Ella. Un lazo que no desataron nunca. A Ellas les ocurrió lo mismo pero sin tantos rodeos. En la elección mantuvieron la lealtad de por vida. Vendrían muchas parejas pero siempre fue la misma, con los mismos gorjeos y las mismas costumbres.

En adelante, Ellas los vieron año tras año, trabajando de sol a sol. A menudo con dificultades de salud, como en el año 45, cuando el hambre. Las eras estaban vacías. Los brazos para el trabajo estériles. Y había muchas bocas que alimentar. Ella, que parecía tan fuerte, empezó con tos y fiebre. Perdió el apetito. El médico les

dijo el nombre de la terrible enfermedad. En el pueblo callaron y sintieron miedo. Estuvo en cama todo el verano con el calor saliendo de las entrañas. Querían llevarla a un sanatorio en una montaña donde había otro Monasterio como el de aquí, pero carecían de dinero. Hubo que vender la única vaca que había en casa para pagar la estreptomicina, las consultas y los caldos. Él estaba asustado. Ellas apenas salían del nido. Hasta los trinos resultaban más tristes. Por fin, al empezar la vendimia, parecía recuperada. Aliviadas también, al poco tiempo se marcharon sabiendo que volverían a verse por primavera.

Unos años más tarde, Él tuvo que cumplir el servicio militar. Era un paso importante. Salir de casa por primera vez. Seguir el rumbo que ellas seguían sin saberlo. Pasaría quince meses haciendo la instrucción, soñando cada noche con la Tierra Amarilla y Parda, con las fiestas, con los paseos por la carretera. La tarde anterior a su partida fue por las calles del pueblo vestido de soldado despidiéndose de los familiares más allegados. También se paró en casa de Ella que estaba sentada en la cocina, ante el pote de garbanzos que se calentaba a la lumbre. Sus padres y sus hermanos la acompañaban. Les contó que salía en un tren hacia Madrid y de allí a Algeciras. Y que pasarían en barco con destino a Melilla. Y, para finalizar, Tetuán, que entonces era una provincia española. Al salir, Ella lo acompañó hasta la puerta y le tendió la mano como su padre unos años antes. Durante aquellos

"Apero de otra época"

quince meses cada uno siguió con sus faenas. Él cuidando las mulas en el cuartel y pelando patatas, Ella, ayudando en la casa y en el campo. Sabían el uno del otro por las cartas familiares. Ellas, en su viaje de ida y vuelta, los vieron a ambos. A su modo les llevaron noticias, pero no fueron capaces de entenderlas.

Ya de regreso, Él la acompañaba en el paseo o le llenaba el cántaro en la fuente y Ella no dijo que no. También le preguntó si podía rondarla por las noches y esta vez dijo que sí. Se citaban a una hora convenida o cuando él silbaba "Camino verde" o alguna copla de Molina.

Su madre le decía en broma:

-¡Hale, no le hagas esperar, que se puede quedar frío!

Y Ella salía y hablaban allí, en la puerta de aquel pajar, a modo de puente, donde Ellas tenían su nido. Y comentaban los pormenores del día y de lo poco que llovía o del trabajo que da llevar las rejas a la fragua. Por fin Él se decidió una noche, más hablador que de costumbre, así, sin mucho rodeo, como deben decir las cosas los hombres.

-¿Te parece que para San Pedro nos casemos? Puedo hacer el verano con tu padre y después sembramos para nosotros.

Ella miró al suelo. Tampoco esta vez lloró. Le dijo con voz segura:

-Quiero una casa para nosotros.

-La tendrás. Compraré este pajar y la levantaremos.

-¿Y tu, qué quieres? -preguntó Ella.

-Quiero un hijo.

-También lo tendrás.

"¿Dónde irá buey que no are, mula que no trille, caballo que no corra y mujer que no críe?", decían unos versos populares.

Ellas fueron testigos de aquel lance y así siguieron. Al construir la fachada de la casa, en el antiguo pajar se respetó el tejado y el nido, más por economía que por otra cosa. De tal forma que se convirtieron, sin saberlo, en las protectoras de la familia.

Los trámites se llevaron en secreto. Hasta que el cura leyó las amonestaciones en la misa del domingo, por mayo. Dijo sus nombres y pidió a los presentes si sabían algún motivo por el que no pudieran casarse. Así durante tres semanas consecutivas.

Y antes de seguir adelante la reunión de los padres para tratar asuntos trascendentes: La dote de Él dos fanegas de tierra, buenas para legumbres. La de

Ella un carro usado y una mula.

Los preparativos no fueron difíciles. Compraron una cabra, una cama y un armario que aún conservan. El colchón lo hicieron las mujeres de la familia con la lana de otros que ya no servían. Ella había dispuesto su ajuar: dos juegos de sábanas, una colcha, manteles y servilletas para la mesa. Todo bordado con sus iniciales, que eso lo había aprendido los últimos años de la escuela. El armario costó sus buenos reales y resultó amplio para las pocas ropas que tenían. La luna del espejo les devolvía una imagen dichosa.

Y, por fin, la boda. Sencilla y abundante como eran casi todas aunque se fuera pobre. Los regalos prácticos: una palangana, un cántaro, un brasero, unos cubiertos y una chocolatera que aún anda por algún rincón.

La misa en la iglesia, la misma iglesia en la que habían sido bautizados y en la que probablemente, serán despedidos. Construida con las piedras del Monasterio casi abandonado en esos tiempos. Al terminar, Ella dejó unas flores ante el Cristo para que les diera salud. Al refresco invitaron a todo el pueblo: chorizo y queso, rosquillas, vino y aguardiente. A la comida, en casa de Ella, sólo los familiares. Sopa de fideos, pollo de corral, conejo. Para los postres café, anís y coñac. Y, para terminar, la orquesta que habían contratado. En la plaza bailaron hasta la madrugada. Aquella noche Ellas no pudieron dormir, pero adivinaron la alegría y supieron entenderlo.

Y el niño llegó y la casa se llenó de canciones infantiles y de risas. Al poco, otro niño un poco enfermizo pero que sacaron adelante con la leche de la cabra. Y, por fin, con cierto retraso, la niña. La alegría de todos. Fueron, sin duda, los años más felices. Tuvieron que trabajar más, pero tenían un motivo. O tres. Con la niña llegó el primer tractor y el crédito agrícola. Él tuvo que recordar la regla de interés y hacer números para pagar el dinero que el Banco les prestó. Ellas los veían luchar y sudar. De sol a sol. Madrugar en verano para ir a acarrear a la luz de la luna. A Valdelaliebre, a la Chana, a Pedragosa o a la Regata. Al principio iban Ellos dos. Poco a poco se incorporaron los muchachos. La niña tuvo más suerte. Cuando tuvo la edad ya no fue necesario porque la cosechadora se encargaba de todo. Los chicos no siempre fueron de buena gana, pero así aprendieron el valor del esfuerzo y de la responsabilidad que por estas tierras ha sido un valor congénito.

Alguna vez iban los cinco en el tractor para vendimiar. Salían de casa con la comida para todo el día y volvían al atardecer, con la carga hecha.

Pero cada tiempo trae sus obligaciones. Cuando los mayores tuvieron edad hubo que mandarlos a estudiar. Después también se fue la niña. Primero el bachillerato y, más tarde, la Universidad. Es cierto que volvían en vacaciones o

los fines de semana, pero Ellos se dieron cuenta de que los estaban perdiendo creyendo de buena fe que les estaban ofreciendo un futuro mejor o, al menos, más seguro. Y, poco a poco, la casa se fue quedando vacía. Ellas tenían cada primavera sus crías, la vida volvía a empezar como un círculo esencial. Pero Ellos no tenían ningún ciclo. Las repeticiones de acontecimientos tenían lugar en otros Espacios y en otros Tiempos, cada vez más alejados de su presente, a pesar de las alegrías momentáneas.

Los hijos se asentaron lejos del nido. Con el tiempo llegaron los nietos. Venían cuando eran pequeños y llenaban la casa de ruido y de bicicletas. También miraban hacia arriba, hacia el nido, y les alegraba ver salir los polluelos por la pequeña abertura y el ajetreo de sus padres para darles la comida. Cuando se marchaban, dejaban en el aire los ecos de las risas. Mas no formaban parte de la misma casa como había sido siempre. Eso sí, todos los días alguno les llamaba por teléfono y les recordaba las fechas de las consultas médicas y las pastillas que tenían que tomar. Pero faltaba el calor humano de los besos y las sonrisas. Ellas seguían con sus gorjeos contemplando el ir y venir de las generaciones ausentes.

La única felicidad para Ellos es la fidelidad. Él a veces se revela, Ella le quita importancia y le ayuda a entender el cambio. Ellas los ven ahora perdidos.

Por ello las horas del día y de la noche son largas y monótonas. Él se levanta al salir el sol, Ella algo más tarde. Antes fue un hombre alto y recio. Poco hablador, eso sí, pero con el sentido común que a muchos da esta Tierra. Ahora su andar se ha hecho más lento y la fuerza ya no le acompaña. De costumbres sencillas, sale despacio de casa, sin hacer ruido para no despertarla. Mira hacia arriba y saluda levemente. Ellas le siguen hasta que deja atrás las últimas casas. Cruza la carretera camino de los Cascajales. Hace un alto para mear junto a una zarza y camina un poco más, hasta que el sol ya ha salido del todo. Se sienta en la cuneta y se entretiene haciendo figuras en la tierra con la punta de su bastón. Y vuelve sobre sus pasos. Al llegar a casa mira de nuevo por si Ellas ya han llegado.

Cuando entra, Ella ya está levantada y huele a café, el único capricho que aún se permiten. Desayunan despacio y se asean. Él se afeita con la eléctrica que le regalaron los hijos, Ella se recoge el pelo blanco en un moño como lo hacían las mujeres de la casa. Después friega las tazas y las cucharas y si es necesario pone la lavadora. Sigue siendo menuda pero animosa. Aunque pocas veces tomaba la iniciativa, sabía componérselas para que los demás llevasen a cabo las decisiones que Ella pensaba.

Él va a buscar el pan y si a mano viene traerá unas pastas. A media mañana saldrá hasta la plaza para encontrarse con los de costumbre y tener la tertulia

diaria. Recuerdos de personas que ya no están y quejas por la crisis, las pensiones o los años. Se nota cierto pesimismo. Ella aún permanecerá en casa entretenida en las tareas de siempre o cuidando el jardín del patio que antes fue corral. A veces repasa las fotografías del álbum o escucha alguna copla en el aparato que también le regalaron los hijos por su cumpleaños.

Por la tarde, después de descansar y dar una cabezada en el sofá, saldrán de paseo; casi siempre van camino del Monasterio. Si se encuentran con otros vecinos entablarán alguna conversación sobre el tiempo o los achaques. Quien más quien menos tiene alguna dolencia que se ha hecho crónica, la tensión, el colesterol o la dichosa memoria. O puede que se crucen con algún peregrino recorriendo otro Camino más largo que se ha puesto de moda en los últimos tiempos.

De regreso, se sentarán ante la puerta de la casa; verán pasar el tiempo y cubrirse la calleja de sombras. Ellas les acompañan.

El cielo se ha llenado de nubes y el otoño está próximo; ambos están en silencio contemplando la puesta de sol que se acerca. Aunque no es habitual es posible que Ella se sienta un poco triste sin saber por qué. Quizás se deba a la proximidad del frío o al cambio de luz. Mirando hacia el nido, le hizo la pregunta incómoda para la que ambos tenían la respuesta:

¿Y si no vuelven ...?

"El tren del olvido"

Con sintaxis frondosa y bien construida, adjetivación abundante y precisa, valor artístico en el uso del epíteto, vocabulario variado y preciso, en torno al agua se fragua un relato lírico que brota del recuerdo. Es un relato descriptivo de los tiempos de sequía, pero que vale para expresar la hondura psicológica del protagonista.

"Amanecer"

RECUERDOS DE AGUA

José Agustín Blanco Redondo

Tercer Premio relatos - Concurso Literario "Espigas 2015"

"Repartid el agua clara
nacida en vuestros veneros..."

Eugenio Arce Lérida

Jacinto terminó de comer y, como cada tarde, bajó al huerto a echarse la siesta. Él no era como los otros ancianos, empeñados en jugarse el café y la copa de brandy al dominó, a la brisca o al cinquillo, allí, en las oscuras fauces de la taberna de Revellinos. Prefería invertir su tiempo en tomar el camino de Villalobos, dejando a ambos lados los parajes de Las Cabras y el Plantío. Una vez superados los lugares de Las Ofrendas y del Tío Clarín, marchaba hacia el norte, hacia la ribera del arroyo de Las Viñas, en medio del paraje de Los Guindales. Nada más llegar al huerto, uncía su espalda al tronco de una encina que espesaba un sorprendente charco de sombra sobre las matas de pimientos y los tallos guiados de las judías verdes. Y allí contemplaba, con los ojos entornados por el sueño, los surcos frescos de las tomateras, el perfil suave de los calabacines, la apenas esbozada raíz de las zanahorias bajo su penacho de tallos verdes, las formas turgentes, violáceas de las berenjenas en sazón. Era su huerto, el fruto de su trabajo, la ilusión de su retiro, la compañía cotidiana que le ayudaba a espantar la soledad, ese rejón amargo que se hundía en sus entrañas, con precisión quirúrgica, desde que aquella enfermedad retorcida de nombre impronunciable se llevara a su esposa Isabel. Se la llevara para siempre.

El gorjeo metálico, vibrante, como de alambre tensado de una curruca le hizo abrir el párpado izquierdo, levemente, lo suficiente para ubicar el perfil inquieto del pájaro sobre la espinosa rama de un escaramujo. El arroyo de las Viñas ceñía el huerto con un cordel estrecho de chopos y mimbreras y respiraba sin esfuerzo, con bocanadas profundas y murmullos diáfanos, lozanos, con ese sonido limpio del cristal al desmenuzarse contra las piedras bruñidas del fondo. Jacinto sonrió, manteniendo sus párpados entornados y masticando un ronroneo de satisfacción. Sí, el arroyo respiraba por los taludes, por entre los entresijos sombríos de la ribera, desde lo hondo de su cauce, con destellos tornasolados, con los mismos fríos destellos del cuarzo sajado por la luz del sol.

Siempre había sido éste un arroyo invernizo, predecible, ahíto de agua desde noviembre hasta abril, cuando las lluvias tenían a bien regar labranzas, liegos y

barbechos. En verano, su cauce se trocaba en un erial de limo reseco, piedras desbastadas y carrizos lánguidos, tostados; en un baldío preñado de túneles angostos, de madrigueras que bullían al crepúsculo con los trajines de los conejos. Sin embargo, hacía ya casi cuarenta años que la sequía provocó que en invierno se mimetizaran en el lecho del arroyo las condiciones del estío, trocando su cauce, riberas y taludes en un secarral perpetuo y desamparado sólo apto para ser nivelado por las rejas ciegas de los arados, permitiendo que el recuerdo de aquel curso de agua sólo divagara en esos cuentos y leyendas que, cuando llegan los hielos del invierno, se rumian en silencio y en soledad frente a las llamas de una buena lumbre. El nivel freático descendió, convirtiendo en artefactos inútiles los pozos tradicionales aparejados de norias y caballerías. Sin embargo, la lluvia disimuló al fin su mezquindad y, durante dos años, unas nubes sucias, como estratos de pizarra, descargaron agua desde septiembre hasta mayo, sin descanso, apenas un par de días de sosiego y cielos albarizos entreverados de hebras azules entre un temporal y el siguiente. El arroyó reclamó entonces su cauce, sin pleitos ni escrituras de propiedad, sin necesidad de rebuscar en la memoria cartográfica de los más viejos. El arroyo socavó la tierra como si del filo de un cuchillo cuarteando una hogaza de candeal se tratara y corrió con ímpetu adolescente por donde solía. Sus vegas se inundaron en Navidad y el aguazal perduró sobre la huerta de Jacinto, con un desmesurado croar de ranas, un festivo brotar de juncos y un jolgorio de élitros de libélulas hasta el día de San Juan, cuando, por fin, el anciano pudo hincar en la tierra seca las primeras plántulas de hortalizas, jubilando, hasta el presente, aquel motorcillo de gasoil que extrajo agua del pozo durante demasiados años para dar de beber a unos surcos trabajados sólo con azada, basura de oveja y tesón. El arroyo corría ahora en verano y, al atardecer, cuando menguaba la evaporación, Jacinto regaba la huerta con el agua de su cauce, una herrada tras otra, despacio, hasta que los brotes últimos de las tomateras y las hojas curvadas, como abanicos de pergamino de las calabazas se enderezaban de savia nueva, desleída, ligeramente amarga. Una savia donde aún respiraba, con esos fríos destellos del cuarzo, el agua fresca del arroyo.

El anciano se acercó a la noria y a la casilla de paredes de adobe que albergaba el motor, ambas apretadas bajo un techo de ramas altas desplegadas por las cruces de dos chopos. Jacinto se había empeñado en conservar intacta y perfectamente engrasada la maquinaria de aquel ingenio, no como la noria del un vecino, que, mutilada, esparcía sus restos mullidos de herrín por los linderos. Siempre le pareció que su mecanismo era como el de un inmenso reloj donde las agujas eran los chorros de agua que caían con un estrépito de loza quebrada sobre el canal de piedra, donde los engranajes y resortes podían asimilarse a la

rueda horizontal o arbolete que se engarzaba por entre sus dientes de hierro a una rueda vertical erizada de cangilones. La cuerda del reloj, el mecanismo que lo dotaba de movimiento, Jacinto lo equiparaba al avance cadencioso y circular de aquellas mulas que, uncidas a un madero de chopo, hacían girar el arbolete. Pero las mulas, las norias y el agua abundante, clara y somera eran tan solo recuerdos, recuerdos amables que tornaban ahora sólo en parte, evocaciones de los buenos tiempos que despertaban de repente, aturdidos, obnubilados, aguijoneados por dos años de lluvia intensa. Recuerdos de colleras, horcates, mulas romas con anteojeras durante aquellas tardes de uvas enveradas y tabaco de picadura. Tardes largas, enturbiadas de sopor y moscas, endulzadas de moras y de uvas moscatel, entreveradas de siestas, tragos del tinto fermentado en las bodegas de Revellinos y agua del botijo.

Atardecía. Jacinto se acercó a la casilla y cogió el cubo de cinc. Los sarmientos de la parra serpenteaban por entre los alambres, los zarcillos en avanzadilla, retorciéndose con ansia exploratoria en las encrucijadas de aquella trama metálica, creando frente a la puerta, una especie de cobertizo vegetal del que colgaban, acosados por las avispas, decenas de racimos de uvas blancas que casi rozaban la calva del anciano. Repartió con mesura el agua tomada del arroyo sobre los surcos de la huerta, lentamente, permitiendo que el agua se infiltrara en la zona aledaña a las matas y trasminara hasta la cima de los caballones, observando cómo la tierra se asentaba y oscurecía a su contacto, cómo se abría en poros diminutos cuajados de burbujas efímeras que palpitaban levemente antes de desaparecer, como si aquella tierra humedecida intentara hablarle sin necesidad de palabras, como si agradeciera con esa sonrisa modelada en el barro de sus labios las atenciones del anciano. Jacinto sonrió a su vez, como si aquel caudal de agua con brillos de cuarzo se infiltrara también a través de la piel de sus manos, encharcando sus arterias, criando sangre en el corazón, derramándose en sus entresijos, regando de agua limpia y fresca cada célula, cada tejido, cada órgano, toda la fértil tierra de su cuerpo.

El gorjeo estilizado, vibrante, como de alambre tensado de la curruca surgió de la rama espinosa del escaramujo, o de la más flexible de la mimbrera o, tal vez, desde la encina que sombreaba la huerta. El lugar exacto carecía de importancia. Jacinto dejó el cubo a la sombra, bajo las pámpanas de la parra, tomó la azada y la apoyó contra el suelo, una mano sobre la otra, ambas manos sobre el astil, la mirada fija en el poniente, hacia los parajes de Teso Villar y de Prado de Vidayanes, en el cauce del arroyo de la Huerga; la mirada alzada levemente hasta alcanzar los parajes de Las Castillas y Las Machorras, ya en el término de San Agustín del

Pozo. La mirada endurecida en el crepúsculo, en esa indecisa franja manchada de bermellón que un cielo oscuro, como coagulado de basalto, apretaba contra el horizonte. Un horizonte que las pupilas de Jacinto contemplaron por entre los cangilones de la noria, una vez más, como cuando era joven, como cuando tomaba de la mano a su esposa Isabel y ambos se sentaban a disfrutarlo bajo la misma parra, junto al mismo huerto, al lado de todos los sueños que entonces llegaron a creer posibles. Al lado de un horizonte que imaginaron perpetuo, sin relieves, como el de su amada Tierra de Campos. Un horizonte regado de agua clara y somera. Un agua alumbrada con los mismos fríos destellos del cuarzo.

El relato es un texto que rebosa ternura: el amor del abuelo canalizado hacia su nieto, que, junto a los cuidados de la hacienda, son los pilares de la existencia o desarrollo vital de los abuelos castellanos. Lenguaje claro y sencillo, fuerza dramática y hondura emocional envuelve toda la trama.

"Dos miradas"

VIDA NUEVA

Argimiro Llamero Soto
Accésit del jurado - Concurso Literario "Espigas 2015"

I

Anselmo apenas durmió esa noche. Sabía por experiencias anteriores que cuando fuera a parir la vaca Flora sus mugidos le despertarían aunque su sueño fuera profundo. Pero también supo cuando se acostó pronto la noche anterior, que le costaría conciliar el sueño pendiente del alumbramiento de un ternero. Siempre le sucedió desde joven.

El viejo recordó en la entrevela de la oscuridad cuando en su adolescencia su padre tenía más de cincuenta animales en la vaquería, divididos entre las vacas limusinas de leche y las que parían terneros para carne. Recordaba aquellos viejos carros que transportaban el ganado al matadero y como él sentía cierta angustia en su niñez cuando despedía al transportista mientras su padre contaba el dinero que les permitiría vivir durante meses. El había seguido con el negocio ganadero y agrícola de su padre pero las sucesivas crisis lácteas, diversas leyes de explotaciones ganaderas y cárnicas que le obligaban a realizar inversiones importantes fueron haciendo languidecer aquel próspero negocio familiar y lo hizo menguar a la mínima expresión casi coincidiendo con la edad de jubilación de Anselmo. Otra de las circunstancias, sino la más negativa en su vida, que desanimó a Anselmo a seguir luchando por el negocio vacuno en la más grande dimensión fue la muerte de su mujer María. Fueron dos años de lucha contra el cáncer que coincidió con los estudios universitarios de su hija Sara. Esa niña que tanto llenó la casa abandonó la localidad zamorana de Montamarta para llevar a cabo sus estudios de Psicología en Salamanca. Anselmo conoció entonces el principio de su soledad. Esta llegó plena con la muerte de su esposa.

***

El milagro de la vida animal no le producía ninguna sensación especial, pero sí le proporcionaba la satisfacción de las cosas bien hechas en los meses anteriores, en los que la gestación de la vaca había sido bien vigilada por él. Cuánto presumía en el café de lo bien que alimentaba a su Flora, de lo limpia que tenía la vieja cuadra, incluso de lo que le hablaba, decía y susurraba al animal porque había visto hacerlo en su momento a su padre. Lo primero que hizo al incorporarse de la cama aquella mañana de primavera fue acudir a la cuadra anexa a la vivienda para ver el estado de Flora. Tuvo dudas de si era ya el momento o iba a pasar otro

día más esperando el alumbramiento. Tenía ya todo preparado. Hacía una semana que había puesto paja nueva para la llegada del ternero y había preparado el alimentador artificial por si había problemas en las primeras horas de toma del calostro, tan importante para la supervivencia y cría del animal vacuno en los primeros meses.

Notó la humedad en el rostro nada más salir a la calle, y diez pasos más adelante la sintió en el cuerpo en el camino hacia la casa de su hermana apenas a cien metros de la suya. Todos los días asomaba por allí, simplemente para saber que vivía un día más. Un saludo y un asentimiento a la novedad de la climatología era toda su conversación. Pero sólo ellos dos sabían que se tenían el uno al otro.

Siempre miraba con atención la puerta de la iglesia, que cada día le vio pasar con su fuerte corpulencia que ahora iba perdiendo, pero con la planta que nunca perdería hasta el final de sus días. Anselmo era raramente alto para su generación, un pelo rizado fuerte que dejaba asomar canas, pero no demasiadas para la senectud. Su nariz prominente le valió algún mote en su mocedad, que desapareció al ganarse el respeto de todos por su sencilla bondad y solidaridad con todos los vecinos de su Montamarta natal. Allí nació y allí moriría. Rara vez salía del pueblo. Una consulta médica, una boda familiar; y muy cercana en el vínculo tenía que ser ésta para que no se disculpara y no fuera a la celebración, sobre todo después de la muerte de su mujer. Desde su juventud cuando acompañaba a su padre a vender el ganado en el mercado de Zamora varias veces al año no había vuelto con frecuencia a la capital. Su pueblo parecía su territorio hecho a medida. Había visto a muchas familias emigrar lejos, al extranjero, o a la propia capital cercana. Pero él había concluido que ninguno había regresado más feliz. Sí habían vuelto con más cosas, más pertenencias, una economía más boyante; pero no más sabios o más felices. Todos estos pensamientos llevaban a Anselmo por la calle hasta llegar a casa del veterinario, que ya no era del mismo, sino una especie de consultorio de la Junta de Castilla y León que un par de veces por semana despachaba con los ganaderos. Ante la puerta todavía cerrada por la hora del lugar, ahora de la Administración, recordaba cuando el veterinario vivía en Montamarta y a cualquier hora del día, y cualquier día fuera laborable o festivo ayudaba con cualquier enfermedad o parto de cualquier animal. Ahora todo era burocracia y exigencias con menos servicios y humanidad que antes. Pero cuando se apostó en la puerta para esperar y sacó de su bolsillo de la camisa el paquete de tabaco para encender un cigarrillo determinó que no era el momento de tener nostalgia del pasado y recordó que no había desayunado.

Hasta que su esposa María se encontró sin fuerzas en el desarrollo de su

enfermedad nunca le faltó la sopa de leche con pan todas las mañanas. Y no por servilismo se la ponía cada día en la mesa de la cocina, sino con el amor de aquélla que pensaba en el bienestar de su fiel compañero Casi todos los días de su actual soledad él mismo se preparaba sus propias sopas de leche. Pero cuando algo más de lo normal le rondaba por la cabeza, que no era muchas veces, se olvidaba del desayuno antes de asearse y vestirse, y salía a la calle sin probar bocado sabiendo que se acordaría después. Al no haber ingerido nada el cigarrillo no le supo como casi siempre y tras tres caladas lo dejó caer cerca de sí y al pisarlo acompasó el movimiento de su pierna derecha con el del brazo izquierdo para izarlo y ver en su viejo reloj de correa extensible que todavía no eran las nueve de la mañana y el veterinario no llegaba un martes antes de las nueve y media. Caminó entonces lentamente hacia casa de su hermana Inés dejándose acariciar por el olor del cultivo de cereal que rodeaba el pueblo. Inés vivía casi más pendiente de su hermano que de su marido. Sus dos hijos ya se cuidaban solos, uno en Madrid y otro en Valladolid, que les visitaban con menos frecuencia de lo que ella y su marido quisieran, pero se conformaba con saber que estaban bien y que no la olvidaban con frecuentes llamadas de teléfono con motivos de sus consultas médicas y fechas señaladas.

Inés supo que era su hermano quien llamaba a la puerta. Su forma de golpear con suavidad pero determinación la cancela le dio la pista inequívoca. No se sobresaltó ni pensó en ninguna circunstancia especial ya que la manera de llamar fue la habitual.

-Buenos días -le saludó su hermana mientras le miró de arriba abajo como pasando revista. Ella era la que tenía su cuidado y quería comprobar que él no contrariaba sus cuidados. Dos veces por semana le hacía la colada y le planchaba la ropa. Le cocinaba para que tuviera en casa y otros días comían en casa de su hermana. Para ella era un orgullo tener bien comido y bien vestido a su hermano. El colaboraba en todas las tareas. La limpieza general era cosa de él. A su edad todavía podía realizar todas las tareas de limpieza de la casa y últimamente se esmeraba en hacerla todavía mejor ya que la amenaza de su hermana de llamar a una asistenta de limpieza para que le ayudara no era idea que le gustara. Sabía que llegaría un día que tendría que aceptar esta propuesta de su hermana, pero la idea de introducir a alguien extraño en casa no le gustaba demasiado.

-Buenos días Inés. Tengo a punto de parir a la vaca y voy en busca del veterinario. No sé si habrá llegado todavía, pero quiero estar antes de que él llegue para que lo primero que haga sea venir a echar un vistazo.

¿Puedes ir tú o Juan mientras falto un momento no vaya a ser que para el

animal? Porque la cosa está para cualquier rato.

-Descuida. Me calzo y voy. Te aviso con cualquier cosa

Dirigió entonces Anselmo los pasos hacia el bar para tomar un café como desayuno mientras esperaba al veterinario. No fue nunca muy asiduo del bar el viejo Anselmo hasta que le faltó su mujer. Llevaba bien la soledad con los recuerdos de su compañera, pero comenzó a frecuentar más el café desde su viudedad. El bar había ido cambiando con los tiempos, desde el viejo caserón de madera donde se vendía tabaco y se servía apenas solo vino y café, a la nueva regencia de Carmen, hija de los primitivos hosteleros, que en los años 60 ya estaba ayudando tras la barra de mármol que entonces tenía la cantina. Volvía a repetirse la historia y ya las nietas de Carmen no sólo trasteaban detrás de la barra, sino que con el tiempo y las circunstancias se habían hecho cargo del negocio. Carmen no podía vivir sin su modo de vida pese a pasar ya en más de diez años la edad de jubilación. Siempre fue una admiradora y defensora de Anselmo en los pleitos y tertulias de bar; hasta tal punto que alguna vez salía en la conversación por parte de la clientela la más que amistad juvenil de ambos en sus años mozos. Nada de

"Las vacas"

ello era cierto. Desde muy temprana edad Carmen conoció al que todavía hoy era su marido y al que cuidaba con celo debido a un problema de salud que le tenía delicado.

-Buenos días Anselmo -le recibió Ana, la nieta de Carmen -Muy pronto hoy.

-Pendiente estoy del veterinario para que venga a echar un vistazo a la vaca. Yo creo que va a parir de un momento a otro.

II

Rubén vino al mundo para corroborar el pensamiento universal que un hijo trae una felicidad inmensa a una familia. Con poco peso, muy moreno el pelo y con los ojos más cerrados que una castaña en junio es como lo vio la primera vez su abuelo Anselmo. El primer recuerdo al ver a su primer nieto fue para su mujer difunta. "Cuando tengamos nietos..." parecía oírle decir.

Los primeros meses de Rubén transcurrieron con las dificultades y esmeros propios para los padres. Anselmo disfrutó del nieto cada vez que ellos visitaban el pueblo, visitas que se fueron espaciando en el tiempo cada vez más. A pesar de no gustarle mucho al viejo salir de su territorio se esforzó a ir varias veces a Zamora para ver al nuevo miembro de la familia. Cercanos los ocho meses de edad, algo cambió el rumbo de la vida de la hija de Anselmo y su bebé. Notó ella que su hijo era más lento que los demás y no cumplía con la ruta establecida por los controles pediatricos. Se ponía de pie con demasiada ayuda y dificultades, perdía las manos al gatear y se caía... Con el paso del tiempo y la propia evolución madurativa los síntomas fueron más evidentes. El niño se quedaba atrás. La preocupación de los padres y todas las atenciones médicas solamente sirvieron para ir encaminando el diagnóstico del equipo de neurología. El niño podría ser autista. Autismo. Los padres se vinieron abajo al conocer el posible diagnóstico. Los ánimos de tener confianza sobre menores grados que tiene este trastorno y que se desarrollaría con la edad en menor medida, quizá, no levantaba el ánimo de una madre abatida por tener un hijo diferente.

Anselmo no entendía qué tenía su nieto. Simplemente era más lento. El había conocido niños lentos, hombres torpes, poco inteligentes y sabía lo que era. Eso creía él, pero nada de lo que había conocido en su entorno era parecido a lo que vio crecer mes tras mes, año tras año en su nieto. Lo que nunca vio Anselmo antes y lo peor que tuvo que ver en su nieto fue la insociabilidad.

Rubén no permitía apenas que le tocaran, ni él tocaba a nadie. Ataques de pánico, chillidos y manotazos era su reacción ante el roce o contacto con otras

personas. El trabajo con el equipo psico-pedagógico y médico que llevaba su evolución había ido dando frutos positivos, muy poco a poco, pero avanzando. Era esto lo que mantenía viva la esperanza del matrimonio de poder vivir con la mayor normalidad con un hijo autista. Poco a poco y en el transcurso de su infancia fueron trabajando con él y logrando que apaciguara sus sonidos guturales cuando alguien se acercaba demasiado, o que se aplacara en sus gestos agresivos. Todos los pequeños avances apenas inapreciables los veían como un triunfo.

Anselmo veía poco a su nieto, sus padres apenas salían del entorno de su barrio con él. Cada salida era dificultosa debido al nerviosismo que provocaba en Rubén, los problemas que surgían en cada salida de su círculo de sitios y objetos conocidos provocaba en el niño una situación convulsa, que si bien se fue aplacando con el tiempo y los tratamientos, seguía creando una seria problemática.

El abuelo no vivía ajeno al problema. Había intentado varias veces convencer a su hija que Montamarta podía ser un buen sitio para que Rubén respirara otro ambiente, que tuviera lugares más abiertos para poder pasear. Anselmo estaba convencido que mejoraría allí. Era un auto-convencimiento deseado, ya que el problema de su nieto no era físico o respiratorio. Era un problema en su cabeza que poca relación parecía tener con estar en un lugar u otro.

A partir de la adolescencia pudo Anselmo ver algo más a su nieto. Aquellos gritos infernales y manotazos descontrolados fueron pasando a ser quejidos más suaves, palmoteos de desaprobación. Estos pequeños progresos permitían a sus padres congratularse por la mejoría y a los doctores y educadores afirmarse que estaban haciendo un buen trabajo. Pero el abuelo Anselmo no encontraba consuelo cada vez que se acordaba de su único nieto. Se lo imaginaba caminando hacia la ermita o el cementerio junto a sus perros contándole historias del pasado, viendo las carreras de un niño como lo eran las de otros del pueblo. Su desazón aumentaba en los meses de verano cuando se multiplicaba la población infantil y veía a aquellos zagales en sus bicicletas, con la toalla al hombro dirigirse al embalse entre carreras y gritos.

***

La vibración y el sonido de su teléfono móvil le causaban siempre a Anselmo un pequeño sobresalto. Muchos días pasaba sin sonar y cuando lo hacía sabía que sería su hija en un porcentaje muy alto de posibilidades. El artilugio comunicativo casi fue una imposición de ella y aprobado por su hermana. Un hombre que vive solo necesita estar comunicado, le dijeron, y accedió a sabiendas que tenían

razón. La llamada le arrancó una sonrisa entre los surcos de su rostro, esa mañana vendría su nieto a verle. Ruth iba a llevarle a que su abuelo le viera después de casi un mes sin estar con él; le anunció que llevaba un par de semanas bastante tranquilo y que al menos podría ver a su nieto. Tanta o más felicidad le producía ver a su hija, aquella luchadora que nunca se vino a bajo por tener un hijo diferente.

-Estaré en la cuadra pendiente del parto de la vaca. Estoy esperando al veterinario que suele venir los martes y si quiere acercarse a ayudarme mejor para todos.

-Y si quieres tú -bromeó Anselmo.

-Quizá sea mal día entonces. A ver si estás demasiado atareado.

-No, la naturaleza va sola. Tendrá que parir la vaca pase lo que pase.

Al colgar el teléfono, desde la otra parte de la barra la hostelera atisbó buenas nuevas en la cara de Anselmo.

-¿Buenas noticias? -interpeló mientras le retiraba la taza de café ya terminado.

-En un rato viene a verme mi nieto. Con un poco de suerte ve parir a la vaca. Aunque vete tú a saber si le gusta o no va a ser recomendado para su forma de ser.

-Seguro que le gusta -le contestó como un cumplido sabiendo que probablemente no sería así.

***

El veterinario anunció su llegada con el rugido del motor de su todoterreno sucio y algo destartalado que aparcó a la puerta del bar del que ya salía Anselmo nada más verle llegar.

-¿Vamos a ver eso entonces? Sigo opinando que tendrías que cambiar de sitio la paridera.

-Será el último Andrés, será el último. No quiero más jaleos.

El cuñado Juan estaba apoyado con ambos brazos en la mitad de portón abierto de la cuadra cuando Anselmo y el veterinario entraron. Ya tenía Juan preparadas las dos sogas que tenía colgadas Anselmo en el sobrado por si acaso hubiera que ayudar a tirar de cada pata y asistir en el parto, circunstancia probable.

El viejo pensó en su nieto cuando comenzaron a ser más seguidas las contracciones y el momento del parto llegaba. Le gustaría tener un nieto que pudiera apreciar y disfrutar el primer momento de la vida de un pequeño ternero y pudiera presumir de tantas semanas de buenos cuidados que le había él dado a la madre para que llegara ese momento. Pero no sólo lo pensó, sino que llegó a

"Silencio"

la conclusión que debía de intentar que participara del evento.

En esos pensamientos estaba el viejo cuando su hija y su nieto entraron en la casa.

-¡Ruth! -interpeló Anselmo- Deja que el niño vea cómo nace el ternero. Quizá le guste, le venga bien, podamos ponerle un nombre a su gusto.

-No padre, creo que puede ver una escena muy dramática. Sabes que el psicólogo ha dicho que todo sean rutinas, que nada se salga de lo normal...

-¿Y qué de anormal hay que dé a luz una vaca? Es lo más natural del mundo.

-Sí, pero no para "su" mundo.

-Como quieras, como quieras -claudicó el viejo.

Los movimientos del animal que iba a ser madre por tercera vez eran cada vez más espasmódicos y en unos pocos minutos se tumbó en el suelo para el momento final de su gestación. Los mugidos parecieron convertirse en lamentos y las contracciones iban subiendo de ritmo. El veterinario dirigió una mirada de asentimiento y complicidad a Anselmo indicando que ya había llegado el momento; ese que siempre fue de nerviosismo y alegría para el viejo y que ahora se tornó en tristeza y melancolía porque sabía que era el último que iba a vivir en esa cuadra de su casa. Un mugido largo y grave rompió el mediodía el mismo que llegó a oídos de Rubén en la cocina y que le hizo ponerse de pie de su silla de madera vieja en la que siempre se sentaba cuando iba al pueblo, y caminar los quince pasos que separaban la cocina vieja de la puerta de la cuadra. Su madre se quitó rápidamente los guantes de cocina que tenía puestos, caminó en su busca y a medio camino quiso explicarle suavemente que no debía ir, que debería volver a sentarse en su silla, que el abuelo estaba con el veterinario en algo que iba a producir mucha sangre y ruidos fuertes del animal. Rubén, que en cualquier otra circunstancia habría parado, mirado a su madre con sus ojos ausentes y seguido los consejos de su progenitora, pareció no oír sus advertencias esta vez. Ruth lo intentó de nuevo pero ya fue demasiado tarde cuando Rubén cruzó la puerta que daba acceso a la zona de la cuadra. Anselmo, que estaba fijando toda su atención en los movimientos y mugidos de Flora, sintió sin verlo que algo importante para su vida entraba en la estancia, como aquellas veces hace mucho tiempo que creyó notar a su difunta María entrar en la alcoba cuando llevaba ya meses bajo tierra. El viejo Anselmo se giró y pudo ver la vista perdida de su nieto y el nerviosismo pidiendo calma de su hija, y Abuelo y nieto se encontraron en sus ojos y ante el no saber qué hacer de Anselmo le llegó a éste una sensación de gozo que le hizo actuar como había sido recomendado no hacer nunca y que en alguna vez que se

había saltado la norma había tenido llantos y gritos como respuesta de su nieto: le tendió la mano. Entre los años de tratamiento de Rubén y la paz que parecía irradiar de todos los gestos de su abuelo, Rubén dio dos pasos al frente y sin tomar la mano tendida del viejo, sí se sitúo a su lado, rozándole, más cerca de lo que había estado nunca. Con un gesto de su cuello instó al adolescente autista que viera la escena del parto que era ya inminente. El llanto emocionado manando de los dos ojos de una madre coincidió con la salida de las dos pezuñas delanteras de un nuevo ser animal que venía al mundo sin saberlo en una escena de gozo. El sufrimiento del parto para el nuevo ternero era observado con nerviosismo extremo por la madre, que esperaba de un momento a otro una reacción alterada de su hijo; con extrema emoción y alegría por Anselmo que había tornado la melancolía de su último alumbramiento vacuno en su casa con el alborozo de ver a su nieto con él en aquella cuadra presenciándolo todo mientras le iba explicando despacio y con sigilo cada paso de todo lo que allí iba aconteciendo.

-Mira Rubén, ahora Andrés, el veterinario, que es un gran amigo mío y un muy buen médico de los animales, va a colocar una soga en una pata, quizá en las dos para tratar de ayudar a la mamá a que tenga a su hijo -explicó mientras veía como abría Carlos la hoja inferior de madera del portón para acercarse a aplicar su buen hacer.

Cada movimiento, acción, suceso que en aquella cuadra tuvo lugar fue explicado con esmero por Anselmo. Su hija no podía creer lo que estaba viendo. Una escena tan fuera de la rutina de Rubén, no indicada por el equipo psico-pedagógico que seguía a su hijo era llevada con total normalidad por su padre: El Abuelo.

Anselmo ofreció un paño húmedo al veterinario cuando terminó su cometido. Agradeció a éste el tiempo y esfuerzo dedicado y le pidió que se quedara para comprobar que la nueva vida tomaba el calostro de la madre ya que él tenía algo mucho más importante que hacer. Para él había habido un nuevo nacimiento; acababa de nacer su nieto por segunda vez. Nunca lo había tenido tan cerca, no lo había sentido tanto. Le tocó levemente el hombro y el niño se lo permitió. La madre con un gesto con la palma de la mano le pidió calma mientras él salía por la puerta directa de la cuadra a la calle. Como él quería y esperaba, Rubén le siguió. Fueron dos horas de paseo por la calle Adrial hasta cruzar el embalse escaso de agua por el puente de hormigón hasta la cuesta de la ermita. Anselmo no paró de hablar, de explicarle que eso era cebada, que lo otro trigo, que las flores amarillas eran colza.... Decenas de cosas que sus ojos veían y que Rubén admiraba por primera vez. Aquellos olores, aquellos colores de Tierra de Campos

entraron en el alma de Rubén como nada igual antes. Se fijaba en todo lo que le explicaba su abuelo, paseaba con paso más grácil que nunca, miraba a las aves rapaces que sobrevolaban el embalse y los cereales, se paraba ante un arroyo para observar una mariposa revolotear entre los matorrales...

Cada día regresó a ver a su abuelo y éste esperó una jornada tras otra con la sensación de la primera vez la llegada de Rubén para enseñarle mil cosas de su adorable pueblo que ya sería también de él, y donde encontró más paz en su cabeza de la que los psicólogos y padres hubieran esperado jamás.

"Tradiciones"

"Estampa Terracampina" José Fernando Lozano Asensio
Segundo Premio Concurso Fotografía Espigas 2016

CONCURSO LITERARIO
“ESPIGAS 2017”

Relatos

En el transcurso lento, fatigoso y sombrío de un día de arada del año 1950 en la agreste, dura, seca y resquebrajada tierra de labrantío de la zona de Campos, Ramón, el aparcero, va desgranando su solitaria vida de huérfano, apegado al terruño, evocando emotivos y tristes recuerdos que nos llevan a sus humildes orígenes y terminará el día en la penuria, sí; pero "revestida de anhelada felicidad".

Relato con gran acopio de recursos estilísticos, adecuada estructura sintáctica, amplio, preciso y variado vocabulario, que embriaga de emociones, aflora sentimientos y nos trasporta al reciente pasado de la dura vida del labrador.

"Dominios de Villalonso"

LA DURA VIDA DE UN LABRADOR DE CUÑO

José Luis Bragado García

Primer Premio relatos - Concurso Literario "Espigas 2017"

Año 1950. Los álamos desnudos sostienen la aurora; poco a poco serán incendio claro, llamarada de tierra. La noche se retira. En el cielo va apareciendo un tenue trazo de azul. Es el alba que se va abriendo paso. El silencio corre como gota de rocío sobre flor de romero. El pueblo está dormido. Insensible al sonido del rayo de luna sobre el arroyo cantarino. Hay un aroma de bálago húmedo que envuelve la brisa. Es la hora del alma que sufre en el desvelo, de la incertidumbre, de las evocaciones; el momento en que se espera y se desea que llegue el amanecer. Una muda angustia se tiende sobre todas las cosas, mientras el sueño huye cobarde de los ojos cansados.

-"Me tuve que comer el gallo y no cantará ahora"-, piensa Ramón en voz alta mientras se viste. La boina lo primero. Abandona la penumbra de la sala y se dirige a la cuadra, para echar de comer a las mulas del propietario de la aparcería. Están limpias, fuertes. Ramón cree que comen mejor que muchas personas. Él, jamás creyó llegar a tener envidia de unas mulas, pero la tiene, aunque sabe que sin esta robustez no podría sobrevivir, las necesita para rescatar a través del trabajo el pulso de la vida.

Tiene el pelo ensortijado y blanco; más que por los años por las penurias. La frente está surcada por arrugas que el arado de la vida le ha ido labrando. Su expresión es ruda como su existir. Sabe que la espalda se dobla más con el trabajo que con el paso de los años. Posee unas manos ásperas y duras como corresponde a un labrador de cuño.

Una vez que han comido las mulas, comienza con celo el monótono ritual de engancharlas al carro. Les pone las cabezadas, collerones, y tiros de cadena, sin dejar de colgar los ramales de la costilla del collarón, pasándolos por la correa para que no se pierdan. Ramón constantemente está haciéndose preguntas, su mente desata la hermética secuencia de relaciones no entendidas. ¿Por qué nací? ¿Por qué aquí? ¿Por qué pobre? Se lo pregunta como si la pobreza -marca de su sangre- ya no fuera visible, sabiendo él que sí, que está dentro de su ser y le constituye. Ramón lleva esa vida que se confunde con la de las bestias; trabaja de sol a sol, empapado por la lluvia del invierno, caldeado por la siega en los ardores del verano. Es aparcero.

El camino parte en dos las tierras. Se abre como un cauce sin río. Es un alba sin pájaros, sin nadie; sin embargo, ahora, algo se acerca. Es un galgo; lleva una liebre en su boca, su balanceo denota que tiene el cuello roto, el cazador ha sido eficaz.

Como una sombra pardusca el animal se aleja camino del pueblo. Ramón lo lamenta y suspira. En casa la trébede está huérfana de pucheros y la despensa vacía.

Ha llegado al lugar donde debe empezar la arada. Es aquí, junto a la tierra, donde escribe este capítulo callado: el del trabajo. Porque está lleno -como él- de pureza y de apuro, porque siente el dolor de esta tierra áspera, brava, ardida y ardorosa; y piensa que cuando llegue el verano y la luz gire sobre si misma ofrecerá a sus ojos la contenida madurez del oro viejo en forma de mies. Desengancha las mulas del carro; luego con habilidad iguala los tiros en los balancines, pasa los francaletes abrazando el collarón, pone los ramales y engancha todo al arado de una reja. Agarra con firmeza los ramales y con un decidido y animoso "¡Vamos, tordillas!" comienza la labor. Hunde sus destartalados zapatos en la tierra, éstos, que saben del sudor de la piel, de las emanaciones de fuertes tobillos, de atajos y peligros, de tormentas, heladas y de surcos anegados. El cuero grita y se estira como el tiempo, calzó a ricos pies, pero ya no calzará a nadie más. El calzado de los pobres no puede volverse a regalar.

La primera torna es la más difícil. Ramón hinca la reja; la punta de esta reja de arado es una lanzada de rebeldía contra la miseria, la reja picuda y labrantía se cala hoy dando trallazos de vida, en la espera de ver una buena cosecha arrancada a esta dura tierra, apelmazada tierra, por todos los siglos del mundo reseca, Tierra de Campos.

Una y otra vez -con lucidez contrita- labra hasta la extenuación, purgando tormentas y malas cosechas. Pero también la lucidez fatiga. También la voluntad es temporal. Se agota. Se cansa. La espuma del instante se marchita antes de lograr fijarla como flor perecedera.

Siente la sequedad saburrosa de su lengua, ardida de fiebre y de sed por la aspereza amarga de las crudas horas de trabajo y decide descansar un poco. Lía con habilidad un pitillo que coloca entre los labios. De entre sus ropas extrae una botellita de cristal, la toma con sus manos curtidas y la alza al trasluz, allí contempla admirado la transparencia del orujo. Después -con los ojos cerrados como interiorizando y afirmando su goce- se lo acerca al rostro y aspira su aroma. Sostiene otra vez en el aire brevemente la botellita, disponiéndose al goce del sabor, pero, acordándose del oído -que iba a quedar ajeno y desairado- da unos toques con la botella en el arado, y lo acerca finalmente a los labios, para coronar en un trago lentísimo y profundo el rito sensorial. Esta ceremonia de los sentidos queriendo y no queriendo, hace que Ramón sofoque su cansancio, neutralice la ansiedad de su estómago -hambre- y así se endurece, se amuralla de rotundas privaciones, se hurta con ambigüedad y concede a su cuerpo una frágil tregua calculada, sin arriesgar, como el que mide

cicateramente sus fuerzas para continuar trabajando.

Esta forma de beber se la enseñó Don Elías, el maestro. Lleva cuarenta años ejerciendo en el pueblo. Él fue el que buscó a Ramón un hogar cuando quedó huérfano. Las rentas que se sacaban de las exiguas tierras que le quedaron en herencia, fueron sirviendo para pagar su manutención. Hasta el día en que se vio con fuerzas para cultivarlas; y siendo un mozalbete abandonó el colegio. Los niños del pueblo fuera de temporada de faenas, van a la escuela para entretener el hambre con sabidurías. En este pueblo de Tierra de Campos, la escuela no es esa cárcel de todos los días que obliga a los niños; al maestro y a las madres a sujetarse a un horario y a vivir pendientes de él como se vive pendiente de una obligación. En este pueblo la escuela es como un gallinero, abierto todo el día y donde las gallinas salen y entran a capricho. Aquí casi toda la gente es pobre y, por tanto, los niños están sujetos a la pobreza y no a la sabiduría. Cuando existe la posibilidad de ganar algo, allá van los niños detrás de los padres. En el colegio queda don Elías, los libros esperan. Si los niños pobres van a la escuela es que no hay trabajo, allí comerán letras y no pan.

Ramón no recuerda a sus padres. Don Elías siempre le dijo que murieron ambos con la gripe del dieciocho, fallecieron muchos en la comarca aquel año. Contra esta carencia se ha impuesto la sangre, se han abierto los ojos, ha empujado el amor. Recordarles en esos años aurorales, tan ricos de vivencias, pero tan inconcretos, suponían breves relámpagos de conocimiento sobre el azogue de la soledad.

Da unas voces animosas a las mulas y con brío retorna al trabajo. Hoy es un día frío de funeral, a Ramón se lo dicen las campanas: "El tío Alberto se fue." O quizás, mejor volvió, regresó a la tierra. Ahora forma parte de ella. -La oscuridad es la acechanza.- El alma de Ramón siente ese escandaloso desacuerdo entre la vida y la muerte, y también, con angustia, con rencor, su cruel alianza. La vida es una duda en la que dejas de ser o cobras aliento para darle una dimensión absoluta, luminosa o sombría. El dejar de ser o no ser ya, fin o comienzo relampagueante de la vida, es eso que se llama muerte. De escarmiento en apuro los pobres van perdiendo su derecho a vivir. Huyendo de la costosa botica que esquilma el bolsillo. El "tío" Alberto, tomaba unas hierbas que sustituían a los fármacos prohibitivos por su coste: flor sudorífica de saúco; hierba cólica; alcohol de romero para el reuma; ortiga cocida para la hemorragia… Pero al "tío" Alberto lo que le mató fue el hambre, no la enfermedad. "Los pobres son de Dios", pero Dios tenía que estar allí, junto a las setas venenosas que se comió. "Ya estará en el cielo" decía el padre Daniel, pero aquí abajo un hueco frío lo aguarda, hasta rellenarlo con su cuerpo y cuatro paletadas de tierra. Siempre la tierra. ¿Qué somos entonces, qué somos? Un traslado de esto, una

mies. Amigo mío, una mies, y la muerte a muchos sin granar los ha segado. La ácida lección cargada de ironía, hace que Ramón sigua meditando, mientras su cuerpo queda harto de romper terrones.

Vuelve una y otra vez a subir y a bajar, un surco tras otro, así, penosamente, embistiendo con rudeza, junto a las mulas, todos unidos, formando un único cuerpo, todo corazón. Remover y remover, dar la vuelta a la tierra, cambiar las que se bañaron de sol por los tabones oscuros, pardos, prolíficos de las entrañas. La tierra no se queja, sufre la transformación, muere, pero no se queja. Ella se sacrifica con gusto ante la reja del arado. Ella morirá para nacer en verde trigo de Mayo, apretado en espigas y en pan.

¿Y el agua? Se pregunta Ramón, a la vez que cada una de sus arrugas es un cauce donde discurre la vida, cuyo torrente lleva el sabor amargo de su existir y con él riega y sustenta la tierra. Toda la magia de semillas y soles desparramada por los campos precisa la lluvia del cielo, para que el parto perpetuo se produzca,

"Aquí terminó mi jornada"

y el alumbramiento se concrete en una buena cosecha. Deberá sonar esa caracola susurrante del universo, que a veces niega la lluvia y crea en el alma una llaga abierta de ausencia.

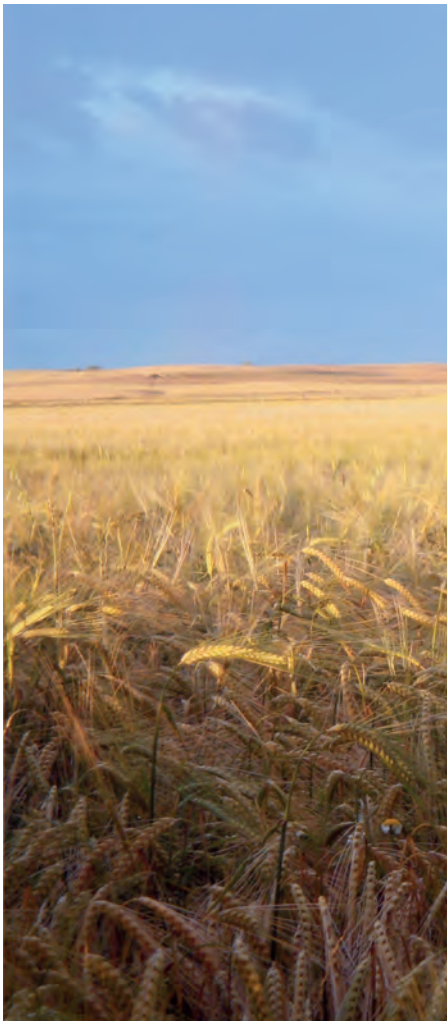
Ramón teme a las tormentas. Éstas son puro poder, una como tiránica presencia de la muerte contra la que no cabe apelación; un ciego capricho encabritado que degrada cualquier seguridad y reduce al hombre a un nivel de potencia suplicante. No elige el hombre, de ahí la desesperada apelación a lo divino; acatando el enigma del castigo, pero buscando arrimo en la misericordia.

Ya ha llegado el mediodía, lo anuncian las campanas; éstas pican y repican, vuelan, voltean, decoran con sonidos de bronce la mañana. Ramón hará una pausa más larga. Suelta las mulas del arado y las lleva hacia el chozo que él construyó en medio del campo como retablo del relente. Las mulas están sudando. Con esmero coloca una manta vieja sobre el lomo a cada una de ellas. Luego les da de beber y comer -poco- que luego hay que seguir trabajando. Y a continuación come él. Sopas de ajo y un torrezno con un poco de vino. Amenaza agua. Le ha cundido el trabajo -piensa Ramón- mientras atiza las brasas de la lumbre que ha encendido en el interior. Acomoda un tronco en ellas. La madera empieza a arder por los lados. Calienta las sopas y el torrezno. Huele bien, demasiado bien cuando se tiene mucha hambre. No se oye nada, solo el crepitar de las llamas. Cruza los brazos sobre las rodillas, está sentado sobre una piedra. Los carrillos hundidos afilan su rostro. A Ramón la miseria no le confiere dignidad; solo parece que la vida real ha esculpido en él con exorbitada crueldad. Sentado frente al fuego es un hombre viejo, un fantasma cubierto de harapos en tránsito de este mundo al otro. Tiene más de cuarenta años. No se casó nunca, no le sobraron medios ni tiempo para hacerlo. Con parsimonia comienza a comer las sopas. La miseria lo lanza contra la muerte; esos ojos, la noche, la puerta y el ciprés. Todos ellos lo sitúan frente a la vida. La vida mísera lo aleja de la vida, su necesidad traiciona su silencio.

Don Raimundo ha vivido mucho. Quizás nació antes que el sol, la piedra, el agua. No tiene edad. Es como la eternidad o el momento. No lo acecha ni el hambre ni la enfermedad. Los labradores como a un Dios lo adoran y lo temen. Don Raimundo es más necesario que el pan. Es el que a cambio de las hipotecas de sus tierras y casas, les proporciona el dinero que necesitan cuando a la madre tierra le falla el pulso de la lluvia y en el surco no germina el grano. El que

presta el dinero cuando los impuestos no escuchan la voz de los campesinos llenas de vientos y lágrimas; de noches desérticas y en vela, enclavados en la soledad del caprichoso y adverso tiempo. Ramón en aquella tarde honda escuchó al secretario de don Raimundo -con susto inconcreto- que ya no era dueño de su casa, ni de de sus tierras. Desde entonces es aparcero. Detrás de esas palabras de pobreza solemne, suena hueco el fracaso, la humillación, el vano afanarse, los años de calamidad, la burla del destino, los sueños arrasados, el miedo, la infeliz providencia. Por eso existen hombres como don Raimundo, que han vivido mucho, que nacieron antes que el sol, la luna, y las estrellas y son, y serán, como la eternidad.

"Se canta lo que se pierde" y se canta porque se ama, Ramón se pasa una mano por los ojos y sin dejar que huya una lágrima, coloca otro tronco en el fuego, luego, como una paradoja consoladora, comienza a cantar. Afuera del chozo la llovizna lenta hace recordar que ha llegado el otoño. Demasiados meses de sequía. La tierra se ablandará y la reja podrá profundizar sin tanto esfuerzo. Tras la frugal comida un frescor de tierra mojada se subraya por todo el aire.



El campo comienza a empaparse al igual que Ramón que ha reanudado el trabajo. Su memoria es espejo que no refleja ningún rencor, ningún remordimiento. Ama la tierra que prolonga y arrulla su existir. No deja que la miseria que desordena su vida o se la niega, confinándole en esa zona irrespirable que no se comunica con nada ni nadie, le haga odiarla; al contrario, él es más tierra, como figura de barro. Empuñando el arado con ilusión y esfuerzo cree aún poder reconstruir su propia ruina, rescatando la belleza de la mies suavemente mecida en los campos. Sus sentidos, agotados o replegados ante el puro y acerado esfuerzo que ejecuta al arar, recobran su libre funcionalidad. La magia luminosa y sencilla de la esperanza impregna el rostro de Ramón de los aromas fuertes y calientes de la siega, del bálago de la tierra, sonidos de campanas y herrería, de abundantes cosechas, de simientes ocultas y secas.

Las campanas han dado las seis de la tarde, pronto anochecerá. Ramón regresa al pueblo. El cielo está dorado de tanta madurez acumulada. Las hojas perennes de cobrizo temblor aún visten a los árboles y brillan gloriosas un instante al trasluz.

La zozobra de un labrador contiene muchas vivencias. Y a veces, a la penuria, trata de revestirla de anhelada felicidad. Y allí donde la vida tuvo una leve inflexión de dicha; levanta un reino suntuoso, un dulce consuelo de felicidad. Ramón es un rudo, un noble labrador de cuño que ahora sueña con espigas. Sobre las costanillas que se curvan cerrando por completo el horizonte, hay una leve insinuación de lumbre, algo muy semejante a la ternura. Tal es el cielo, a esta hora pura, que el perdón solemne de la noche borra todas las culpas de la tierra.

"Arco de espigas"

Siguiendo un diario escrito por el protagonista del relato, su esposa va descubriéndonos el transcurrir de su infancia, su adolescencia y juventud, sus primeros "enamoramientos", la necesidad impuesta de emigrar, la vida en el "exilio" y la añoranza y melancolía que le llevan al regreso a sus orígenes, al manantial de sus vivencias y a la fuente de sus recuerdos primigenios, poco a poco, totalmente olvidados.

Aporta un amplio y preciso léxico unido a una rica y variada adjetivación que dan lugar a una narración precisa, realista y cargada de lirismo que nos transporta a un tiempo desaparecido que no debemos olvidar.

"Verde y seco"

LAS PALABRAS PERDIDAS DE ALEJO MORENO

Luciano López Gutiérrez

Segundo Premio relatos - Concurso Literario "Espigas 2017"

Irene leyó las últimas palabras de las memorias de su marido y se dejó ganar por la murria y la tristeza. Alejo siempre había preservado de las miradas ajenas su misterioso cuaderno de pastas azules, donde guardaba como oro en paño, como su más preciado tesoro, esas anotaciones sobre su vida, su particular magdalena de Proust que le revivía tantos antaños. Pero ahora, pensaba Irene, ya muy poco le importaría que alguien se enterara de sus secretos, de esas vivencias con olor a arcón de ropa blanca aromatizada con membrillos.

Naturalmente, sus primeros recuerdos evocaban su infancia y adolescencia, la vida de su pueblo, que se había adherido a su piel para siempre, que le había calado hasta las médulas de los huesos cuando era un junco flexible, mucho antes de convertirse en un viejo olmo de tronco hueco sin hojas ni jilgueros.

Te trasladaban a un tiempo ya desaparecido, a una Castilla de miserias y privaciones, de rosarios bisbiseados en la penumbra junto al brasero, de rogativas al borde de la angustia o de procesiones de cruces y capirotes con mujerucas, de bocas desdentadas y manos sarmentosas, que llevaban a sus nietos, cogidos y arrebujados en toquillas, a que babeasen, porque todavía no sabían besar, los cordones de los Nazarenos o los mantos negros de las Dolorosas… Pero, a pesar de todo, reinaba la alegría en las eras y el bullicio en los rastrojos y los senderos y relejes eran recorridos, de madrugada, por carros de bujes y sotrozos, con los bolsones de los armajes atestados de espigas.

Los purridores pinchaban con la horca la mies amontonada y los componedores la disponían hábilmente en los carros para que cupiera la mayor cantidad posible en cada viaje, y para despertar (porque su picadillo había) la admiración de los otros labradores que los veían pasar precedidos por el canto de los ejes engrasados con esmero.

Era la España del bálago, de los trillos de Cantalejo, con los pedernales incrustados en los tablones, guiados por trilliques de anchuroso sombrero de paja y látigo, que daban vueltas y vueltas al solar de la era con la garganta reseca por el polvo y el tamo.

Una vida dura, en la que las respigadoras, cubierto el rostro con pañolones, se echaban a la rastrojera en los calurosos veranos, dispuestas a medio llenar, a costa de sus sufridos riñones, un saco con las espigas que no habían podido cosechar las rudimentarias máquinas segadoras o que habían dejado sin recoger los atropadores y apañiles al formar las morenas y al arrastrar los morenales.

Y sin embargo, a Irene le daba la impresión de que en aquellos tiempos Alejo había experimentado algo muy parecido a la felicidad que en vano había intentado

recuperar a lo largo del resto de sus días.

En el cuaderno aparecían las horas de la siesta en verano, cuando en el sosiego del pueblo, aletargado por el bochorno, tan sólo se oía el lastimero piar de los gorriones entre los carrizales del río, ese mismo río en el que los muchachos se zambullían entre risas completamente en cueros después descender por un pequeño terraplén festoneado de raquíticos alamillos.

Era un buen momento el de la siesta para que él y sus inseparables Marco y Moisés, el de la Casa Grande, deambularan a sus anchas por el pajar, la panera, y los cobertizos de los corrales buscando si había huevos en los ponederos o una nueva camada de conejos, o para acercarse a alguna laguna de espadaña y carpas doradas a coger ranas y renacuajos, que, a veces, deslizaban con disimulo en el cántaro de alguna moza despistada.

No evitaban los peligros ni los precipicios los tres amigos, y eran capaces de tirarse de cabeza en las pozas más profundas del río, de encaramarse al campanario de la iglesia, de trepar a los árboles más altos en busca de nidos, o de adentrarse en las cuevas de las bodegas arroñadas descendiendo por las zarceras.

Leyendo las memorias de Alejo, se enteró también Irene de sus primeros amores, que, más que celos retrospectivos, después de tantísimos años, le habían despertado cierta ternura. Así supo de la existencia de Elisa, la hermana pequeña de Moisés, y se enteró de que su futuro marido no le quitaba ojo desde la calle en las tardes de invierno cuando las madres se juntaban para coser en el salón de la Casa Grande con los cuarterones abiertos y los visillos descorridos para aprovechar los últimos rayos del sol ("Aquellas tardes, cuando la veía bordando en el bastidor, me parecía la princesa de un cuento de hadas", se leía en el cuaderno).

Sobre la mesa camilla, entre costureros y acericos, un viejo aparato de radio narraba, con voz engolada, rocambolescas historias de huerfanitas y amores difíciles, o emitía canciones dedicadas, donde hembras de rumbo y tronío se apoyaban, retadoras, en los quicios de las mancebías; gritaban su pena tan inmensa como un desierto de arena y tan indomable como un potro "desbocao", o sacrificaban la sinceridad de sus sentimientos al brillo de los oros y de las sedas ("María de la O, ¡qué desgraciaíta / gitana tú eres teniéndolo to").

Recordaba Alejo con especial emoción aquella noche de agosto, las mujeres y los ancianos sentados en las portaladas tomando el fresco, y los niños correteando por ahí jugando a la maya, cuando Elisa y él compartieron escondite en un callejón mal iluminado tras la rueda de un carro, y la proximidad de sus cuerpos, las respectivas taquicardias y las agitaciones respiratorias impulsaron al muchacho, tan aficionado ya desde pequeño a la literatura, a escribirle un pequeño poema a la chiquilla, que le

entregó al día siguiente con los ojos bajos y la cara como la grana.

Pero, además de este amor blanco e inocente, había otro, esta vez compartido con Marco y Moisés, inquietante y subterráneo. Aunque más que amor, pensaba Irene, era un magnetismo irresistible (imperativos de esa edad tan difícil en la que estaban entrando, se decía Irene) que los arrastraba a espiar a la Antonia, la joven viuda que trabajaba en la Casa Grande, cuando se desvestía para acostarse, o cuando procedía a sus lavatorios matutinos en el corral, junto al brocal del pozo, en combinación, suelta su llamativa melena cobriza, refrescando su cara, sus brazos, sus axilas y el canalillo de su abultada pechera.

Su figura producía tal fascinación en Alejo que, al contarles en la escuela la historia de Judith, se le sobrepuso la figura de la Antonia despojándose de su luto, perfumándose, enjoyando su cuerpo de sortijas, pendientes, ajorcas y collares, y dirigiéndose hacia el campamento enemigo para seducir, embriagar y decapitar a Holofernes, el general de los asirios.

Algún problemilla de conciencia le crearon estos regodeos y ensoñaciones con la joven viuda, pero cuando, medio tartamudeando, se lo contó a don Práxedes, el párroco, al que ayudaba a misa desde que era un mocoso, que no levantaba cuatro palmos del suelo, éste, tan bonachón y comprensivo como siempre, le quitó hierro al asunto mientras le dirigía una mirada tierna y condescendiente como la de un abuelo. En fin, cosas de críos, concluyó Irene sonriendo.

Todo este mundo, sin embargo, se le iba a deshacer como un terrón entre los dedos aquel día en el que su padre no tuvo más remedio que vender los cuatro quiñones del monte y el hatajillo de ovejas, convencido de que el pueblo no ofrecía un porvenir halagüeño ni para él, ni para su mujer ni para sus cuatro hijos, así que era imprescindible marchar a la ciudad.

Alejo siempre recordaría como uno de sus más tristes despertares aquel en que, cargado de dos maletas de cartón aseguradas con cordeles, casi de amanecida, se encaminaba al apeadero del coche de línea sin saber cuánto tiempo tardaría en volver a oír las campanadas del convento, el quiquiriquí de los gallos o el tintineo de las cencerras perforando el silencio, casi tangible, de la mañana.

Y menos mal que en la parada se encontró con la sorpresa de que, a pesar de lo temprano de la hora, allí estaban para despedirle Marco, Moisés y Elisa, que, tan hermosa como siempre con sus trenzas rubias, su cabás y sus blancos calcetines comidos, se abalanzó sobre él y le obsequió con un tímido e inolvidable beso en la mejilla.

En los capítulos siguientes, Alejo, en tonos bastante sombríos, contaba sus

problemas de adaptación a la ciudad, su asfixia entre las cuatro paredes de su humilde pisito sin desván ni corrales, y su añoranza del campo abierto, del soto del río y hasta de la algarabía de los bandos de tordos que sobrevolaban la espadaña de la iglesia, los airosos palomares de tapial y adobe o los cipreses del cementerio.

Muy pronto, a pesar de su afición a la Historia y a la Literatura, tuvo que abandonar (las circunstancias mandaban, claro) los estudios y trabajar como peón en las obras, y fue entonces cuando apareció ella, Irene, como perdida en aquella verbena popular de farolillos, pasodobles y boleros ("Mujer, si puedes tú con Dios hablar / pregúntale si yo alguna vez / te he dejado de adorar…").

En páginas escritas morosamente y con inmenso cariño, Alejo describía su noviazgo a la antigua usanza: los esfuerzos para que Irene consintiera en disgregarse de la pandilla y salir a solas con él, las tardes de domingo dando infinitas vueltas por la Plaza Mayor, la búsqueda de los rincones más retirados de aquel parque, de pavos reales y estanques con patos, para mendigarle un beso en los labios o intentar alguna caricia furtiva por encima del vestido.

Entonces el cine era una fábrica de sueños, y por eso, de novios, no perdonaban ningún estreno, especialmente los de las comedias americanas de amor y lujo, con atractivos galanes tocados de elegantes sombreros, y encantadoras señoras de envidiables figuras y tan libres e independientes, que trabajaban en oficinas y disponían de cómodos electrodomésticos y de la ayuda de los maridos para hacer las labores, mientras que en España las mujeres se desriñonaban vareando la lana de los

"Parada sin destino"

colchones y se desplazaban hasta los caños para lavar la ropa después de romper con piedras los carámbanos del agua.

Al fin se casaron y fueron llegando los niños, y a Alejo no le quedó más remedio que buscarse unas pesetillas extras cobrando los recibos de una Aseguradora de Entierros después del trabajo en la obra: dos o tres horas que había que añadir algunos días a la dura jornada laboral pateando las calles y subiendo y bajando escaleras, y, para más inri, con una aureola de ave carroñera, de mala sombra alargada de ciprés, de fosa que abre su boca cavernosa de insaciable gazuza.

Pero no se hallaban en sus anotaciones quejas ni cuitas por el trabajo extenuante, y mucho menos después de que Moisés, que se había convertido en un prestigioso ingeniero, tomando un chato de vino, le propuso trabajar en una fábrica de camiones que se había montado en la ciudad, lo que trajo no poco desahogo a su economía, y le permitió abandonar el agotador pluriempleo.

Y, sin embargo, eso no impidió su tendencia a amurriarse, a caer en unas hondas tristezas cíclicas, tan sólo aliviadas con sus salidas al campo, más que por cazar liebres o pescar cangrejos, y ahora lo comprendía perfectamente Irene, porque necesitaba, como el oxígeno para respirar, ver las pardas besanas, los sembrados verdegueantes en primavera, el espectacular cortejo de las avutardas allá por el mes de abril, o los jirones de niebla enredados entre los carrascos; porque añoraba oír la brisa oreando las pimpolladas al amanecer, o los ladridos lejanos de los perros en pueblos dormidos, con olor a pan recién hecho en tahonas con horno de leña.

En las últimas páginas ya se percibía cierta torpeza en la redacción, en el hallazgo de la palabra justa: poco a poco, el alzheimer iba transformando su memoria en un mapa mudo, sin letreros identificadores, aunque consiguió regresar y aferrarse a su querido mundo de barbechos y rastrojos, de trigales de amapolas y alondras, y de eras con bieldos y zarandas, como la última isla que había de tragar el mar grisáceo del olvido.

Sumido en un espeso silencio, sólo, de vez en cuando, salmodiaba una canción aprendida en su infancia ("Del olivo caí, / ¿quién me levantará? / Esa gachí morena, / que la mano me da..."), y rozaba con sus dedos los de Irene mientras le sonreía, porque los dos sabían que esa gachí morena era ella, aunque Alejo también hubiera olvidado su nombre.

"Iglesia de la Asunción - San Cebrián de Castro"

Con un planteamiento muy original, siguiendo la argumentación de una supuesta representación teatral de El Quijote, el autor va haciendo desfilar a través de la trama de la obra cervantina a los personajes, actores y demás componentes de un grupo de teatro de uno de nuestros pueblos: San Cebrián de Castro.

Con maestría, naturalismo y humor hace aflorar y enfatiza costumbres, lugares, oficios y creencias. Las novedades, innovaciones, vivencias y peculiaridades de la realidad del momento presente llevan al grupo de teatro, en la imaginación del autor, a concluir con una moraleja muy apropiada a las circunstancias del mundo rural y la vida cotidiana en estos nuestros pueblos.

LA FUNCIÓN

José Carlos Iglesias Dorado

Tercer Premio relatos - Concurso Literario "Espigas 2017"

El grupo de teatro de San Cebrián de Castro llevaba preparando la obra desde hacía tres meses. Tres largos meses de reuniones, ensayos, lecturas, memorizaciones e intercambio de pareceres. Tanto y tan en profundidad se habían metido en el papel de sus personajes y en el espíritu de la obra que iban a representar, que durante este tiempo habían pasado de llamarse Manuela, Antonio, Ignacio o Judit, a adoptar el nombre del personaje en cuestión. Por eso, a aquellas alturas del verano ya era normal pasear por las calles del pueblo y escuchar cómo se saludaba Aldonza con Durandarte, o como en el bar le servían un café a Sansón Carrasco o un poleo menta a Altisidora.

La elección de don Miguel de Cervantes Saavedra como autor homenajeado, y del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha como obra seleccionada para la función anual, habían sido una decisión personal de Mercedes, la directora. No en vano ese año se celebraba en toda España el IV centenario de la muerte del "inmortal" manco de Lepanto.

Pero, con lo que no contaba la directora en la primera reunión en la que propuso al resto de integrantes del grupo de teatro la adaptación del Quijote, era con que Ginés de Pasamonte, profesor jubilado y considerado el más erudito, planteara adaptar la obra que llevarían a cabo como un homenaje no solo a Cervantes y al Quijote, sino también a su tierra, a la tierra zamorana donde todos ellos habían nacido.

Fue Pedro Alonso quien, en primera instancia, replicó a Ginés de Pasamonte.

-Mal empezamos si vuesa merced se deja trabucar por divagaciones e inexactitudes. Por mucho amor que se tenga a esta bella y recia tierra zamorana, y por mucho que trate uno de corresponderla como de bien nacidos es, el Quijote de la Mancha transcurre en La Mancha, y no en Tierra del Pan ni en Aliste ni la Sierra de la Culebra. Y eso que, y doctores tiene la iglesia, aún anda por ahí quien quiere arrimar el ascua a su sardina y apropiarse de lo que no es constatable. Y bien saben ustedes que a quien me refiero es a ese iluminado que dice haber datado la vida de Cervantes en un pueblecito homónimo de Sanabria.

El debate posterior dio para terminar la reunión con bastante controversia dialéctica, y también para que todos se marcharan a casa con el retintín en la cabeza; unos a favor de la innovación, otros en contra de cualquier atisbo de transgresión intelectual, pero todos igual de excitados y con unas ganas enormes

de ponerse manos a la obra.

Una vez comenzaron los primeros ensayos surgieron las primeras discrepancias serias. Maese Nicolás, el carpintero del pueblo, y quien, a base de paciencia y destreza, se encargaba del atrezzo de las obras que se representaban, planteó algo que sorprendió a todos:

–¿Acaso no podrían cambiarse los molinos de viento por palomares? Habida cuenta de que las palomas no solo son portadoras de la paz, sino que aliviaron la gazuza de la gente en los duros años de la posguerra. Sería como un postrer homenaje a un elemento tan significativo de nuestra tierra. Y de esta forma me facilitaría mucho el trabajo. No es lo mismo construir un molino de viento, con sus enormes aspas, que un recio palomar de adobe de cartón piedra, donde la filigrana está por dentro, y eso ya sabemos que en el teatro no es necesario visualizarlo.

Después de decidir, de manera unánime, que lo planteado por Maese Nicolás era aceptable desde el punto de visto etnográfico y utilero, se pusieron a ensayar, con alegría en el semblante y decisión en la mirada. Pero aquella primera concesión al carpintero fue el detonante del resto de objeciones, o más bien, digresiones, que fueron surgiendo día a día. Alguna tan descabellada como la que propuso Cardenio, la de sustituir en el gusto quijotesco las novelas de caballería por novelas de ganadería, basándose en la histórica tradición pastoril existente en el pueblo y de la que llevaba viviendo parte de su familia muchos años. Menos caballos y más ovejas, se convirtió en su lema, añadiendo varios argumentos irrefutables que amparaban su excéntrica idea.

–En el Capítulo XI se nos habla de la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor, y no solo eso, por donde va le salen al encuentro cabreros, pastores y zagales. Incluso una bella pastora, aunque un poco altanera, la sin par Marcela.

En otra ocasión, ya iniciado el segundo mes de ensayos, se presentó Maritornes con una insólita sugerencia.

–Donde se habla en la obra de las lagunas de Ruidera, bien podría tratarse de nuestro famoso embalse de Ricobayo, que total, por unos siglos de diferencia, tampoco es cuestión de remilgos. Además, es costumbre antigua en los pueblos la de embalsar el agua para tener cuando llegue época de carestía. Seguro que ni al mismo Cervantes le importaría tamaña previsión, teniendo en cuenta que él se dedicaba a cobrar diezmos para otros.

A la vista de que las caras del resto del grupo no parecían estar muy de acuerdo, tuvo Maritornes que echar mano de un argumento que esa misma mañana le había proporcionado una de sus nietas, después de que en cuestión de minutos

consultará en su móvil y se enterara de paso de la biografía del escritor.

-Eso por no hablar de la relación entre Cervantes, cuyos orígenes judeo conversos están más que demostrados, y nuestro pueblo, donde existió en la Edad Media una de las más importantes comunidades judías de todo el reino de León. Fijaos en el hermanamiento cultural que supondría.

-Bien -la interrumpió Mercedes-, creo que nos has convencido a todos. El embalse de Ricobayo son las lagunas de Ruidera, y más o menos por Santa Eufemia del Barco, se debe encontrar la cueva de Montesinos. Al menos tendremos la seguridad de que a la gente del pueblo le resultará chocante y cercano. Y si alguien piensa que estamos cometiendo un sacrilegio, que sepa que peor fue lo del Quijote apócrifo, el del tal Avellaneda, que en definitiva sirvió como acicate para escribir la magistral e insuperable segunda parte. Quien sabe si dentro de unos años no aparece una tercera parte apócrifa escrita por algún autor local.

Así fueron sucediéndose los ensayos en el local de la Asociación Cultural durante el mes de julio: aportando cada uno su granito de arena en la reunión previa. Después todos se dedicaban a meterse en su papel en cuerpo y alma, algo que, a decir verdad, era cada vez más evidente, tal vez por aquello de que la obra estaba tomando una dimensión menos universal y más local. Por último, ya a media noche, Mercedes encendía la luz de su habitación y se dedicaba a la noble tarea de ir adaptando cada innovación al texto que originalmente quería representar.

-Todo sea con tal de que sigan con el mismo entusiasmo decisión y no se me vengan abajo -pensaba, mientras se dedicaba a fusilar sin ningún tipo de compasión trinitaria al genial Cervantes.

A la semana siguiente, fue Claudia Jerónima la que alzó la mano para intervenir.

-A mí también me gustaría aportar algo, y es referente a nuestro castillo de Castrotorafe, erigido en un castro que da nombre al pueblo. Es nuestro símbolo, lo más antiguo que tenemos y se me ha ocurrido que ateniéndonos a lo que estamos haciendo con el resto de la obra, darle la vuelta a la tortilla. Pero en esta ocasión con una pirueta mortal y doble tirabuzón. Me explico: como todos sabemos, porque a estas alturas ya no queda nadie de nosotros sin haberse leído de cabo a rabo la novela, don Quijote confunde las dos primeras ventas que encuentra en su camino con sendos castillos. Convirtamos las ruinas de nuestro castillo en "la más memorable y esplendorosa venta que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros": la venta de Castrotorafe.

-Pues no parece mala idea, dijo Mercedes. Y de paso a las ruinas del castillo las

sacamos rédito a esa figura de Bien de Interés Cultural que no parece despertar demasiado interés entre los encargados de gestionar nuestro patrimonio histórico-artístico.

La propuesta se culminó con unos espontáneos aplausos que insuflaron tal energía en los actores que aquel ensayo fue uno de los mejores de todo el verano. Hasta Pedro Alonso, desde un principio el más reticente a alterar el texto original, tuvo que descubrirse ante aquella demostración de osadía y originalidad, y eso que él era un firme defensor de lo clásico y los clásicos.

En sucesivos días el resto del elenco no quiso ser menos y cada uno fue aportando una modificación marca de la casa. A medida que se sucedían las propuestas, Mercedes iba reescribiendo el texto y adaptándolo a las nuevas circunstancias, dando la impresión de que el Quijote era una obra totalmente

"El viejo molino"

viva y actual, amoldándose a la perfección a las peculiaridades geográficas y autóctonas de un pueblo como San Cebrián de Castro. Pero sin perder un solo momento ni el idealismo ni el realismo que supuraban sus páginas.

Una tarde el Barbero señaló que en la segunda parte, en el capítulo donde le es concedida por fin su Ínsula Barataria a Sancho, en su primera intervención sale a relucir un puente que pone a prueba las dotes de gobernante del buen Sancho.

-Bien podría tratarse del viejo puente de piedra del arroyo de Valdeladio, que aún está perfectamente conservado y que desde hace siglos ayuda a cruzar hasta el Arrabal. Aún recuerdo cuando éramos niños y matábamos ahí las tardes pescando cangrejos y ranas, y también algún que otro chapuzón. Qué tiempos aquellos, cuando se desbordaba el arroyo...

Otro día le tocó el turno a las casas blasonadas que aún se conservaban en el pueblo, perfectos ejemplos de un pasado esplendoroso. Y las enormes traseras, para que pudieran entrar y salir carruajes y ganado, añadió el Cura, que no quiso dejar pasar la ocasión de barrer para casa.

-Como bien sabéis, el escudo de nuestra familia, nuestro blasón, lleva ahí puesto desde finales del siglo XVI. Nuestra estirpe puede que pertenezca a una de las familias más antiguas del pueblo. Por lo que me gustaría que fuera mencionada como la casa donde son quemados los que trastornaron al licenciado Quijano. Por la descripción que hace Cervantes de una de esas casas solariegas castellanas, bien podría pasar por tal.

Otra tarde se despacharon a gusto con la Orden de Santiago, tanto que hasta el mismo Quijote se presentó al ensayo siguiente con una cruz pintada en su baqueteada armadura.

-Sabéis muy bien que mi abuelo se llamaba Santiago, y que aquí ha sido siempre un nombre muy común. También creo que no vendría de más tomar partido por la orden de Santiago en concreto y anteponerla a las demás órdenes militares. Y no hace falta que señale la presencia de la cruz de Santiago en San Cebrián, tanto en nuestra iglesia como en los escudos de algunas casas. Por no hablar de las conchas esculpidas en el dintel de cierta puerta.

Hasta Luis, el joven y entusiasta ayudante que se ocupaba de la iluminación y sonido quiso aportar algún añadido técnico. Suyos fueron una iluminación especial que semejaba mucho a uno de aquellos atardeceres de verano flamígeros e incandescentes. No contento con eso

añadió el sonido del paso de una bandada de gansos por el pueblo en dirección a las cercanas lagunas de Villafáfila.

Por último, Mercedes decidió incorporar algunas palabras que hacía tiempo quería incluir en alguno de sus textos teatrales. Palabras que se habían escuchado por el pueblo y la comarca durante años y años y que ahora estaban en peligro de extinción.

-Es una manera de salvaguardarlas y de rendir merecido homenaje a nuestros antepasados -dijo- y se puso a leer en voz alta el párrafo que había escrito para la ocasión.

-"Después de subir hasta el alcor donde se divisaban todos los pueblos de la zona, Sancho, pingando de sudor, le espetó a su amo que le dolían hasta los carcañales. Si no hubieras extraviado el asno, no nos encontraríamos ahora en semejante tesitura, le dijo para después propinarle un coscorrón en toda la testuz que hizo que hocicara el morro. Al cabo de un rato, ambos comprobaron como una viejita, con el abantal arremangado, ascendía rauda el camino como con intención de comunicarles algo".

Una vez leído el párrafo, no fue otro que el propio Pedro Alonso el que emitió el comentario de rigor.

-Bravo. Me parece estupendo. Esto ha disipado todos mis recelos. Es más, esta noche no he sido capaz de conciliar el sueño pensando en la repercusión que puede tener en el pueblo nuestra representación. Tantas vueltas le he dado al magín que he terminado por llegar a una sabia reflexión que quiero compartir con vosotros. Amigos y amigas, hoy en día los verdaderos Quijotes somos nosotros mismos, quienes vivimos en pequeños pueblos olvidados, a veces, de la mano de Dios, y donde si no fuera por este tipo de actividades, estaríamos más aburridos que Carracuca. Sí, quienes hemos preferido seguir viviendo aquí, en las calles que nos han visto nacer y lo hemos antepuesto a marchar fuera en busca de aventuras y un trabajo estable, somos los auténticos Quijotes de este siglo XXI tan extraño y veloz. El quijotismo aquí en estas tierras es resistir tras estas cuatro paredes, por eso he de reconocer que todas las barbaridades que durante estos ensayos he visto que se cometían con una obra tan insigne, se pueden dar por bien empleadas.

Y así se llegó al día del estreno, con todo el grupo repitiéndose la archisabida coletilla de "mucha mierda", garantizada en esta ocasión por los bozacos de las ovejas que en reata, y ajenas al acontecimiento, atravesaban la cañada de la Vizana para ser recogidas por el pastor como cada tarde.

"Contemplando la llanura"

Por fin había llegado ese momento culminante que espera ansioso cada personaje de una obra teatral, ese instante en el que -minutos antes de salir a escena y vislumbrar entre las rendijas del telón como el salón está un año más abarrotado-, empiezan a volar mariposas por todo el cuerpo, el estómago ahíto de culebras, los nervios a punto de resquebrajarse, las rodillas titilando como si hubiera caído una buena cencellada, las manos sudando, la garganta seca como cáñamo, la mente en blanco y el corazón a punto de estallar... Sí, el momento mágico en el que Mercedes, que a la postre se encargaría también de poner la voz en off a la narración, empezase con aquello de...

-"En un lugar de Zamora, de cuyo nombre sí quiero acordarme, no ha mucho que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor".

Se nos ofrece un relato tierno y emotivo que, con fina ironía, dichos y refranes muy bien traídos, comparaciones acertadas y amplio vocabulario, presenta una agria crítica al poder establecido -al establishment- que, con pies muchas veces de barro, se materializa en el control de lo diferente en aras de la cordura, especialmente patente hasta bien avanzado el siglo pasado en la vida de nuestros pueblos de gente sencilla y con escasas posibilidades de formación cultural.

"Espíritu quijotesco" con "la historia del idiota" que presenta termina trágicamente porque, como dice la canción, el protagonista "no sabe que volar es imposible".

"A lo lejos"

ESPÍRITU QUIJOTESCO

J. L. Baños Vegas

Concurso Literario "Espigas 2017"

En rigor, nada hacía presagiar que aquel chiguito, con aspecto escuchimizado y la cabeza a pájaros, llegara a ser alguien en la vida; a lo sumo y si nada se torcía, profetizó don Higinio, el maestro, después de atizarle sin compasión unos cuantos reglazos en la palma de la mano, ayudaría a su padre en la vieja fragua de la herrería y, pasados unos años, aprendería a duras penas el oficio. Tampoco don Elpidio, el cura, a quien todos los parroquianos consideraban un santo varón que algún día llegaría a los altares, le auguraba un porvenir prometedor; y más cuando, sin venir a cuento, el alocado rapaz comenzó a tocar la campanilla de manera desaforada una mañana de domingo durante la celebración de la misa mayor, sobresaltando al pueblo entero, comenzando, claro está, por las graves y vigilantes autoridades que ocupaban por derecho propio la primera fila de bancos de la iglesia; en lo que acabaría siendo su primer y último día de monaguillo.

Con semejantes antecedentes, a nadie debería extrañarle lo más mínimo que el padre de Crispín (que así se llamaba el angelito en cuestión) no pusiera ni un solo reparo cuando aquel fraile con pinta bonachona y sonrisa de oreja a oreja, que recorría los pueblos de Tierra de Campos montado en una vieja Guzzi con la única intención de reclutar almas cándidas con las que llenar el internado de la capital, le prometió meter en vereda a su vástago hasta hacer de él un hombre de provecho. Además, el susodicho religioso, posiblemente licenciado cum laude en zorrería frailuna, también le aseguró, con una verborrea digna de un sacamuelas, que apenas tendría que desembolsar cantidad pecuniaria alguna por la formación y manutención de su hijo, puesto que tanto el Estado benefactor como la congregación religiosa, a la que él mismo pertenecía desde temprana edad, ya se ocuparían de hacerlo en su nombre.

Claro que lo que al satisfecho herrero le pareció miel sobre hojuelas, a su media costilla le removió las entrañas cuando se enteró de la apresurada decisión del cabeza de familia; más que nada porque, además de no haber tenido en cuenta su opinión en un asunto tan directo y peliagudo como ese, nunca había estado en su pusilánime ánimo de ama de casa desprenderse así como así de uno de los cuatro frutillos de su vientre, por mucho que un miembro del Clero, a quien ella misma había visto de refilón montado en una destartalada motocicleta con dirección a la escuela, jurara y perjurara que la única intención de la congregación, a la que él representaba, era darle una educación lo más esmerada posible para que el día

de mañana pudiera llegar a ser un hombre de bien. Tras alguna que otra discusión marital sin que ninguno de los esposos diera su brazo a torcer en lo relativo a cuál debería ser lo más conveniente para los intereses de su primogénito, al final prevaleció, como no podía ser de otra manera, el sentido práctico del asunto, y los dispares pareceres de los esposos terminaron convergiendo en el momento mismo que llegaron a la conclusión de que una boca menos que alimentar no era mal negocio, puesto que supondría un desahogo, por pequeño que fuese, para la maltrecha economía familiar.

Las avispadas hordas frailunas no tardaron en darse cuenta del enorme potencial que atesoraba Crispín para saltarse el reglamento a la torera y meterse en todo tipo de problemas con sus compañeros de internado. De nada sirvieron los muchos consejos, siempre tan juiciosos, con que sus superiores pretendían meter algo de cordura en aquella cabeza de chorlito, y que a él parecían entrarle por un oído y salirle por el otro. Y si no fue arrojado a patadas de aquel lugar de recogimiento donde imperaban el trabajo, el estudio y la oración, se debió en gran medida a la providencial intercesión del nuevo profesor de Lengua y Literatura, un fraile alto y enjuto que adornaba su rostro aguileño con una rala barba, y que, por haber trabajado de docente durante algunos años en Roma, tenía cierto peso, al menos pedagógico, dentro de la congregación.

Ni que decir tiene que nadie en el internado se explicaba la razón que había llevado a aquel misterioso fraile, versado en lenguas muertas, a erigirse en improvisado valedor de un mocoso que, todo sea dicho, parecía tener, además de azogue en la sangre, perturbadas las entendederas. Pero el profesor vaticano, seguramente impulsado por la fuerza apostólica que siempre otorga la verdad, argumentó en plan profético que todo ser humano, como diminuto trozo de barro sabiamente moldeado por las manos del Supremo Hacedor, necesita ser encauzado de manera adecuada; y si se trataba de alguien que, como en el caso que ahora nos ocupa, había sido esculpido con distinto barro –o, a lo sumo, con el mismo pero de inferior calidad–, no por ello merecía ser abandonado a su suerte en este mundo de desaprensivos.

Bajo el auspicio del docto fraile, pronto comenzó para Crispín un viaje iniciático hacia los recónditos manantiales del conocimiento, y cuyo resultado se presagiaba tan incierto como el espacio de tiempo que el resuelto profesor de Literatura fuese capaz de aguantar las barrabasadas del inadaptado mozalbete. Y como demostrado está que las razones descompuestas o carentes de todo rigor son verdaderos nidales donde se ceba el desaliento, el docente venido de Roma se olvidó por completo de la rigidez que, según dice gente ducha en estos

menesteres, siempre ha de gobernar toda relación maestro-discípulo, y mostró desde el principio la apacibilidad de su carácter y la fluidez de su verbo, haciendo que sus amenas enseñanzas no tardasen en conformar una ínsula de sensatez en el atribulado universo crispiniano.

Partiendo de la conocida premisa que la sabiduría no conduce a la felicidad, sino más bien todo lo contrario, y que, por tanto, la razón es enemiga natural de la propia vida, los conocimientos que iban penetrando a raudales en la mente de Crispín fueron sumergiéndolo en un embravecido mar de tribulaciones existenciales, a cual más difícil de discernir, que se incrementaron en gran medida con el pasar de los años. Por todo ello cuando, ya de joven, dejó provisionalmente el internado de frailes para regresar al pueblo que lo vio nacer, mucho había cambiado en el interior de aquel chiguito más movido que el rabo de una lagartija y al que parecía faltarle un hervor. Y enseguida su caletre lo llevó a enzarzarse con don Higinio, el maestro –quien, por aquello de que la letra con sangre entra, había dedicado más de cuarenta años de su vida a repartir reglazos a diestro y siniestro entre generaciones enteras de alumnos– en una acalorada discusión sobre la sublime locura de la verdad, la cual, según su opinión y en contra de la del maestro, no es otra que el amor por la justicia y, sobre todo, por la libertad; o para polemizar con don Elpidio, el cura, que era un santo varón, al que cierto domingo, a la salida de la iglesia, le espetó sin ningún tacto algo tan irreverente como que la locura siempre ha formado parte importante del misterio de la fe, puesto que este se hizo carne ni más ni menos que en la vesania de la cruz. Incluso no le faltaron redaños para decirle a voz en cuello a don Pompeyo, el colérico alcalde nombrado años atrás por el Movimiento, que el poder es un piélago sin fondo donde van a engolfarse los que lo ambicionan, y que, a veces, los locos y los bufones son las personas más indicadas para llevar a buen término el más arduo de los gobiernos; o aconsejarle a don Atilano, el boticario, que deberían reunirse sin más dilación todos los que practicaban en el mundo su mismo quehacer, con el encomiable propósito de elaborar juntos un bálsamo milagroso, parecido al de Fierabrás, que sirviese para sanar las dolencias del cuerpo y, sobre todo, poner un poco de sensatez en la mente de todos aquellos que se creen desprovistos de toda locura.

Como era de esperar, el herrero y su mujer fueron los primeros sorprendidos por la verbosidad que empleaba su primogénito para exponer sus singulares pensamientos, preguntándose una y mil veces si el remedio de mandarlo al internado no habría sido peor que la enfermedad por la que fue enviado. También como era de esperar, las rígidas autoridades no se anduvieron con remilgos

"Pasado, presente y futuro"

a la hora de vituperar la altivez de aquel joven, hijo humilde del pueblo, cuyo atrevimiento, aderezado en demasía con ideas propias de un alborotador, ya pasaba de castaño oscuro; lo que dio lugar a que enseguida le tildaran de persona non grata aquejada de demencia peligrosa; algo que a Crispín, conocedor como pocos de la vida y milagros del mayor caballero de la locura que los siglos conocieron, un hidalgo acostumbrado a decir verdades como puños aun a costa de su salud, le importó menos que una perra gorda. Incluso, durante la celebración del santo patrón, nuestro protagonista se permitió la licencia de explicarle al pueblo entero, que se encontraba arremolinado frente al engalanado balcón del Ayuntamiento a la espera de escuchar el discurso de don Pompeyo, el alcalde, que la locura, además de ser la salsa con que se condimenta ese indigesto manjar al que llamamos existencia, se compenetra muy bien con la cordura, al tratarse de las dos caras de una misma moneda.

Pero como la lúcida y provocadora mirada de un loco sobre el mundo de los supuestos cuerdos jamás ha de posarse más allá de la simple apariencia de las cosas, porque, de hacerlo, podría desvelar incómodas realidades que, más pronto que tarde, terminan por engordar enemistades; el cuerpo sin vida de Crispín apareció uno de aquellos días entre los enmarañados juncos del riachuelo que bordeaba el pueblo. Lo que para la gente de aquella comarca, comenzando por las interesadas autoridades, fue tan solo el desventurado accidente de un joven que nunca anduvo bien de la mollera; para su maestro, el docto fraile venido de Roma, se trató, sin duda alguna, de un nuevo y despiadado castigo infligido por las imperecederas huestes de la sinrazón contra la más peligrosa locura que ha conocido el ser humano: la del conocimiento.

"La olla" es un relato rebosante de humor, con una buena caracterización de los personajes y descripción perfecta del entorno en que se desarrolla la acción que viene a mostrarnos cómo las cosas no siempre son lo que parecen y que muchas veces, en ámbitos de control social estricto, damos más valor a las habladurías, chismes y bulos -que hoy llamaríamos fake news- que a la realidad.

Tiene un final sorprendente y concluye con una interesante moraleja. Se lee fácilmente, con alegría y satisfacción.

LA OLLA

J. L. Baños Vegas

Concurso Literario "Espigas 2017"

Ocurrió recién entrada la primavera, cuando el florido vigor de los campos renacidos comienza a olvidar el rigor de los fríos pasados y el ancestral espíritu de la meseta parece despertar de nuevo de ese sueño tantas veces premonitorio. Fue entonces, durante una de esas claras mañanas ataviadas con vetustos ropajes de hastío, cuando Agripino, el Bocarrana, descubrió, como si no quiere la cosa, aquel hueco excavado en la esquina recién desmoronada del muro de adobe, y que, por su peculiar forma ovalada, tenía toda la pinta de haber albergado algún objeto de medianas dimensiones.

–No olvides que el adobe puede esconder, entre la tierra y la paja con que están hechas sus deslavadas entrañas, lo mejor y lo peor de cada casa... En esto se parece mucho al corazón de los hombres –sentenció Olegaria, su mujer, instantes después de que Agripino le comentase de pasada tan extraño hallazgo y sin dejar de atizar con el badil la tenue lumbre de la gloria.

El suceso propiamente dicho, que, a decir verdad, no hubiera dado ni para anotar una minúscula reseña en el pródigo y desgastado anecdotario de esa tierra de cereal y silencio, se convirtió, de la noche a la mañana y sin que realmente nadie lo pretendiese, en la comidilla diaria de los pocos vecinos que, a pesar de los cada vez más frecuentes achaques, aún tenían suficientes arrestos como para continuar viviendo en el pueblo; unos hombres y mujeres entrados ya en esa difícil edad donde queda poco más que los recuerdos, y que, como si de una obligada procesión en pos de una sagrada reliquia se tratara, fueron desfilando, uno tras otro, ante aquel pequeño hueco toscamente tallado en el adobe.

–De sobra sabes, Bocarrana, que, en asuntos ajenos, yo nunca he sido muy dado a conjeturar; pero, a veces, la apariencia de las cosas que nos rodean esconde mucho más de lo que en realidad aparenta –manifestó, con la verborrea que le caracterizaba, Virgilio, el Palabro, durante una de esas límpidas y sosegadas tardes en que el sol parecía bajar a plomo desde lo alto de la bóveda celeste para, poco después, volverse más rojo que las tantas veces mentadas en misa por don Tomás, el cura, calderas de Pedro Botero, y acariciar mansamente los campos de labor situados en la linde oeste del pueblo.

–Además, eres tú, y nadie más que tú, quien debe valorar el hecho en sí y tomar cartas en el asunto. No en vano el muro en cuestión perteneció a tu tío abuelo Nicanor, a quien el Gran Hacedor le tenga donde se merezca; que, dicho

sea de paso y sin ánimo de ofender la memoria familiar, no puede ser lugar bueno que digamos, a tenor de lo que ese descastado pariente tuyo fastidió, a lo largo de su larga vida, a todo hijo de vecino que tuvo la mala fortuna de cruzarse en su camino –observó Domitilo, el Pastorón, un hombre larguirucho y esmirriado que, según parecer general, conocía mucho mejor los sentimientos de las ovejas que los de las personas.

No había vecino en el pueblo, a quien las temibles goteras de la memoria aún respetaran, que no recordase con total nitidez la casona que, tiempo atrás, se levantaba majestuosa en el mismo sitio donde ahora solo se veían gruesos muros de adobe medio derruidos, vigas carcomidas por la certera intemperie de los años, tejas rotas en mil pedazos y restos descoloridos y semienterrados de rejas, puertas y ventanas; una casona que fue la envidia de las gentes de esa comarca y que, durante bastante tiempo, solo albergó a Nicanor, el tío abuelo de Agripino.

Por otra parte, entra dentro de lo probable que fuese la soledad que campaba a sus anchas en el interior de la inmensa edificación (que, dicho sea de paso, se acentuó hasta límites imposibles desde el mismo instante en que se produjo la prematura muerte de Eugenia, la abnegada esposa de Nicanor), la que hizo que este deambulase como un fantasma por todas aquellas estancias silentes y vacías, y, por qué no, la que también le convertiría poco tiempo después, sin que a él jamás le importara, en un ser aún más mezquino de lo que ya era de por sí.

Claro que hay que reconocer, sin miedo a equivocarse, que ya durante aquellos lejanos años en que la casona gozaba de todo su esplendor, los vecinos del pueblo se preguntaran, con la contumaz insistencia que suelen ocasionar los arduos asuntos donde hay dineros de por medio, en qué recóndito lugar del vasto edificio guardaría Nicanor los ingentes caudales que, con toda razón, se le suponían; y más sabiendo que los responsables de las contadas cajas de ahorro de la distante ciudad, que tuvieron los redaños de acercarse hasta allí, habían huido como alma que lleva el diablo; eso sí, muy a su pesar y solo después de oír maldecir una y otra vez a Nicanor y de presenciar cómo este empuñaba la vieja escopeta de perdigones con intenciones que, aunque uno no fuera muy ducho en asuntos de caza, no dejaban lugar a la duda.

También es preciso mencionar que, por aquel entonces, la mayoría de los parientes que todavía tenía Nicanor en el pueblo, y de los que nunca había querido saber nada de nada, intentaron aunar esfuerzos y hacer frente común, con el loable propósito de arrancar de la soledad de la casona (y, de paso, meter en vereda) a aquel familiar tan avariento como desarraigado. Pero todas esas encomiables intentonas acabaron en agua de borrajas al presentir Nicanor que

aquel firme acercamiento hacia su persona, que con tanto esmero pretendía su aborrecida parentela, tenía visos de ser más por conveniencia que por querencia.

Por todo ello no es de extrañar que, en aquellos difíciles y lejanos tiempos, comenzase a correr por el pueblo y aledaños la singular habladuría de que las frías y arrugadas paredes del sótano de la casona estaban siendo ahuecadas en ciertas zonas, con el único propósito de esconder en su interior las numerosas ollas repletas de monedas de oro y de plata que había ido acumulando el avariento Nicanor a lo largo de los años; un ímprobo trabajo que, al parecer, este se encargaba de realizar, con la sola ayuda del martillo y el escoplo, durante las muchas noches en que el insomnio le espantaba el sueño.

Este chisme, que, posiblemente, hubiese sido uno más de los muchos que se escuchaban por aquellos parajes de la vieja meseta, se trasformó en trágica leyenda desde el momento mismo en que Eusebito, el joven con más arrojo y menos seso del pueblo, aprovechando una de las esporádicas ausencias de Nicanor, penetró furtivamente en el interior de la casona por el ventano del pajar, con el único propósito de comprobar in situ la existencia de las abundantes riquezas que las gentes suponían allí acumuladas. Que fuese verdad o no lo del oro, la plata o cualquier otro tipo de metal precioso es algo que, entonces, no se pudo comprobar, ya que nadie del pueblo volvió a ver a Eusebito; lo que dio lugar a considerar como certera la lógica sospecha de que el atrevido joven habría sufrido alguna desgracia en el interior de la casona.

Poco después de la misteriosa desaparición de Eusebito, se produjo la repentina defunción del huraño Nicanor, óbito que tiñó el pueblo de un alborozo no bien contenido que se prolongó durante varios días, y que trajo aparejada una enconada lucha por saber quién, de los expectantes parientes del finado, tenía mayor derecho a la herencia. Fue un estirado notario de la ciudad el encargado de aclarar el tema y comunicar a Agripino, el Bocarrana, que había sido él la persona designada por su difunto tío abuelo para hacerse cargo de la casona.

Cuando Agripino, que por aquel entonces era un mocoso que comenzaba a familiarizarse con las labores propias del pastoreo, conoció la noticia, no le faltó tiempo para coger un viejo farol y recorrer, de cabo a rabo, primero todas las estancias de la casona, y luego aquel profundo sótano, que olía a humedad, en busca de las tan anheladas ollas repletas de monedas, con la lógica esperanza de que su localización, además de sacarle de las afiladas garras de la pobreza, le permitiría olvidarse para siempre del penetrante olor de las ovejas y viajar por esos mundos de Dios en busca de aventura. Pero allí dentro solo encontró gigantescas telarañas con solera y un harapiento esqueleto atrapado en un

herrumbroso cepo para cazar raposos, y al que, por sus todavía abundantes y bien conservados cabellos rizados, enseguida asoció con Eusebito, el audaz joven que, años atrás, había tenido el atrevimiento de penetrar en aquella especie de cementerio subterráneo.

Poco después de hacerse cargo de la, entonces para muchos, codiciada herencia, Agripino pensó trasladarse a la casona; pero su madre, viuda desde hacía algún tiempo, no estaba por la labor de cambiar su pequeña morada, repleta de viejos recuerdos y con una buena gloria para no pasar frío en invierno, por aquella enorme y gélida edificación en cuyo seno vaya usted a saber qué sortilegio llegó a realizar en vida Nicanor. Incluso, puestos en lo peor, nadie podría asegurar que el demacrado fantasma del difunto, posiblemente tan perverso como lo fuera su dueño en vida, no se pasease durante las noches de tormenta por aquellos largos pasillos y amplias habitaciones de la casona, provocando, entre otras cosas, el consiguiente canguelo de los nuevos inquilinos.

Decir también que, ni incluso a precio de saldo, nadie de por allí quiso arriesgarse a comprar la casona. Al macabro hallazgo de los restos óseos del joven Eusebito en el cepo del sótano, hubo que sumar las habladurías de que, a veces, se oían extraños ruidos que parecían proceder del interior mismo de los gruesos muros de adobe, todo lo cual fue fundamento suficiente para ahuyentar a posibles compradores. Luego, aquella grandiosa edificación fue dentelleada lentamente por las hambrientas fauces del abandono, y, al fin, devorada sin contemplaciones por el inescrutable paso del tiempo.

Por eso ahora, muchos años después de que ocurriesen aquellos peculiares acontecimientos, Agripino, el Bocarrana, no salía de su asombro al pensar que el hueco con forma ovalada, descubierto por él mismo en el derruido muro, bien pudo haber albergado una de las tan ansiadas ollas llenas de riquezas; pensamiento nada descabellado si tenemos en cuenta que ya habían sido halladas en pueblos cercanos, entre el adobe de casas más humildes que la de su tío abuelo Nicanor, algunas vasijas repletas de valiosas monedas; unos tesoros que, dicho sea de paso, siempre fueron descubiertos por casualidad después de fallecer de repente la persona que con tanto ahínco allí las había escondido, y que sin duda alguna nunca se fió de la palabrería de los responsables de bancos ni de cajas de ahorro.

«Claro que si esta conjetura fuese acertada, pensó Agripino, eso significaría, como bien opinan el Palabro y el Pastorón, que algún vecino del pueblo pudo haber encontrado la supuesta olla y luego apropiarse ilícitamente de su contenido.» Esta idea, que fue corroyéndole las entrañas con un ritmo machacón, dio pie a que el Bocarrana vigilase cualquier atisbo de opulencia en los vecinos del pueblo, y,

poco tiempo después, fuese hasta el puesto más próximo de la Guardia Civil para interponer la correspondiente denuncia.

La pareja de la Benemérita encargada de investigar los hechos, tras inspeccionar meticulosamente el ovalado hueco practicado en el adobe, levantó el correspondiente atestado y aconsejó al atribulado Agripino que no se hiciese falsas ilusiones y que se armara de paciencia hasta, al menos, conocer los datos arrojados por unas pesquisas que, en principio, se presentaban peliagudas.

Pero como las cosas de palacio suelen ir despacio, el calendario del tiempo fue pasando sin anotar en ninguna de sus deslucidas páginas noticia relevante alguna acerca del misterio de la citada olla; y, al fin, la eficiente autoridad, siempre tan desprendida cuando se trata de asuntos que llevan aparejados dineros ajenos, acordó archivar las diligencias y dar por cerrado el caso.

Tiempo después de estos sucedidos, cuando el aguzado y certero estilete de la enfermedad comenzó a horadar las flácidas carnes de Agripino, el Bocarrana, y no tardaría demasiado en darle la puntilla, alguien que estaba de paso por el pueblo propagó entre los vecinos el chismorreo de que Nicanor, el tío abuelo de Agripino, aún era recordado en los lupanares y casas de juego de la lejana capital por haber dilapidado su inmensa fortuna en todo tipo de apuestas y en complacer a no pocas mujeres de vida disoluta; algo que, a decir verdad, echaba por tierra toda esperanza de Agripino por encontrar, de una vez por todas, la olla de sus desvelos.

Quien me contó esta historia –un viejo del lugar que había recorrido mundo–, también me dijo que el pasado es lo único que tiene futuro y que cuando Tierra de Campos renuncie a todo lo que realmente es: paz, tranquilidad, sobriedad, espacio para la humildad, para el esfuerzo, para el recogimiento, para el recuerdo… perderá lo que conforma su espíritu. Este hombre centenario también me mostró, a la vez que en su rostro se bosquejaba una enigmática sonrisa, una carcomida olla de barro en cuya superficie alguien había escrito de manera ruda: "Vale por una vida llena de aventura y carente del penetrante olor de las ovejas".

"Noche de estrellas sobre la hermita" Santiago Fernández Fernández
Primer Premio Concurso fotografía Espigas 2019

CONCURSO LITERARIO
“ESPIGAS 2019”

Relatos

"Pirámide deconstruida" David Pérez Sánchez
Segundo Premio Concurso fotografía Espigas 2019

Se cuenta una historia que toma como base el amor. Un amor adolescente, no correspondido, que se mantiene vivo a lo largo de toda la vida del protagonista.

Relato ágil, escrito en tercera persona; intenso, con narración fluida a través de la que la historia va cobrando sentido, con descripciones precisas que lo ubican en el mundo rural. Trasmite sentimientos profundamente arraigados en los personajes a los que dota de valores a la vez universales e identificativos de nuestra idiosincrasia. Lenguaje rico en recursos estilísticos que dan belleza al texto junto con un vocabulario variado y palabras, ya casi olvidadas, que aún resuenan en nuestros oídos.

LA NOCHE Y SU PENUMBRA

José Agustín Blanco Redondo

Primer Premio relatos - Concurso Literario "Espigas 2019"

"...cuando una persona entra en uno,
se hace indispensable y no es fácil olvidarla"
Miguel Delibes

Ginés aparentaba más edad de la que tenía. Sus ojos apenas asomaban de las cuencas, diminutos, como avergonzados, confiriendo a su mirada una extraña cualidad porcina. Y su frente, un plantío de diviesos que parecía palpitar cuando se tensaba la vena que, partiendo del entrecejo, ascendía hacia lo más despejado del cráneo. Pero lo que en realidad le hacía más viejo era su boca, un solar de encías sonrosadas, una preocupante ausencia de incisivos, los dos caninos suplantados por prótesis de oro que dotaban a su sonrisa de un carácter tal vez burlesco, como un payaso adecentado para su labor de arrancar carcajadas a los niños. De las mejillas partían colgajos de papada que ocultaban los ángulos de la mandíbula y convertían el cuello en una especulación perfilada por aquella coraza adiposa. Sin embargo, pese a su peculiar apariencia, bajo aquella arrugada camisa gris que compró hacía décadas -cuando aún lucía blanca, planchada sobre la percha de la sastrería-, latía un corazón honesto, sí, su corazón latía, de ordinario, con la misma cadencia de la generosidad, de la templanza, de la determinación por convertir el mundo en un lugar algo más amable.

Solo hubo algo que le inquietó durante años, que estremeció sus coyunturas en un rielar amargo, que, a menudo, le tensó aquella vena que acudía desde el entrecejo hasta lo más despejado del cráneo. Algo que, de joven, hizo palpitar con un frío extraño aquel plantío de diviesos que medraba en su frente: el paseo matutino y cotidiano del Ambrosio y la Isabel por la carretera que unía San Martín de Valderaduey con Villárdiga. La Isabel fue su amor de adolescencia, un amor platónico, alejado, como todos esos amores que solo se prodigan en los sueños, de miradas mutuas, confidencias y labios entreabiertos. La Isabel se convirtió en su inspiración durante las largas noches que pasaba en la majada al cargo del hato de ovejas de su padre. Su inspiración y esa fuerza de voluntad que le impulsaba durante el trabajo, en el pastoreo de los animales por liegos y rastrojeras, en los ordeños del alba y del atardecer, en aquellas madrugadas de insomnio atendiendo los partos, ahijando a los corderos, atento siempre a los arrimos hambrientos de los lobos.

Por eso jamás pudo entender que el Ambrosio, su amigo de la infancia, su

cómplice en el arte de saquear los nidos de las torcaces y las urracas, su compañero en la habilidosa caza de los lagartos con un gancho de hierro tras hacerlos salir de sus cubiles, su compinche en sus andanzas nocturnas por las riberas del río Valderaduey, hubiera sido capaz de hurtarle el amor de la Isabel, una tarde, cuando descubrió lo furtivo de su romance tras las tapias del cementerio de Villárdiga, aquellos abrazos, aquellos besos ahogados, aquel rumor de telas baratas de pana y de franela al rozarse, aquella mirada, la última mirada que, estaba seguro, cruzaría con el Ambrosio a partir de ese momento.

No halló consuelo para esa traición. No encontró mejor manera de exclaustrar la amargura de sus entrañas que ofrecerse al trabajo sin dar cuartel al resuello, al descanso, mortificando sus carnes y su mente con aquellas interminables jornadas pastoreando las ovejas de su padre por vaguadas, yermos y rastrojos. A menudo dormía al raso junto al Regato de las Fuentes, o en los parajes que conducían al Teso Polanco, o junto al camino de Las Liebres, o por entre el negrear de encinas del Monte Coto. Ginés dejó de creer en la amistad, y en el amor, y en la generosidad, y ya no participó junto a sus amigos en esas juergas y alardes con que los muchachos de su quinta pretendían cimentar su masculinidad, semanas antes de que lo enviaran a África, que ni para el sorteo había tenido suerte, año y medio exiliado en una batería a orillas del mar, no sabía cuál, creía que era el Mediterráneo, pero también podía ser ese otro mar, el océano Atlántico, que el estar destinado en la linde, en la medianería entre ambas masas de agua, en las esquilmadas solanas del Estrecho de Gibraltar, era lo que tenía, la indefinición de la propiedad de las olas de espuma y sal y de aquellas playas que no eran sino canteras atestadas de guijarros, soledad y algas putrefactas. Aprendió la distancia exacta ente Ceuta y Algeciras, veintinueve kilómetros y trescientos cuarenta metros de travesía en barco, en el transbordador "Virgen de África" que lo trasladó con su petate solo dos veces durante esos dieciocho meses. Todo aquel tiempo lo invirtió en vigilar los trajines de pesqueros y mercantes por el Estrecho. Cuando regresó al pueblo, a principios de los años cincuenta, Ginés era un hombre distinto. Se hizo cargo del hato de su padre y compró, al contado, con sus jornales de soldado ahorrados íntegramente, un rebaño de cuarenta ovejas de ordeño. Y trabajó. Trabajó sin descanso. Sin sonreír jamás, para no mostrar a nadie sus encías huérfanas de incisivos. Y compró más ovejas. Y levantó una majada nueva de piedras mampuestas y adobes, y cercó de alambres un redil de fanega y media para evitar el arrimo de los lobos, y contrató a un zagal, y luego a otro más, y con la venta de los corderos y de la leche compró más ovejas, y más tierras en el paraje de la Zambriana, y en el de Mangada, y en el del Altardero, y en el de Barrial de Rey, y restauró la vieja casa familiar de Villárdiga, y dobló las estancias hacia arriba, y amplió el sobrado, y las cuadras, y adquirió las casas aledañas, y, en vez

de vender la leche, edificó una quesería con su entremiso y su cuba de cuajar, y compró una bodega para madurar bajo tierra los quesos en verano, y ahora él era quien compraba la leche a los pastores de Villalpando, y de Cañizo, y de Tapioles, y de Quintanilla del Monte para elaborar su propio queso puro de oveja, y, al cabo de doce años, se podía ya codear con los dos grandes hacendados de la comarca en aquella penumbra de la taberna atravesada por el humo de puros habanos y por aromas selectos a tintos de Toro y de la Ribera del Duero, y a blancos de Rueda, y a brandy de Jerez.

La Isabel no tuvo suerte. El Ambrosio sucumbió muy temprano, en cuanto ella dio a luz a su primer hijo, a los efluvios del aguardiente y de las cartas. A los veinticinco años de casarse, la mujer podía considerarse la viuda más joven entre las viudas del pueblo, aunque todavía los huesos del Ambrosio no reposaran en lo hondo de una sepultura.

.....

Anochece. Un frío cortado a bisel desciende desde Villamayor de Campos, desde Castroverde de Campos, siguiendo quizá el cauce del Valderaduey, a empellones, marcando con sus aristas los adobes de las casas, la corteza de las encinas, lo curvado de las tejas, la piel de los que, a esas horas, aún permanecen bajo el lienzo de la intemperie. Los ojos diminutos, como avergonzados de Ginés tropiezan con aquel bulto negro que se aplasta contra la puerta de la taberna. El plantío de diviesos que fertiliza su frente comienza a palpitar al tensarse la vena que discurre desde el entrecejo a lo más despejado del cráneo. Sabe que es él, el Ambrosio, y que el aguardiente trasegado durante horas ha trasminado su cerebro, sus carnes desmarridas y su voluntad, una vez más. Ginés se acaricia el mentón, es decir, el perfil de la papada que atrapa con deleite el mentón, y los bordes de las quijadas, y el lugar que debía ocupar su cuello. Sabe que juró no volver a cruzar su mirada con la del Ambrosio, pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora es un hombre rico, respetado, un hombre que alimenta con su hacienda a varias familias de pastores, renteros y gañanes. Y aunque viste la misma camisa arrugada que compró hace décadas, el abrigo de cuero de novillo utrero es nuevo, como nuevas son sus botas de piel curtida, y nuevos son los dos caninos de oro macizo que apuntalan la ausencia de incisivos y que le ablandan la sonrisa en una mueca extraña, tal vez burlesca. Ahora es un hombre distinto y en su interior no hay albergue para el odio, ni para heridas viejas, ni para resentimientos. El tiempo lo barre todo, como una lluvia cadenciosa que no arrastra piedras, ni barro, ni abre barrancos de lodo en el alma, sino que la humedece, despacio, con ese ansiado aroma a tierra mojada, permitiendo que los

"Del otro lado"

sentimientos, los buenos sentimientos, germinen para tapizar de hierba fresca los adustos solares del recuerdo.

Ginés ayuda al Ambrosio a ponerse en pie. Sabe que no aguantará esta noche al sereno, sabe que los hielos del invierno se agazapan en silencio por las umbrías de las calles, sabe que no aguantará vestido solo con aquellos harapos negros que apenas le cubren el pecho. Apoya su brazo en el hombro y le obliga a caminar, pero el Ambrosio no quiere hacerlo, se deja arrastrar, las piernas muertas, la cabeza vencida, una retahíla de palabras balbucientes, déjame en paz, quiero dormir, vete al diablo de una puñetera vez... Su antiguo amigo no le ha reconocido, porque una niebla de brea, espesa, adherente, vela su conciencia. Ginés arrastra aquel cuerpo durante trescientos metros, pasa por delante de la casa del Ambrosio y, para no despertar a la Isabel, cruza la calle, abre la puerta de su propia cuadra y extiende el cuerpo del hombre sobre un lecho de paja seca, junto a los dornajos de avena, las cabeceras, las albardas y los sacos de arpillera, al calor de las mulas y de "Atrevida" su yegua más noble. Cubre luego su cuerpo con una manta y deja que duerma, que duerma y que descanse, ya verá mañana lo que hace con él.

.....

Ambrosio coge la horca y comienza a apilar el estiércol de las mulas en la carretilla. Termina tarde, pero cuando lo hace, baldea agua sobre las piedras que enlosan la cuadra. Mañana cavará la huerta, y cepillará el pelaje castaño de los animales, y llevará el estiércol al basurero para que madure, y, quizá, le quede aún tiempo para vendimiar las uvas de la parra que retuerce sus sarmientos sobre los alambres, frente al dintel de la puerta, que ya es septiembre y entre las avispas y los pájaros no va a quedar ni una uva sana. El hombre acaricia la curva de la quijada de "Atrevida", la mejor yegua de su patrón. Luego se lava las manos en la pila, se ajusta la gorra y se despide del mayoral. Isabel espera a la puerta de casa, sentada sobre una silla de enea, mirando con ojos soñadores cómo la luna llena se vela de un halo translúcido mientras unas nubes apresuradas se interponen entre su mirada y aquella luz mágica. El Ambrosio no ha vuelto a barajar las cartas. Tampoco ha vuelto a probar el aguardiente. Ahora solo bebe agua de la fuente, agua recia, helada, arrancada cada día de sus recintos telúricos. Agua como la que comienza a caer, de súbito, con esa urgencia que lo desbarata todo, que se apodera de la penumbra de la noche con un afán totalitario, los tejados, las calles, los corrales y las fachadas de las casas, las parras, las rastrojeras y los pastos, la majada y el redil de fanega y media; en el pueblo lo saben, se barrunta el agua cuando la luna se ciñe de ese cerco refulgente que lleva allí desde ayer, nunca falla, ha sido así

desde siempre. El cortejo de truenos y relámpagos se entrevera con el bochorno que tiembla en el aire saturado de humedad. Hace calor y la Isabel, desde la puerta de casa, apremia al Ambrosio para que se apresure en cruzar la calle, corre, que estás empapado, vaya nochecita, y el hombre galopa hacia la casa, y al rato viene su hijo, también a la carrera, sí, su hijo Fausto, que acaba de encontrar trabajo en la quesería de Ginés, cargar las cántaras, filtrar la leche, cuajarla en la cuba, desuerar aquella masa elástica, albariza, moldear y ceñir los laterales con las cinchas de esparto y presionarlos sobre el entremiso, sumergir al día siguiente los quesos en salmuera, curarlos sobre soportes de madera, bajarlos a la cueva si el calor del estío aprieta, cocer el suero para alumbrar los pedazos de requesón, labrarse un oficio, un futuro, una seguridad para el día de mañana, que hace ya tres años que tiene novia y quizá se casen para la primavera frente al retablo que el renacimiento pergeñó en la Iglesia de Santa María del Realengo, en su pueblo, en Villárdiga.

Ginés aparta los visillos de la ventana de la cocina. Teme las tormentas de pedrisco, pero le gusta ver llover, contemplar cómo el agua que nace de lo alto se precipita sobre sus tierras, cómo las trasmina nutriendo las raíces de las encinas del camino de San Pedro, al naciente del caserío de Villárdiga, empapando los pastos y las labranzas que pronto recibirán la simiente del candeal. No puede dejar de ver la urgencia del Ambrosio por llegar a casa, ni la apresurada llegada de su hijo Fausto, ni el rostro esmaltado de felicidad de la Isabel recibiendo a los dos hombres. El agua de lluvia golpea los cristales de la ventana. Un perro ladra en algún corral de las afueras. Los charcos se estiran en regajos turbios sobre la tierra, regajos que encuentran lejos, por el naciente, la querencia del Regato de la Ermita, antes de su confluencia con el de las Fuentes. Una salamanquesa emerge sobre el adobe de las tapias. El viento del norte barre las calles, en su afán por deshacerse del bochorno que aún tiembla frente a las casas. Y es como si la vida, cansada de permanecer oculta, reprimida tras el peso del tiempo, palpitara indómita bajo los aleros de las casas, por sobre el olor a tierra mojada de los pastos y de las eras, en ese anhelo que se posa en las entrañas de las gentes, del Ambrosio, de la Isabel, de su hijo Fausto. De Ginés. Una vida inédita, ansiosa por brotar y manifestarse en cuanto la lluvia cese. En cuanto la lluvia cese.

Los ojos diminutos, como avergonzados de Ginés tropiezan en la penumbra de la noche con la mirada de la Isabel, y, durante un instante, durante ese mismo instante en que un relámpago ilumina de blanco el gris áspero de las fachadas, el hombre cree contemplar un destello sutil, esgrafiado en lo más hondo de sus pupilas, Ginés, de verdad, no sabes cuánto te lo agradezco.

“Luces del atardecer”

Relato lleno de añoranza, nostalgia y anhelo de la protagonista por llegar y por permanecer en el pueblo para pasar el mejor verano de su vida. Al mismo tiempo, es una reivindicación por lo propio, lo genuino, lo que nos identifica. Una llamada angustiosa y un grito suplicante y enérgico para poner en valor la parte que nos queda de la "España vacía o vaciada", que nos lleva a mundos desaparecidos, pero no olvidados, desde la descripción de una situación real y concreta como el desmantelamiento de la línea férrea Ruta de la Plata.

Es una exaltación comprometida y vehemente de la infancia y la vida en nuestros pueblos, con un lenguaje preciso identificativo de una realidad vivida y añorada.

"De las lagunas camino a la Vía Láctea" Jesús Domínguez García
Tercer Premio Concurso Fotografía Espigas 2019

EL MEJOR VERANO DE MI VIDA

José Carlos Iglesias Dorado

Segundo Premio relatos - Concurso Literario"Espigas 2019"

Dedicado a Zulema por viajar hasta la añoranza,
y a Ludy por aferrarse a la tierra que la vio nacer:
Granja de Moreruela.

Estación del Norte. Madrid. Verano de 1969.

Apenas he podido pegar ojo en toda la noche. Y eso que tocaba madrugar. Pero la madrugada de hoy era especial, pues llevaba esperándola con ansiedad todo el año. Cuando mis padres -que me han acompañado desde nuestro piso en Carabanchel hasta la estación de Aluche, y de allí hasta la de Príncipe Pío-, me han dado un beso y me han vuelto a recordar que me portara bien, he notado un poco de pena porque me tiraré más de un mes sin verlos. Después, al montar en el semi-directo Madrid - Salamanca, me he sentido la persona más feliz y dichosa del mundo, y mientras ellos esperaban en el andén, he abierto la ventanilla de mi compartimento y desde allí me he despedido agitando la mano como si marchara a un lugar donde las despedidas no existieran.

Al poco, el tren ha partido, y me he ido alejando lentamente de la ciudad, enormes edificios y avenidas con gente pululando a todas horas por ellas, rutinarias señales de aburrimiento en sus caras, vidas normales que deambulan ajenas a todos los trenes que entran y salen.

El revisor ha pasado pronto a picar mi billete y al ver que viajaba sola me ha sonreído, como diciendo que lo comprendía, que él también vino a Madrid de un pueblo, como tantos otros, y que en cuanto pueda también se marchará a pasar las vacaciones al lugar donde nació. Cuando ha cerrado la puerta he aprovechado para volver a leer algunos trozos de las cartas de mis amigas del pueblo: Amelia, Isabel, Dorita… pero al cabo de unos minutos mis ojos se han ido cerrando poco a poco, en parte por el desvelo, en parte por entretener a la impaciencia y llevarla a ese territorio de sueños de lo que me está esperando. Cuando me he querido dar cuenta estábamos llegando a Ávila, otra plaza fría y amurallada, como Zamora, con ese encanto provinciano de las ciudades pequeñas y de los mercados concurridos.

Por fin, al salir de Ávila, mis ojos se han cerrado y he podido dar una cabezada hasta que me he despertado en la estación de Salamanca, donde hemos hecho trasbordo. Tres cuartos de hora en los que he tenido tiempo de comer el bocadillo que me había preparado mi madre. Mientras masticaba la tortilla de patatas he reparado

en las típicas escenas de andén: las jaulas con los pollos apiladas para ser cargadas en un mercancías, las maletas alineadas al lado de las familias despidiéndose, la pareja de la guardia civil vigilando posibles sospechosos... He pensado que todas las estaciones de tren son un catálogo de despedidas y encuentros, de besos y lágrimas, de holas y adioses, de pañuelos agitados y de olor a carbonilla, a pueblo que comienza un nuevo día, hasta de fugitivos que huyen de sí mismos...

Una vez hemos salido, en dirección Astorga, al pasar por el parque de la Alamedilla, mi cuerpo ha empezado a vibrar, señal de que el pueblo está cada vez más cerca. He dedicado el resto del viaje en el lento ferrobús a ir mirando por la ventanilla las estaciones, deseando que la siguiente fuera la mía. Pero antes de llegar a mi pueblo existen otros pequeños pueblos donde el tren va parando religiosamente mientras suben y bajan personas a las que no conozco de nada pero que en el fondo me resultan igual de familiares. Caras curtidas por el sol y el viento que revelan un mapa de trabajos y dureza, mujeres con pañuelos negros atados a la cabeza, hombres tocados con sombreros de paja o boinas, por todas partes fiambreras, cachabas, abanicos, y hasta cuentas de rosario.

Hemos parado en pequeñas estaciones con nombres muy diferentes a los de Madrid, por aquí no abundan los generales victoriosos, los ministros, presidentes, artistas y excelsas personalidades: Valdunciel-Cardeñosa, Cubo del Vino, Corrales del Vino, Perdigón, Cubillos, Moreruela de los Infanzones, Piedrahita, Manganeses de la Lampreana... La mies en todo su esplendor, amarilla y espigada, esperando a ser recolectada un año más, a base de hoz, trillo y sudor.

En Zamora capital, al pasar por el puente del Duero, he tenido tiempo para recordar a una de las profesoras de este año, Luisa, así, sin doña ni nada, la cual nos ha hablado mucho de la inminente llegada del hombre a la Luna un día de estos. Dice que el progreso es imperioso, pero yo estoy segura de que en Granja de Moreruela lo que realmente les interesa es que no venga ninguna granizada y les estropee la cosecha. Para la gente de los pueblos de Zamora el progreso es continuar con su día a día, y que no les mareen con astronautas ni alunizajes, que bastante tienen con trabajar de sol a sol.

A mí, lo que me importa ahora mismo es encontrarme con mis amigas, que seguro que están esperando impacientes mi llegada. Poco a poco nos iremos juntando de nuevo; unas, las que salimos del pueblo, regresando a cuentagotas; otras, las que allí se quedaron, contando los días para que todo vuelva a ser como el verano pasado. ¡Cuántas ganas de llegar y qué poco corre este maldito ferrobús!

Me esperan días de besos en la frente, de cuánto has crecido maja, de cómete esas lentejas que tienen mucho hierro. Mañanas en las que nadie me llamará para

que me levante al desayuno, tardes de risas y meriendas en el parque, noches de secretos contados al oído, días de libertad. Me esperan tazones de leche pura de vaca ordeñada por el abuelo y untada en pan de hogaza con mantequilla, hecho por las manos de la abuela. Me esperan domingos de misa por la mañana, de lazos en el pelo y agua de lavanda esparcida por el cuello. Me esperan escapadas en secreto hasta el Monasterio de Santa María. Me esperan cansinos interrogatorios en los corrillos a la fresca, de las tías o las vecinas que se interesan por cómo se vive en Madrid, para al final terminar reconociendo todas que como en el pueblo en ninguna parte.

Y ante esas esperas, mi corazón ha empezado a palpitar cada vez con más fuerza. Sabe que la siguiente parada es la mía. Quiere salirse del pecho y echar a correr, más rápido que el tren, hasta llegar a la estación de destino, la Tabla, por mucho que en el letrero del andén rece Granja de Moreruela-Villafáfila. Cojo aire, y a pesar de que es imposible abrir la ventanilla de este cochambroso ferrobús, siento como si ya estuviera respirando un aire nuevo, diferente, puro. Un aire de pueblo. No puedo sentirme más feliz de lo que ahora me siento. Son la cinco de la tarde y el ferrobús se ha detenido en la estación. Han sido ocho largas horas de viaje. Cuando por fin veo en el andén al abuelo Ambrosio, con su pitillo colgando y el carro con la mula apareada en el muelle de carga, me pongo pispoleta porque sé que estoy de nuevo en casa, dispuesta a disfrutar del mejor verano de mi vida.

La Tabla. Estación Granja de Moreruela-Villafáfila. Zamora. Verano de 2019.

Han pasado cincuenta años y aún sigo aquí, feliz y dichosa de estar en mi pueblo. No se puede desear mejor vida. Por eso esta mañana me he acercado a la Tabla. Algo hay que hacer para combatir el tedio del verano, aunque sea apelando a la melancolía. Desde que he montado en el coche sabía que un trozo de nostalgia se removería dentro de mis entrañas cuando llegara al cruce de la carretera con Villafáfila y, después de girar a la derecha, me diera de bruces con el poblado. O con sus despojos, para ser más exactos. Porque eso es lo que queda de aquel lugar a donde llegaba de joven desde Madrid. Más de treinta años de olvido y abandono dejan cicatrices no solo en el paisaje, también en el alma.

Aunque, cuando llevas algo tan dentro, cuando tus raíces están tan aferradas a la tierra, es imposible que te arranquen por completo eso que quieres. Yo, desde la capital de España, el lugar donde se toman las decisiones importantes para el resto de ciudadanos, fui siguiendo a su debido tiempo todo lo relacionado con mi querido terruño. Era una especie de zamorana en el exilio que no quería perder esos lazos tan fuertes que aún me ataban al pueblo y a los recuerdos de niñez y adolescencia.

"Colores de San Roque"

La única patria por la que merece la pena atrasar el reloj del tiempo.

En aquellos años aún no existían ni internet ni las redes sociales, por lo que si quería estar al tanto de lo que pasaba tenía que telefonear a la centralita de Elvira y que Eudosio, su marido, fuera en busca de mi tía Ludy. Así fue como a principios de los ochenta se empezó a hablar de reestructuraciones. Una palabra que poco después daría paso a otra menos amable: cierre de líneas ferroviarias. Entre ellas la Palazuelo-Astorga, la famosa Vía de la Plata. Después del cierre vino el desmantelamiento, el acabose como dicen por aquí. Todas las gentes de estos pueblos perdieron definitivamente el tren, el único medio de transporte que tenían para ir a trabajar a Zamora, a comprar a Benavente, a estudiar a Salamanca. Y el pueblo se fue vaciando poco a poco. Sin hacer ruido.

Yo seguí viniendo todos los años, viendo como los abuelos y la familia del pueblo aguantaba estoicamente su destino. Me eché novio en Madrid, termine la carrera de magisterio, encontré trabajo, nos casamos, tuvimos dos hijas. Los veranos para mi eran innegociables, yo quería seguir siendo aquella niña que dormía las siestas en el desván y que respiraba el olor a jazmín del patio de la casa de los abuelos. Hasta que los abuelos nos dejaron, y el aroma se fue con ellos y la casa quedó vacía unos años. Después la arreglamos con la determinación de pasar en ella todos los veranos que quedaran.

Aún recuerdo aquellas manifestaciones de principios de 1985 para que no se cerrara la línea, y como la gente del pueblo de al lado, Manganeses, sacó a relucir el espíritu de Viriato, llegando incluso a cortar la línea y a quemar una caseta. A mi abuela le bastó para volver a su crónico escepticismo rural. Estos, decía refiriéndose a los políticos, cuando están en el redil, mucho balar, pero en cuanto entran al pesebre no dicen ni mú, será que el cargo confunde a toda esta jeripundia.

Ella también siguió contando, de vez en cuando, que eso de que el hombre había llegado a la Luna era un cuento chino. Creo que en el fondo se olía todo esto, y por eso se tomó la vida con tanta cachaza y sin perder nunca el humor. Pero qué ilusos éramos los jóvenes, pero qué inocente era la gente del pueblo. Al final cerraron la estación de la Tabla, primero para los pasajeros, poco después para el tráfico de mercancías. Y los raíles empezaron a acumular maleza y cardos, óxido y desolación. Y las viviendas de adobe empezaron a caerse, y las familias a marcharse. La escuela, que antaño había tenido cerca de veinte alumnos, echó la tranca y santas pascuas. Ni mi abuela hubiera podido expresarlo mejor, aunque la orden viniera firmada por el ministro Barón, y publicada en no sé qué boletín de no sé qué ministerio.

Ahora a todo esto lo han dado en llamar la España vaciada, que consiste en dejar a los pueblos aislados, calladitos, que se vayan extinguiendo poco a poco. Ya no

suena el pitido de un tren al pasar, ya no se oyen los gritos de los niños al salir de clase de doña Inés, ya no cantan las mozas al coger el trébole, el trébol de San Juan, ya ha dejado de escucharse la voz ronca del abuelo Ambrosio arreando a la mula. Ya se calló para siempre aquella primera televisión en blanco y negro del Cle-bis. La cancamurria acecha a estos pueblos. Ya dejó de manar la fuente donde iban las mujeres a lavar la ropa con su lavadero y su banquilla.

Esto hace siglos era la ruta de la Plata, y la plata se la llevaron o quedó sumergida en alguno de los embalses, en el fondo de algún océano… Al final lo que ha quedado de todo es un raíl herrumbroso, si acaso, que en muchos sitios ni eso. Pero lo que no lograron arrancar ni desmantelar son los recuerdos, la añoranza de aquellos años, de aquellos veranos maravillosos donde todo era vida y libertad, donde todo era posible.

He recorrido los alrededores de la Tabla acompañada de los ladridos de un perro. Un hombre ha salido del edificio de la estación a observar qué pasa, después ha vuelto a entrar. La poca gente que se ve o se intuye por aquí tiene un sentido diferente de la hospitalidad. Estamos en el siglo XXI y ahora se tardan menos de tres horas en llegar al pueblo desde Madrid. Si montas en el AVE en la estación de Atocha te puede llevar en pocas horas a la otra punta del país. Las grandes ciudades están rodeadas de autovías por donde circulan potentes vehículos que cuando viajan siempre pasan de largo, como si la vida fuera tan importante como para no perderla contemplando un pueblín perdido en lontananza. Hoy mismo yo, sin ir más lejos, y en cuestión de minutos, he viajado al otro hemisferio de mi corazón. La sístole y la diástole se han encontrado en una estación abandonada. Las heridas de la soledad están presentes por todas partes. El silo lleva años cerrado, las naves acumulan gallinaza, las casillas a duras penas resisten los embates del tiempo. Lo único que parece soportar con cierta dignidad todo este desamparo es una vieja construcción que se ve al fondo, un palomar cuadrangular sin pichones en su interior.

Alrededor de la Tabla el tiempo parece no querer fluir, es como si escuchara antiguas voces. Son las voces de mis amigas: Amelia, Isabel, Dorita, quieren quedar conmigo para esta noche, quieren hacer una escapada nocturna hasta el monasterio, iluminado por una inmensa Luna llena, y contarme todo lo que ha pasado en estos años.

Después me he quedado esperando un rato, como si de repente llegara el abuelo Ambrosio con su carro y su mula y su cigarro de picadura entre los labios y me diera uno de aquellos besos que olían a tabaco y a leche y me dijera: ¡Vamos niña monta, que te espera el mejor verano de tu vida! Y me he dejado llevar por su presencia, por mi añoranza.

"Ansares en las lagunas"

Un mundo está desapareciendo. Se nos manifiesta a través de un oficio también en retroceso, el de herrero. Los detalles alrededor del tema también son importantes: la enfermedad y la soledad.

Se valora el sacrificio en el trabajo y se hacen palpables las penurias que los habitantes de nuestros pueblos tuvieron que pasar para sacar adelante a sus familias en un contexto precario de subsistencia, con la unión familiar y el cariño como asidero que les permitió salir adelante.

Con un rico vocabulario, una excelente adjetivación, bellas comparaciones y un texto muy poético, el lenguaje fluye y nos lleva al final con facilidad por un camino de emociones, añoranzas y anhelos.

"Palacio de palomas" Casto Lozano Nogales
Tercer Premio Concurso Fotografía Espigas 2016

EL ÚLTIMO HERRERO

Dalmiro Gavilán Santos

Tercer Premio relatos - Concurso Literario"Espigas 2019"

Su mujer había alumbrado seis hijos: un varón y cinco hembras. Para su desgracia, pensó. Su hijo sería el único que le ayudaría en su oficio, herrero. A todos los quería por igual, decía, pero el joven era su ojito derecho.

Nunca fue a la escuela. No entendía de letras. Aprendió a garabatear su nombre para no ser analfabeto y firmar con el dedo. Era lo único que sabía escribir. En cuando a los números, aunque no era un hacha, se defendía.

Oyó el canto del gallo al despuntar la nublada mañana primaveral. El carro del molinero pasó con caminar cansino haciendo chirriar el hierro de las ruedas sobre los cantos de la calle. Recordó el encargo del carretero. Dos pares de aros. Se levantó sin hacer ruido. Se acercó al cuarto contiguo y allí estaban sus cinco ángeles: las tres mayores acostadas en la cabecera y las dos pequeñas a los pies. Descansaban sobre un humilde colchón de hojas de maíz. En el escaño de la cocina dormía su retoño. Le tocó el hombro y le indicó que se levantara. Se hizo el remolón arrebujándose con la pequeña y tosca manta de lana virgen.

La lumbre aún no se había consumido. Al espabilar las brasas, un diminuto penacho de humo buscó la salida natural.

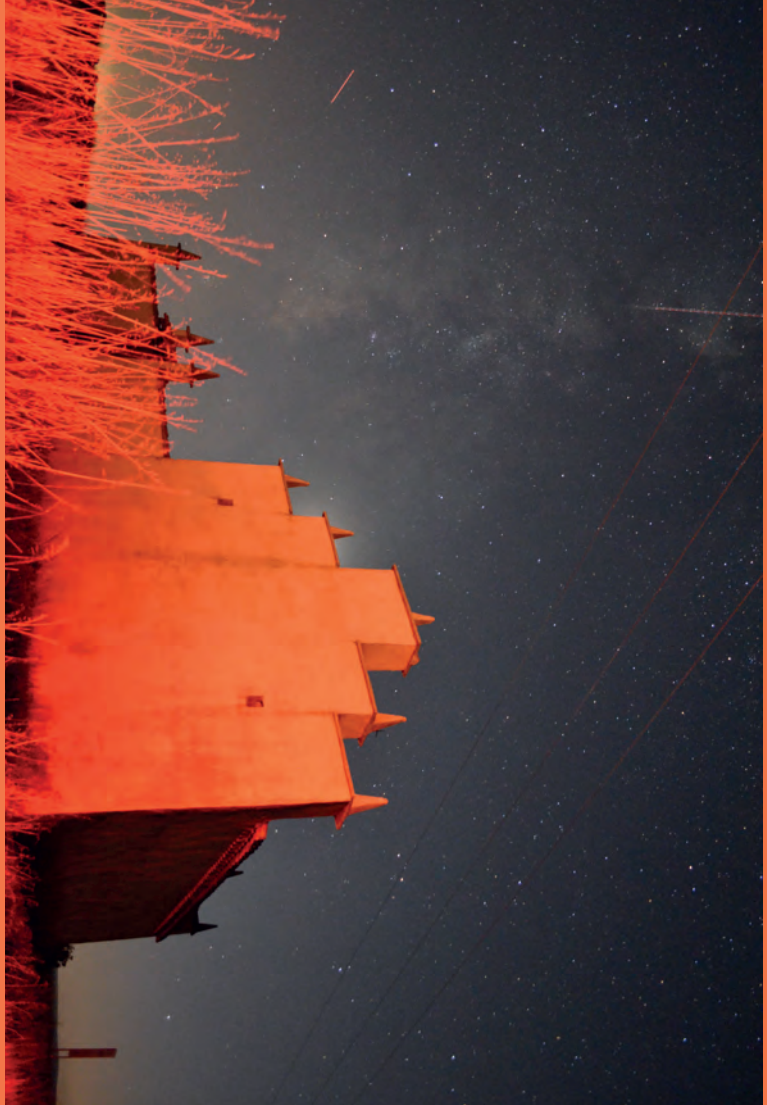
Extrajo de la alacena una botella con aguardiente. Se la llevó a la boca e ingirió un pequeño sorbo. El líquido resbaló por su garganta describiendo un profundo sendero de fuego hacia el estómago. Se la alargó a su hijo, ya sentado y con los ojos aún cargados de sueño. No desdeñó la invitación. Después compartieron una onza de chocolate de hacer. Era el desayuno.

En la fragua colocó unas pequeñas astillas de madera en el fogón y les arrimó una badila de carbón. Mientras manejaba el espetón con la derecha, con la izquierda tiró suavemente del gran fuelle. El oxígeno dio vida al fuego.

Cuatro pesadas barras de hierro, poco más de cinco metros de largo por unos tres centímetros de grosor, descansaban amenazantes en el suelo, al lado de la bigornia. El calor del carbón, el martillo del herrero y el ingenio del hombre tenían que conseguir darles formas. El reto era transformar lo inútil en útil, la línea recta, en un círculo perfecto con un diámetro exacto de 1,6 metros.

Calentaban, golpeaban y doblaban. Una y otra vez. El hierro en sus manos se volvía dúctil y blando como masa de pan. Una vez realizado el primer aro, tenían ante ellos el reto más importante, cerrar el círculo, unir los dos extremos. Gruesas

“Bajo el cielo”



gotas de sudor surcaban su frente. Al intentar retirarlas con el torso de la mano, regueros negros perlaban su cara como pintura de guerra.

Los conocimientos acumulados por generaciones de herreros tenía que ponerlos ahora en práctica. Hizo un volcán generoso de carbón en el centro del hogar e introdujo las dos puntas. Mientras el fuego calentaba impenitente el hierro aprovecharon para refrescarse. Del incandescente material comenzaron a surgir, al poco, abundantes y diminutas chispas. Se estaba oxidando. Tomó un puñado de una especie de pasta que tenía en una mugrienta caja de madera junto a las escorias y lo lanzó sin miramientos contra el metal. El chisporroteo se amortiguó. Esperó unos instantes más y lo extrajo. Golpearon con violencia sobre las dos puntas que ya formaban un todo. Poco después, el milagro se había obrado. Habían cerrado el círculo. Les había quedado perfecto. Solamente había que limar un poco el punto de soldadura a la cala para que desaparecieran las rebarbas de los martillazos.

Si alguien le preguntaba sobre la unión siempre decía lo mismo: "El hierro se funde a altas temperaturas y los golpes y la pasta que le ponemos, invención de un americano, obran el milagro de la soldadura".

Una sopa de cocido migada con pan y un generoso plato de mantecosos y sabrosos garbanzos sirvieron para reponer fuerzas. De postre, una naranja para todos.

El reloj de la torre marcaba apenas las tres de la tarde cuando volvieron a la fragua. Padre e hijo seguían absortos en su quehacer de domar el hierro. Si alguien los visitaba con intención de pegar la hebra, circunstancia que se producía a menudo, ellos continuaban a lo suyo sin permitir que interrumpieran el trabajo.

A última hora de la tarde, cuando estaban a punto de finalizar el segundo aro, comenzaron a llegar las cuadrillas de criados. Acudían a aguzar las romas rejas. Era lo que daba de comer a su familia a través de la iguala. Cobraba una vez al año, por lo general después de la cosecha, en función de los pares de mulas que tuviera el propietario, sin importar el número de aguces. Los trabajos extras, como clavos para puertas, rejas para alguna ventana o remachar una tenazas, los cobraba aparte.

Más de una docena de rejas se amontonaban sobre la pared cuando apareció su hija menor portando una jarra de porcelana ligeramente desportillada cubierta con un lienzo blanco. Sabía de sobra lo que contenía: agua fresca, un poco de vinagre y dos colmadas cucharadas de azúcar. Aquella bebida le quitaba la sed y le aportaba energía para acabar la jornada.

Bien entrada la noche llegó a casa exhausto, con apenas un hilo de voz. Unas pocas sopas de ajo y una raspa de bacalao fue la cena. Achacó su afonía a que el agua tal vez estuviera demasiado fría. Tomó una hoja del librillo "Zig-zag", la colocó con maestría entre los dedos y puso unas hebras del tabaco de picado fino conocido como "Caldo". Lió el cigarrillo, más papel que tabaco, y con una brasa de la lumbre lo prendió. Se le apagó varias veces y otras tantas lo volvió a encender.

Antes de acostarse, su mujer le anudó al cuello una cinta de san Blas, abogado de la garganta. Apenas podía hablar a la mañana siguiente, pero bien temprano ya tenía la fragua encendida. Quería acabar los aros que le había encargado el carretero antes de que su hijo fuera a instalarse -¡cómo no, como herrero!- a un pueblo vecino donde no escaseaba el trabajo.

A última hora de la mañana, en el pueblo no había veterinario, un vecino acudió preocupado con una mula que había dejado de comer. Conocía aquella situación. Le abrió la boca cogiéndola con fuerza por las mandíbulas. Se agachó un poco y miró detrás de los incisivos. Allí estaba el mal. Era lo que vulgarmente se conocía como "el haba". Había que extirparla.

Acabó lo más perentorio y dio las instrucciones pertinentes para que le prepararan la caballería. Había que apearla, colocarle en la boca un palo fuerte que le impidiera cerrarla y sujetarle la cabeza entre varios hombres. Envolvió la punta de un palo con un trapo y lo ató con una pequeña cuerda, como si fuera un hisopo. Tomó un trozo de hierro, lo calentó y lo moldeó. Le hizo una pequeña curva y procuró que la punta no tuviera más de un centímetro de ancho. Lo volvió a meter en la fragua y le dio calor a conciencia.

Como si fuera un experto cirujano introdujo el candente hierro en la boca del animal y lo colocó sobre el tumor hasta que el calor lo consumió. Tenía que tener el pulso firme para no dañar ni los dientes ni el paladar del animal. A continuación impregnó el hisopo en vinagre y lo aplicó sobre la llaga. Después le añadió un poco de agua y lo restregó por toda la boca de la mula para aminorar el calor. Al dueño le recomendó que, al menos durante tres días, le limpiara la herida con vinagre y que le diera de comer cebada o trigo molido y agua en abundancia.

A los pocos días, su hijo se marchó. Le hubiera gustado tenerlo a su lado pero sabía que el negocio no daba para mantener a dos familias.

El oficio cada día estaba peor. La población paulatinamente iba decreciendo. Los matrimonios cada vez tenían menos hijos y la tierra no podía alimentar más bocas. Algunos ya buscaban el sustento lejos de sus raíces.

Llegó el primer tractor y los arados y el remolque que portaba venían de fábrica.

Poco podía hacer frente a la nueva tecnología. Cada vez aguzaba menos y los pequeños trabajos, escaseaban. La iguala desapareció porque apenas quedaban mulas o vacas para arar.

La afonía que le perseguía desde hacía meses iba y venía. Le habían contado, (en las fraguas se narran muchas cosas: algunas verdades y experiencias de la vida y otras, la mayoría, invenciones que con el paso del tiempo se acrecientan hasta rayar lo irrisorio) que un rey español, un tal Felipe, había muerto, decían, por beber agua demasiado fría.

Pensó que lo que en principio había sido mala fortuna al tener tantas hembras, ahora era una bendición del cielo, porque lo mimaban como a un novio. El barbero del pueblo había fallecido sin descendencia y una vez por semana y todos los meses, una de ellas lo afeitaba meticulosamente y le rasuraba el pelo que ya raleaba en las sienes. Con manteca y hierbas aromáticas otra le hacía un ungüento para calmar el dolor de manos y de pies. Goloso como era, no le faltaban pastas o bollos para cuando no tenía apetito, porque era hombre de poco comer.

En vista de que la ronquera persistía, acudieron al médico, hombre que, según decían, tenía buen ojo clínico. Achacó el mal precisamente a eso, a tomar agua demasiado fría. Le recomendó hacer gárgaras en ayunas con agua tibia y limón y le recetó unas pastillas mentoladas. El mal remitió momentáneamente, aunque no desapareció.

La rutina estaba acomodada en sus vidas y sus días eran una rutina permanente en la que el ciclo de la vida seguía invariable. Las bodas de cuatro de sus hijos es lo único que ahora recordaba con emoción.

La ronquera se hizo más evidente. Les hablaron de una curandera que incluso llevándole una prenda del enfermo detectaba el mal que le aquejaba, pues estaba tocada por una mano sanadora. A ella acudieron con la esperanza de un desahuciado.

Le impuso las manos sobre la cabeza y afirmó que se trataba de un catarro mal curado. ¿Tratamiento? Fomentos de agua con miel y hojas de sauco.

Pasaban los días y todo seguía igual. Se consolaban inútilmente asegurando que tendría que pasar tiempo para que la pócima diera sus resultados.

El galeno volvió a visitar al herrero. No estaba del todo convencido de su diagnóstico. Lo auscultó, palpó los ganglios y negó con la cabeza. Aquello pintaba definitivamente mal, pero no se lo dijo a él, es más, lo animó y le restó importancia. A solas con la familia, les confesó sus temores.

El infortunio visitaba su casa. Como gentes religiosas que eran llevarían la

penitencia con entereza y resignación cristiana, tal y como les habían adoctrinado. Eso sí, la palabra maldita sería tabú. Ni mencionarla. ¡Ni hablar! Si los famosos y conocidos fallecían "tras una penosa enfermedad" o "tras una larga enfermedad", ellos harían lo mismo. El diagnóstico seguiría siendo "un catarro mal curado".

El hilo de voz se fue debilitando aquel frío otoño. Alguno pensó que la caída de la hoja se lo llevaría, pero aquel hombre enjuto y fibroso seguía abriendo cada día su fragua. De buen humor atendía a los cada vez menos parroquianos que acudían. Los animales de labor decrecían al mismo ritmo que los tractores y cosechadoras llegaban para quedarse para siempre.

Por el término ya se observaban amplias manchas de cultivos alternativos: girasol, colza, cártamo, lino… Alguno ya incluso proponía la necesidad de solicitar la concentración parcelaria. ¡Una utopía!, decían algunos.

Sus hijas, ¡una bendición divina!, lo mimaban hasta el agobio. Llevaba varios días sin ver a su hijo y pidió por él. Dos días más tarde allí estaba.

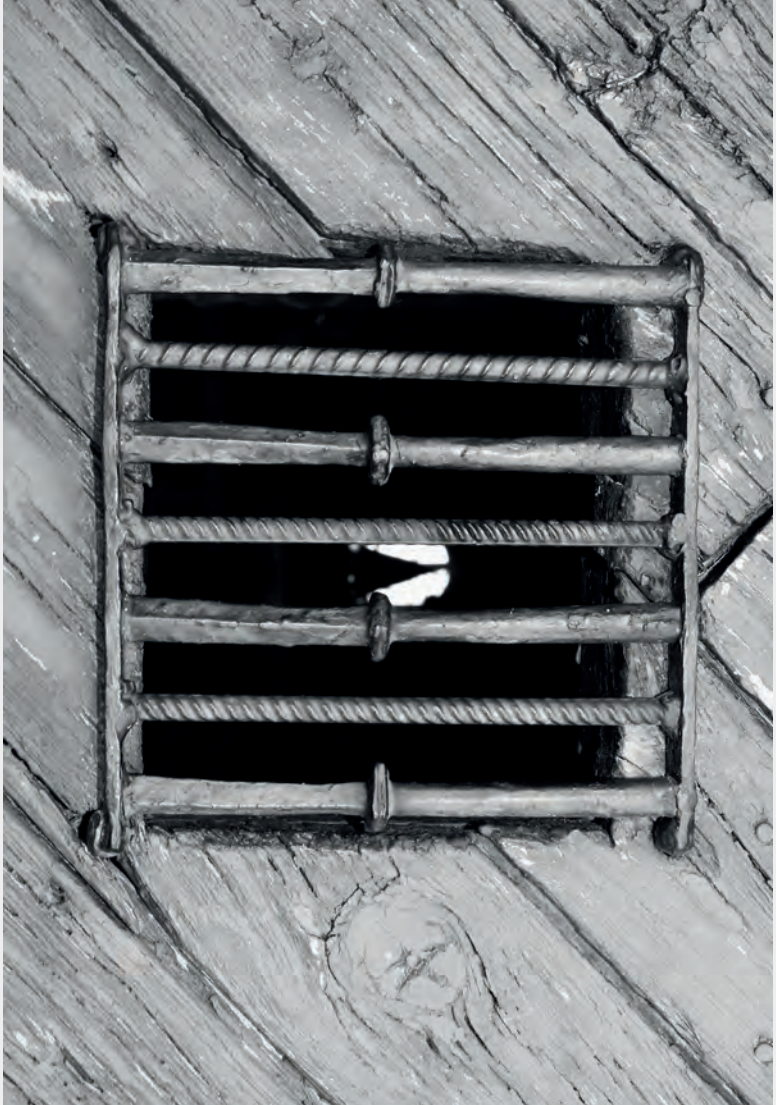
En un momento en que se quedaron a solas le pidió que se acercara para escuchar su voz casi imperceptible. Tenía que contarle un secreto. Era el mismo que a él le había transmitido su padre.

-La pasta que utilizo para hacer la soldadura a la calda... -cogió aire y se tomó un pequeño respiro antes de continuar- no es tal. Es arena que recojo de la orilla del río. No sé cómo pero hace de pegamento del hierro desde antes de que nuestra familia se dedicara a este oficio.

-No lo sabía pero me imaginaba algo de eso -le respondió-. Pero esté tranquilo, padre, porque ya he comprado una autógena y el secreto de la arena habrá pasado a mejor vida.

El viejo herrero abrió los ojos y no dijo nada. También a su oficio estaba llegando la modernidad.

Días después, mientras los vecinos se reunían en la iglesia para la Misa del Gallo y la representación de la corderada, el pueblo perdía a su último herrero. En las calles, unas pocas voces infantiles entonaban villancicos. Aun así, la vida continuaba.



"Susurros"

Con la excusa de la elaboración de unas bollas de pan en la antigua casa de los abuelos en una mañana de agosto, la familia del pequeño Alex hace acopio de emociones y reaviva sus recuerdos que van surgiendo en el alma del autor mediatizados por el comportamiento del niño y le van llevando a ricas reflexiones más allá del momento vacacional concreto presente.

Relato lírico, sentimental, lleno de bellas imágenes y comparaciones que van sumergiendo al lector en el contexto físico y en una sensación personal sobre el ayer, el hoy y el mañana guiado por las palabras, los recuerdos, los hechos reales y los personajes.

"Cumbre"

BOLLAS DE PAN

Roberto Bragado Campano

Accésit del jurado - Concurso Literario "Espigas 2019"

Quinientos gramos de harina de trigo, trescientos cincuenta ml. de agua, un sobre de levadura y sal. Se fríe en abundante aceite y se redondea con unas cucharaditas de azúcar, al gusto.

Nosotros, sin embargo, vamos a comprar la masa a la panadería (lo recordamos siempre así en casa). Todo comienza la noche anterior, cuando proponemos el reto: "despertarnos bien temprano" mientras hacemos todas las bromas posibles sobre nuestra escasa disponibilidad de madrugar justamente ahora, en vacaciones. Pero nos rechupamos la idea antes que los dedos y lo cumplimos. Salvando las distancias, es algo así como la noche de los reyes magos: con el sueño colgado en la mañana siguiente, con los ojos dormidos y abiertos, con la ilusión que caracteriza las cosas extraordinariamente sencillas.

De tal guisa, y antes de que el panadero la transformara en pan, comienza el día a andar en nuestras ilusiones. Rodillo y harina en el punto de salida, la sartén adecuada (elegida concienzudamente entre un haz de sartenes viejas y nuevas), el azúcar en el azucarero bien engalanado (aunque siempre lo combinamos con las mermeladas caseras de la abuela: de higo, membrillo, frambuesas… que nunca faltan ¡eso sí que redondea cualquier cosa!). Y ya mismo estiramos y estiramos la masa en finas capas. Al tiempo que el aceite (¡bien caliente!) exclama su turno, bajamos la temperatura y a fuego lento se doran y doran, toman el color deseado.

Es pleno agosto, hemos regresado al pueblo para pasar aquí nuestras habituales vacaciones familiares. Álex se despierta ligeramente nervioso y desconcertado. No porque extrañe el lugar: Álex tiene tan sólo dieciocho meses y, en contra de lo que pudieran pensar, no es un despertar de confusión o desasosiego. A su edad todo le parece nuevo, sorprenderte o bien desconcertante, es verdad ¡sí! Y es verdad, "dicen que los bebés notan mucho los cambios..." pero, aunque únicamente ha estado en el pueblo en otra ocasión (cuando cumplió seis meses) Él no extraña el lugar, es cómplice de su memoria interior, porque ¿cómo aquello que guarda la llave de lo que eres, aquello que encierra los secretos de tu historia, no iban a producir tal agitación innata en la curiosidad de un bebé? Y abre y gira los ojos como barriendo el espacio y entre líneas subraya lo que le da forma y le une y le separa a la vez del resto de las cosas. Y sonríe, vuelve a sonreír, remarca el acento de las emociones.

Entre palabras, al compás, decimos que Álex es el extremo más reciente de

una línea que llega hasta hoy, que escribe el presente y sujeta los años; como la red que retiene la mies en los carros. Así, tan gráfico: entre lo nuevo y lo antiguo, entre el sentido práctico y la realidad melancólica que nos sucede; tal las cosas que se mueven, aunque solamente sea ya por razones simbólicas.

Y el olor del desayuno desde la cocina avanza y se extiende por las primeras estribaciones contiguas. El aroma de hogar tiene un regusto a tierra, igual que las esperanzas a los sueños; tal como aquello que se pierde en el interior, tal como todo aquello que se saborea. ¡Si Él supiera que la actual cocina ocupa el espacio de lo que fue un palomar! Sí, aquí mismo, fielmente integrado en la vivienda donde también convivían los cerdos (en la que ahora es el actual patio) o "el burrito" que llevaba al abuelo al pequeño viñedo (en lo que es ahora el garaje). Complicado de explicarle, casi igual que nosotros entenderlo, acostumbrados nuestros ojos ya a las rutinas de ciudad. Y Sí, allí nuestros antepasados, entre una inmensidad de adobe desvencijado, criaban con mimo los pichones y recogían la palomina para abono. Allí, aquí, los muros impúdicos formaban una estructura ciertamente desconcertante para el profano. Oscuridad y beldad, supervivencia y apego ¡lástima que no haya fotos! Nos conjuramos en el hecho y prometemos transmitirlo de alguna manera e iniciamos dicha dificultad con anécdotas, que es el mejor apoyo para el recuerdo. Y salen a la luz los pequeños ratoncitos que correteaban por las estancias... Aún es testimonio vivo la puerta de madera (certifica la familia): jambas, bisagras, pomo y pestillo mantienen posiciones tras la restauración que se llevó sobre ella. Buscamos ¡de repente! el encuadre que implique a Álex en una foto junto a ella, pero Él no anda ni se está quieto, el corre y corre y pide más aliento y sangre: bombear más y más respiración nueva.

Giramos la mirada y viramos el eje de la memoria. El día es al pan como la casa es una unicidad vieja y extremadamente humana. Quizás el lamento, la idealización... quizás todas las excusas son un símbolo, una señal que valora lo que tenemos. Al mismo tiempo Álex tropieza ¡ups! Es un bebé con sus pequeños atrabanques y eso nos produce un suspiro entrecortado de desesperación.

Pero Él se incorpora con naturalidad y volvemos al presente, mientras Álex toma suelo sobre sus pequeños pies descalzos y corre (que es como decíamos su manera de andar), pasa por encima de nuestra capacidad de reacción y llega inmediatamente a la cocina "buscando su botín". La casa es un polvorín a flor de piel de idas y venidas: actividad. A través de la ventana, el día amanece limpio y esencial y el apetito traduce la ansiedad del hambre en prisa. Mesa y mantel: un, dos, tres... compartir es la palabra que mejor nos define.

Sin espacio para la demora comenzamos a desayunar. Es el turno de los planes.

Aún azota una leve lengua de frío en el ambiente que se cuela, aunque pronto el sol añadirá en el reloj las horas propias del verano y nos restará el tiempo de la siesta y nos sugerirá nombres de sitios ideales para pasar un rato a la sombra. A la noche llegará "la hora del fresco" y el ciclo vital volverá a nacer tras el descanso.

Álex se sienta en su trona dando rígidos y decididos golpes sobre la mesa. Quiere comer y lo mira todo, lo toca todo, lo siente todo. La usanza sutil de los adultos es irreverente, la paciencia se queda corta. A su lado el devenir parece insaciable, insuficiente; como si las horas por delante, el futuro, fuese un animal herido, a punto de morir (difícil también de explicar). Inevitablemente retornamos de nuevo al pasado y aflora nuestra idea particular de lo que preexiste, antecede. Lo que hemos escuchado de nuestros abuelos o vimos o intuimos en el alfoz de nuestra infancia. Rescatamos aquel viejo escaño de la memoria que sirvió de apoyo a tantos ratos, que abrazó el descanso y acompañó algún que otro sueño fuera de lugar. Regresamos también en imágenes a la bodega de perpetuas meriendas y de vino perennemente fresco. Regresamos…

Es curioso, comentamos que difícilmente jugamos fuera de momentos así… y seguimos… proponemos adivinar el nombre de los viejos utensilios que rondan aún por ahí… algunos sobre la pared colgados, algunos en ninguna parte ya. La estrébede (por su nombre) nos hace mucha gracia, las cribas, horcas y trillos a la par ¿cuál es cada cual? canastillo, cuarto, fanega… testimonio de utensilios que han deshecho sus medida y confines para ser ahora simples palabras decorativas o pasatiempos. Y seguimos aún más y si tercia pronunciamos algún refrán. Aprovechando un descuido le decimos a Álex, "de pan lleldo hinche el cesto" y Él sonríe, de nuevo sonríe. "Aguarda", le digo "¡eres un perillán!", ¡va a venir el "tío Camuñas" a buscarte y te llevará…! y Él ríe a carcajadas… Seguro que por el tono de nuestra voz intuye que es de mentira. Prometemos seguir, practicar, estar en guardia, rescatarnos en el vocabulario popular, "andar agudos": buscar el refrán y casarlo en el momento oportuno.

Y vamos rápido… ¡las tostas están sobre la mesa!, clamamos. Café para nosotros -leche para Él -¿gustas? Él ríe, ríe, ríe… y va y lanza al suelo algún que otro trozo de cualquier cosa que se topa a su alcance: le regañamos. Él sabe que está mal pero no le importa en absoluto: juega y rompe la impermeabilidad que nos ata, elimina los elementos prohibidos que constriñen nuestra libertad, nos hace menos previsibles y más espontáneos; que en definitiva es ser más uno mismo.

Y la savia llega a la raíz de los corazones y proyectamos celebrar en unos días su año y medio junto a nosotros. Familia, tradición y fiesta. Un puñado de ideas

"Palomar"

salen y van: guerra de globos de agua para los niños, un pastel rico, una "cuelga de cumpleaños" de rosquillas, música y varias propuestas más entre bocado y sorbo de café. Álex se revuelve, quiere bajar de su trona. No es partidario de tanta palabrería. Prefiere la acción. Él se baja de nuestro rumbo cuando nos ponemos pesados con nuestras cosas. Sus quehaceres son más directos, sin filtros, sin pausas. Él se baja cuando nos salimos del guión natural de la historia, se apea cuando nuestras preocupaciones nos hacen dudar de las quinientas cuarenta y ocho razones para olvidaras. Él no conoce aún las excusas, se baja. Fin.

Mojamos con naturalidad en el café los últimos pedazos de tosta o bolla, que es en realidad su nombre adecuado. Ha sobrado masa y hemos quedado llenos. Decidimos dejarlo aquí. La contención es también un arte para los que somos de esta tierra. ¡A la nevera! Mañana una nueva oportunidad partirá desde este punto y construirá nuevas frases que serán párrafos e historias, arraigo y porvenir. Todo en realidad es así; una metáfora de lo sencillo que perdura en la fragilidad, que la hace bella y auténtica, sin más.

Tierra del pan, Zamora. Familia de Álex en una mañana de agosto.

"Canales"

Referencias históricas, culturales y religiosas enmarcadas en profundas reflexiones sobre la vida, la forma de ser y la cultura popular de nuestros paisanos constituyen el fondo argumental del siguiente relato: “El espíritu de los colores”.

Discurso bien estructurado, expresiones plenas de emotivo lirismo con imágenes acertadas, descritas con léxico amplio y preciso, que contribuyen a revelar el amor por esta tierra de integración y favorecidas por la acogida hospitalaria y desinteresada de que han hecho siempre gala los terracampinos. Viene a demostrar “que cada uno es de donde hay alguien que lo quiera”.

”Atardecer”

EL ESPÍRITU DE LOS COLORES

María del Carmen Pérez Ramírez

Concurso Literario "Espigas 2019"

Un día como cualquier otro, rojo sobre amarillo, amarillo sobre amarillo, rojo sobre amarillo y con un tiralíneas separando el amarillo del azul en el horizonte , amarillo engullendo a naranja y marrón aquí y allá... y, muy de vez en cuando el azul verdoso o el marrón ahogándose en el amarillo y el cuadrado o el cilindro del palomar en la lejanía. Un día más para este verano terracampino.

Esta es la paleta de color de esta tierra cerealista, donde la brisa y las tormentas de granizo asustan. El gris oscuro no es bienvenido en esta tierra, salvo si se acompaña de graznidos, siseos y otros sonidos de la avifauna , ya que aportarán otra avifauna humanizada que llenará las paneras de algunos lugareños. Paradojas de la vida... lo que antes era una plaga, tornase en bendición.

Los pobladores de estos pagos, están empobrecidos en número y envejecidos en años, lejos queda la lozanía de otras épocas, la algarabía a cualquier hora y estación, los bares abarrotados para jugar la partida o a media mañana tras acabar las faenas matutinas, o los domingos después de concluidos los oficios humanos y divinos.

Actualmente, hay horas en las que las calles recuerdan el silencio de los cementerios como presagiando el futuro más cercano, la España vaciada o vacía... que llaman ahora. Vacía de pocos años, pero llena de años experimentados a reventar de ilusión y esperanza, pese a los años.

La tartana que llevaba a los pocos vecinos no motorizados a la capital de la comarca ha dicho basta.... no es rentable.

La sucursal bancaria antes multiplicada por cuatro, ha terminado cerrando y ahora hay un colaborador o un cajero automático en el mejor de los casos.

La consulta del médico es lo único que perdura, eso sí, de horario reducido, ya que copiando al maestro y al cura, han abandonado el pueblo.

Los únicos que perviven en esta tierra de vacceos, y en merma, son el adobe, las calles anchas y planas, el murmullo del cereal mecido por el viento al escabullirse entre las agallas de las espigas y, los colores y olores. Olor a seco y harinoso en verano, y a verde en primavera. Monotonía de amarillo alrededor, enmarcada, según la hora del día o de la noche, por el graznido o el aleteo de alguna bandada, por el tañer de la campana llamando a misa, tocando a rebato o a muerto, o por el cencerreo del pausado caminar de las ovejas churras rastrojando tras la siega o regresando al atardecer.

La siega, bonito nombre que la mecanización cambió en cosecha.

Tanto miedo a lo común y tanto amor al individualismo... quema la materia prima.

La modernización de las fachadas no siempre se acompañó de los cambios interiores, y no se trata solo de los edificios, también de las personas.

Cada año por San Roque, San Marcos, San Antonio o cualquier otro San o Santa los moradores se afanan por preparar versos, roscas a subastar, o en participar en la subasta de santos para cargar a su favorito al año siguiente, como si la devoción se midiera en dinero. Dinero que gusta mostrar que se tiene, antes financiando templos y ahora financiando andas. E igual ocurre en el domingo de Piñata o en el Corpus con los que engalanan las calles y plazas.

A mi llegada a este lugar, me atrajo la planicie y el colorido. Pensé, si el paisaje conforma a la gente y viceversa... esta ha de ser gente alegre y llana, sin doblez, aunque el Padre Isla dijese de ellos que en el fondo son suspicaces, envidiosos, interesados y cuenteros, Jesús Torbado dijo que eran desconfiados, mientras que el Padre Mariana los definió como gentes extraordinarias para la guerra.

Luego comprobé que les gusta su tierra y están orgullosos de ella, ha sido y es una de las comarcas más ricas de la provincia de Zamora, antes por su cereal y ahora también por los productos elaborados derivados del pastoreo, y conocida a

"Reflejos de la deidad"

nivel gastronómico nacional gracias a algunas familias como la familia Lera.

También es gente elegante en sus gustos y en sus aficiones, que ha sabido mantener, fiel amante de los galgos, que con buen tino les han representado en cientos de campeonatos, y que en épocas pasadas les traían el sustento a los más pobres y la diversión a todos, antes y ahora, a través de las jornadas de caza.

A diferencia de otras comarcas zamoranas, en Tierra de Campos, otrora campos Góticos o Godos, las mujeres no iban a labrar la tierra. Aquí los papeles estaban repartidos, la mujer se ocupaba de todo lo concerniente al hogar y sus moradores, mientras que el hombre de todo lo referido a los negocios desde labrar la tierra hasta la venta de la cosecha así como de las inversiones. Siempre los terracampinos con algo de capital han sido muy bien acogidos por los bancos debido a su solvencia, lo que ha acrecentado su orgullo. Y la mujer ha destacado por lo pulcra en mantener su hogar y a sí misma, y por lo compuesta.

Pues bien, en este ambiente tranquilo, que parece languidecer en las cálidas tardes veraniegas donde la siesta es un buen aliado, no hace mucho escuché las coplillas pertenecientes a la historia que llaman "Voto de Sangre de la Inmaculada".

"Si la infernal sutileza contra vos erige bando,

defiende vuestra pureza con su tierra Villalpando,

aunque pierda la cabeza.

El patrocinio especial que en vos halló Tierra y Villa,

ha sido causa total de votaros sin mancilla de pecado original".

Cuenta la Historia que el sábado 1 de noviembre de 1466 , en la Iglesia parroquial de San Nicolás de Bari se pronunció el voto por el que los terracampinos de Villalpando y sus tierras se comprometían a defender con su sangre la concepción inmaculada de María en el vientre de Santa Ana, que tuvo lugar el octavo día del inicio del mes de diciembre, refrendado en 1967 con la fórmula siguiente:

"Hombres de Villalpando y su Tierra, ¿prometéis guardar fielmente este Voto, y creer, honrar y defender la Inmaculada Concepción de María hasta derramar, si es preciso, la última gota de vuestra sangre". La respuesta fue clara y unánime: *"Sí prometemos".*

Siendo este el primer voto en el mundo defendiendo que la Virgen María había sido concebida sin pecado original.

Esto es muestra del carácter religioso de las gentes de estas tierras, por influencia de los monjes de conventos cercanos, sobre todo los franciscanos. Así en 1220 ya la

noche antes del ocho de diciembre se encendían luminarias, se hacían hogueras y se cantaban vísperas a María. Pero no es hasta 1466 cuando estas gentes, y ante las disputas que hay sobre este Dogma de Fe, toman partido a favor de la concepción sin mancha de María.

Este voto se produce para pedir ayuda al cielo para que cesen las guerras fratricidas entre los hijos de Juan II por el trono de Castilla (Enrique contra Alfonso), y amén de la protección frente a las epidemias de peste.

El voto, formulado de manera pública y ante notario, no solo conlleva el reconocimiento y defensa a María como Inmaculada ("Madre de Dios limpiamente concebida"), se acompaña de ayuno, abstinencia y prohibición de venta de carne la víspera de la pertinente celebración festiva; solemne misa y procesión; ayudas de justicia y caridad con las que el mayordomo daría de comer a veinte pobres cada año; y por último la vigilancia por parte de las autoridades para que se cumpliese el voto.

Los firmantes, agrupados por bloques incluían el alcaide Ramiro de Mazuelas en nombre del Conde de Haro, señor de la villa; los alcaldes de Villalpando y sus Tierras (es decir 12 municipios más: Villárdiga, Villar de Fallaves, Villanueva del Campo, Villamayor de Campos, Tapioles, San Martín de Valderaduey, Quintanilla del Olmo, Quintanilla del Monte, Prado, Cotanes del Monte, Cerecinos de Campos y Cañizo), alguaciles, escuderos y los jurados de todas las aldeas; y el tercer bloque formado por clérigos, párrocos y curas.

Así pues, esta semblanza muestra un resumen del pasado y del presente, un motivo más por el que decidí asentarme aquí.

Llegué tal día como hoy, ya un año. No era mi intención pernoctar, pero en mi ruta hasta Santiago, mi ruta interior, se me hizo tarde, y ante la soledad inmensa de la llanura y la proximidad de la noche, busqué refugio, como avutarda entre los trigos, para una noche. Una noche que se ha convertido en eterna, sucedida de otras infinitas.

Me acerqué al bar más próximo al camino dónde me recomendaron la fonda Manuel, barata y limpia. Sus dueños, amablemente me acompañaron hasta la habitación y me aconsejaron que tras la ducha, si lo deseaba, podía bajar al comedor para cenar. Me pareció lo más correcto y antes de las nueve ya estaba sentada degustando medio pichón guisado con cebolla, ajo, pimienta y una guarnición de verduras asadas del huerto aledaño, regado con un tinto de la zona de los Valles, que no todo va a ser Rueda o Ribera. Tras la cena, paseo y cama para proseguir el camino.

Muy de mañana, al despuntar el rojo en el horizonte ya me encontraba a tres kilómetros del pueblo, encarada a comerme la planicie amarilla antes de la hora del Ángelus, que luego el aire casi abrasa y hasta pasada la siesta no hay quien pueda reemprender camino. Día tras día completé mi ruta y llegué a ver al Santo, pero, en el camino de vuelta algo me impulsó a volver a detenerme en la fonda. Esta vez por una semana, total ningún trabajo me esperaba ya, y con la indemnización podría subsistir hasta mi jubilación, y si quisiese volver a mi civilización... la autovía A6 está a menos de cuatro kilómetros, lo que también facilita las visitas de amigos y familiares.

A una semana le siguió otra y otra hasta completar 52, como cada semana conocía a alguien diferente, puedo decir que tengo un cuarto del pueblo por conocido y amigo. He visto la variabilidad de colores y sonidos en cada estación. Me he empapado del día a día de los lugareños, compartiendo con ellos tanto cuitas como fiestas. He colaborado en el anillamiento y recuento de aves en las cercanas lagunas. Aprendí la nobleza del galgo, cómo se elabora un buen queso o unas rosquillas de anís... pero sobretodo me he sentido apreciada y querida. Al final compré casa solariega, de gran portalón, con un zaguán amplio y encalado que da paso a la cocina y al resto de habitaciones. Es curioso como el adobe climatiza..., tan curioso como el aprecio recibido.

"Templo de barro"

Narración fluida con lenguaje y expresión sencilla y emotiva. Los recuerdos se van expresando de la manera que surgen en la mente de la autora; con realismo, sin grandes pretensiones literarias, pero como claros transmisores de acontecimientos y sensaciones vividas con intensidad en otros tiempos.

Es una exaltación de los valores y formas de vida del mundo rural de la época en la que se enmarca la lejana y añorada infancia.

MI PUEBLO, EVOCACIÓN Y QUERENCIA

Mª Soledad Martín Turiño

Concurso Literario "Espigas 2019"

Nací en uno de esos pueblos sencillos de Zamora, entonces era de los más grandes de la comarca, tenía médico, sacerdote, farmacia, practicante, maestros para las dos escuelas: de niñas y niños, una población importante que labraba las tierras de cereal (trigo y cebada en su mayoría), además de remolacha, alfalfa o maíz y una surtida ganadería compuesta por rebaños de ovejas que cruzaban el pueblo por distintos lugares, vacas en los establos de las casas, y animales domésticos para el consumo: pollos, gallinas, cerdos, conejos y alguna cabra.

Podría decirse que la gente vivía en paz, con sencillez, trabajo duro y pocas distracciones. Los vecinos se ayudaban unos a otros, al que no disponía de medios se le ayudaba y nadie pasaba hambre.

Mis recuerdos van inevitablemente asociados a la infancia y juventud que pasé en el viejo pueblo; me educó la maestra, una mujer enjuta y disciplinada que más que enseñar exigía aprender y, de vez en cuando, utilizaba una vara pequeña con la que reprendía alguna insolencia infantil que ahora resultaría poco menos que abominable. Entonces se practicaba el dicho "la letra con sangre entra" y no resultaba extraño ese proceder, tanto en la escuela como en casa. Es verdad que crecimos con miedo, miedo a la indisciplina, al castigo, a las represalias si nos salíamos del cauce establecido; pero también es cierto que nos inculcaron valores apenas inexistentes en la actualidad: el respeto, la obediencia, la autoridad o la religión (entonces incuestionablemente católica y monoteísta).

Cuando repaso instantáneas de antaño, veo a gente prematuramente envejecida, con el rostro surcado de arrugas y quemado por el sol, junto a casas humildes cuyo exterior lo jalonaban dos enormes piedras que servían para sentarse al fresco o juntarse las mujeres por la tarde en forma de corrillo para escuchar la radio, bordar o coser. Era gente con expresión asustada, ropas raídas y remendadas pero limpias, porque cuando se carece de otros bienes la limpieza se convierte en un plus.

Muchas de las casas eran de adobe y las fabricaron sus dueños mezclando barro, agua y paja; formaban con un molde rectángulos de esa pasta que luego ponían al sol hasta que se secaban para utilizarlos en la construcción de viviendas, corrales, gallineros etc., de este modo el gasto era mínimo y el resultado óptimo.

El trabajo en el campo al principio era muy duro; aún recuerdo a mi padre tirar del arado emulando una caballería, con un ímprobo esfuerzo para que el rastrillo se hundiera al arar las tierras; o en la era aventando el cereal con cribas, trillando tras

"Vida sana"

una mula o recogiendo la mies a mano con la hoz. Por fortuna esto mejoró con el tiempo; la maquinaria ahora es capaz de trabajar con mayor eficiencia, comodidad y menos brazos, así que en la actualidad las condiciones de los agricultores son mucho más llevaderas.

Mi pueblo -como muchos de la zona- tenía una iglesia donde acudía la gente los domingos a las dos misas: la "rezada" a la que iban las personas mayores y aquellos que querían pasar más desapercibidos, y la "mayor" donde acudían los niños y el resto del pueblo. La colocación de la gente no era arbitraria: en los primeros bancos se sentaban los chiquillos, detrás las mujeres y al final los hombres. La misa solía ser cantada y se lucían las mejores voces entonando -a veces en latín- salmos que todos coreábamos desde nuestros bancos y que retumbaban en el templo produciéndome desde siempre un temblor de emoción que no he vuelto a sentir. Al final de la ceremonia surgía una profunda voz rogando un padrenuestro a San Isidro que todos rezaban con voz poderosa y, finalizado el culto, salían a la calle los hombres primero, luego las mujeres y por último los niños que se arremolinaban en grupos en la plaza para luego disolverse rápidamente.

Bajar al río era uno de nuestros entretenimientos favoritos. El Valderaduey siempre llevaba agua aunque en ocasiones la corriente se frenaba debido al acúmulo de juncos, carrizos y cañas que crecían salvajes y se depositaban en las zonas más estrechas y que, a veces, nos servían de paso para cruzar de una orilla a otra.

Los amigos teníamos la costumbre de pasar la tarde bañándonos, jugando bajo los árboles o sentados con los pies en el agua contando historias; en aquella época de adolescencia en la que todo eran preguntas y dudas sin resolver, la mejor terapia era estar juntos y contarnos nuestras experiencias. Por la tarde bajábamos al café porque era el lugar de encuentro, o cogíamos las bicicletas para acercarnos al pueblo siguiente que distaba pocos kilómetros del nuestro. Allí conocíamos a unas muchachas con las que nos gustaba quedar y fue allí precisamente donde surgieron los primeros amores de juventud, esos que no se olvidan nunca y que constituyen algunos de los mejores recuerdos de nuestra vida.

Una de las distracciones para matar las aburridas horas del estío era, aprovechando la hora de la siesta, acercarnos hasta una granja vecina situada a la salida del pueblo y robar peras de los árboles a hurtadillas para no ser descubiertos. Luego nos reíamos de la fechoría y las degustábamos sentados en el terraplén observando los pocos coches que circulaban hacia el pueblo.

Había también una casa semi-abandonada que adaptamos con sillas y alguna mesa decorando las paredes con pintadas, fotos y carteles que utilizábamos para fumar, hacer meriendas, escuchar música o charlar de nuestras cosas; era nuestro

refugio cuando llovía o hacía mal tiempo fuera. Recuerdo especialmente la fecha en que falleció uno de nuestros mejores amigos, lo encontraron en su cama fulminado por un inesperado infarto; ese fue el motivo de que no saliéramos del refugio durante unos días, tal era nuestro estado de abatimiento y dolor por lo acaecido, una situación a la que no hallábamos respuesta y que marcó nuestras vidas para siempre.

Otro de los descubrimientos en aquella época fue la sexualidad, entonces era un tema tabú en las casas, oscuro, tratado con medias palabras y vergüenza del que no se hablaba apenas; por otra parte la religión era constrictiva y el cura del pueblo con su férrea moralidad solo veía pecado en relación con el tema; de ahí que en nuestro refugio se suscitara con frecuencia ayudándonos mutuamente con las dudas de unos y otros, apoyados incluso por algún libro prohibido que más que aclararnos las cosas nos sorprendía con su crudeza. En este estado de cosas, puedo decir que crecimos como pudimos, a golpe de experiencia, sin un conocimiento previo de las cosas.

En general fuimos una generación insegura pero armada con fuertes valores que se diseminó huyendo del pueblo hacia un futuro mejor por distintas ciudades de España y solo los veranos constituían el punto de encuentro del grupo de amigos que nos contábamos nuestra vida de nuevo en el bar del pueblo, pero ya tomando café durante largas horas. Pasamos de niños a hombres, algunos se pusieron a trabajar, otros continuaron sus estudios universitarios y solo dos de ellos continuaron en el pueblo a cargo de las tierras de los padres. Estos sentían un complejo de inferioridad, ya que creían que su vida se había estancado y cuando escuchaban a los que vivíamos en la ciudad era patente una brecha entre ellos -que se autodenominaban pueblerinos- y nosotros -los de la capital-. Me dolía esta diferencia que constataba en cada encuentro, pero me sentía tan identificado con ellos que le restaba importancia.

Gozaba acompañándoles a los campos, me regocijaba en la contemplación de aquellas tierras que llevaba en la sangre y el hecho de haberme distanciado de ellas no me restaba en absoluto el interés que sentía. Puedo decir con orgullo que no paraba en casa, ya que el poco tiempo que permanecía en el pueblo lo dedicaba al campo, a pescar, a cazar y a disfrutar de los antiguos camaradas. La vuelta a casa era una explosión de melancolía según avanzaba el coche e iba dejando atrás campos y gentes tan queridas pero, una vez había llegado al destino, se imponía una realidad que me ataba inexorablemente al trabajo y la rutina de cada día.

Así pasaron los años y, con ellos, algunos empezamos a faltar a nuestra cita agosteña, debido a que la vida se nos complicaba con el trabajo y las familias que

habíamos creado. El viejo pueblo se perdía en nuestra memoria y de los amigos apenas teníamos noticia; sin embargo nuestras raíces estaban allí junto con las familias que aún lo habitaban.

Hoy que ya he cumplido con mi vida laboral y me encuentro mayor y solo, quiero hacer realidad el sueño de volver a mi pueblo y acabar allí mis días. He comprado una pequeña casa, me la han arreglado para disponer de mínimas comodidades y me dispongo a regresar con la maleta cargada de recuerdos. El pueblo ha cambiado mucho -me dicen-, las calles están desiertas, las casas vacías y solo la soledad es dueña de aquel lugar. No necesito más, así que tomo el tren que se dirige con prisa hacia mi futuro destino con mis recuerdos como compañeros de viaje.

Sentado en silencio a la puerta de la casa, me gusta volver la vista atrás, desde este hogar tan añorado y esta senectud que me atenaza los sentidos, la vista cansada y los miembros que no me responden y mientras contemplo estos días azules y este sol de mi infancia, gusto de embarcarme en un viaje mental hacia el pasado, a aquel tiempo en que la luz brillaba de manera especial porque éramos jóvenes, aún no habíamos conocido el dolor ni los sinsabores de la vida y todo era una explosión de vibrante frescura.

Fotografías

"VESTIGIOS DEL PASADO" - **Javier Cabezón Sánchez** — **Foto cubierta**
"HILOS Y TELARES" - **Alejandro Pérez Casado** — **10**
"RESISTIENDO AL TIEMPO" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **12**
"ENTRE LÍNEAS" - **José Miguel Estéban** — **14**
"ESENCIA DE NUESTRA TIERRA" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **16**
"VUELO ESTIVAL" - **Castro Lozano Nogales** — **18**
"PUESTA DE SOL EN TIERRA DE CAMPOS" — **20**
"EL CAMINO" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **24**
"BAJO LA VÍA LÁCTEA" - **Jesús Domínguez García** — **28**
"RETORNO AL HOGAR" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **32**
"ANDY WARHOL PALOMAR" - **Esteban Sánchez Asensio** — **38**
"A VISTA DE PÁJARO - **Noelia Huelmo Pintado** — **44**
"MOLINOS" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **46**
"CUANDO LAS LAGUNAS DUERMEN" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **49**
"LA FORTALEZA EN RUINAS" - **Marisa Silva Berrocal** — **50**
"PRIMAVERA EN GALLEGOS DEL PAN" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **52**
"IMPULSO NATURAL" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **56**
"PALOMAR" - **Javier Cabezón Sánchez** — **58**
"PORTALEZA" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **61**
"CONTRASTES" - **Patricia Quintanilla López** — **62**
"DEL ROSA AL AMARILLO" - **Marina Vega Obregón** — **64**
"FE" - **Pablo Peláez Franco** — **66**
"CAMPOS DE VALDEHUNCO" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **68**
"BELLEZA CON ESPINAS" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **72**
"TESTIGO DEL TIEMPO" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **75**
"LA NOCHE EN TIERRA DE CAMPOS" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **76**
"APERO DE OTRA ÉPOCA" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **81**
"EL TREN DEL OLVIDO" - Concursos de Fotografía "Espigas" — **85**

"Tocando a misa"

"AMANECER" - Concursos de Fotografía "Espigas" **86**
"DOS MIRADAS" - Concursos de Fotografía "Espigas" **90**
"LAS VACAS"- Concursos de Fotografía "Espigas" **94**
"SILENCIO" - **Esther Durá Ballester** **98**
"TRADICIONES" - Concursos de Fotografía "Espigas" **101**
"ESTAMPA TERRACAMPINA" - **José Fernando Lozano Asensio** **102**
"DOMINIOS DE VILLALONSO"- Concursos de Fotografía "Espigas" **104**
"AQUÍ TERMINÓ MI JORNADA" - **José Andrés Vizán** **106**
"ARCO DE ESPIGAS" - **Patrcicia Quintanilla López** **111**
"VERDE Y SECO" - **Mª Noelia Rodríguez Refollo** **112**
"PARADA SIN DESTINO" - Concursos de Fotografía "Espigas" **116**
"IGLESIA DE LA ASUNCIÓN DE SAN CEBRIÁN DE CASTRO" - **Antonio Casas Muga** **118**
"EL VIEJO MOLINO" - Concursos de Fotografía "Espigas" **122**
"CONTEMPLANDO LA LLANURA"- Concursos de Fotografía "Espigas" **125**
"A LO LEJOS" - **David Pérez Sánchez** **126**
"PASADO, PRESENTE Y FUTURO" - **Rosalía Rodríguez Sanabria** **130**
"ADIÓS AL SOL DE OTOÑO"- Concursos de Fotografía "Espigas" **134**
"NOCHE DE ESTRELLAS SOBRE LA ERMITA" - **Santiago Fernández Fernández** **138**
"PIRÁMIDE DECONSTRUÍDA" - **David Pérez Sánchez** **140**
"DEL OTRO LADO" - **Lourdes Santos Martín** **144**
"LUCES DEL ATARDECER"- Concursos de Fotografía "Espigas" **147**
"DE LAS LAGUNAS CAMINO A LA VÍA LÁCTEA" - **Jesús Domínguez García** **148**
"COLORES DE SAN ROQUE" - **Sergio Domínguez Rodríguez** **152**
"ÁNSARES EN LAS LAGUNAS" - **Rosalía Rodríguez Sanabria** **155**
"PALACIO DE PALOMARES" - **Castro Lozano Nogales** **156**
"BAJO EL CIELO" - Concursos de Fotografía "Espigas" **158**
"SUSURROS"- Concursos de Fotografía "Espigas" **163**
"CUMBRE"- Concursos de Fotografía "Espigas" **164**
"SE EQUIVOCÓ LA PALOMA" - **Fernando Vega Benavides** **168**
"CANALES"- Concursos de Fotografía "Espigas" **169**
"ATARDECER"- Concursos de Fotografía "Espigas" **170**
"REFLEJOS DE LA DEIDAD"- Concursos de Fotografía "Espigas" **174**
"TEMPLO DE BARRO" - **J. Javier Rodrigo Solís** **175**
"VIDA SANA" - **Javier Cabezón Sánchez** **176**
"ENCUADRADO" - Concursos de Fotografía "Espigas" **178**
"DIALÉCTICA DE LA RUINA" - **Pedro Martín Lago** **181**
"TOCANDO A MISA"- Concursos de Fotografía "Espigas" **182**

CONCURSO LITERARIO

CONTENIDO

Obras originales, con cualquier tipo de métrica y estructura, relacionadas con historias, vivencias y costumbres de la comarca

MODALIDADES

1. Poemas
2. Relatos

PLAZO

15 de Septiembre de 2012

PREMIOS POR MODALIDAD

1º 300 € + Lote de Libros
2º 200 € + Lote de Libros
3º 100 € + Lote de Libros

"ESPIGAS" 2012

Historias, Vivencias y Costumbres

Comarcas de Campos, Pan y Norte Duero (Zamora)

Organiza

FEDERACIÓN "ESPIGAS"
Pza. San Pedro, 8
49136-VILLAFÁFILA (Zamora)
E-mail: f.espigas@gmail.com
federacionespigas@hotmail.com
Web: www.espigas.es

COLABORAN

Premiados Concurso Literario "Espigas" 2012 - Benegiles

Entrega de premiados Concurso "Espigas" 2015 - Villalpando

Premiados Concurso "Espigas" 2015 - Villalpando

Entrega de premios Concurso "Espigas" 2017 - Monfarracinos

Colaboradores Concurso "Espigas" 2017 - Monfarracinos

Premiados Concurso "Espigas" 2019 - Montamarta

Colaboradores Concurso "Espigas" 2019 - Montamarta

ESPIGAS

FEDERACIÓN DE ASOCIACIONES
DE CAMPOS, PAN Y NORTE-DUERO